# Abril,

## ¿QUIERES SEGUIR METIENDO TRIPLES A MI LADO?

MARTA FLORES



# Abril,

## ¿QUIERES SEGUIR METIENDO TRIPLES A MI LADO?

MARTA FLORES

Primera edición.

Abril, ¿quieres seguir metiendo triples a mi lado?

©Marta Flores

©febrero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

# Capítulo 1

**Abril**

—¿Abril? ¿Pero qué haces tú aquí a estas horas? ¿No deberías estar trabajando? —la pregunta de mi amiga me hizo rechinar los dientes. Estaba que mordía por lo que me acababa de pasar.

—Ponme un chupito de lo que sea y después te lo cuento —le contesté, sentándome en uno de los taburetes vacíos de la larga barra de la cafetería donde ella trabajaba.

—¿Un chupito a las once de la mañana? Tú estás zumbada, ¿o qué? —La mirada que me dedicó era una mezcla entre horror y preocupación, algo totalmente normal conociéndome como lo hacía, porque casi nunca bebía alcohol.

—Es eso o que me dé la media vuelta hasta la clínica y prepare tal pifostio que después me tengas que ir a buscar a la comisaría. Así que elige: chupito para calmar mi mala hostia o visita al calabozo más tarde.

Nora —que así se llama mi mejor amiga— se dio la media vuelta y agarró la primera botella que tenía a mano, de las muchas que estaban milimétricamente colocadas en la larga balda que adornaba toda la parte trasera de la pared.

Sacó también un vasito pequeño; creo que estuvo rebuscando el más pequeño que tenía, la muy capulla, y con el pulso tembloroso me lo llenó hasta el borde de un líquido oscuro que no tenía mala pinta.

Sin pensarlo, agarré el «mini vaso», me lo acerqué a la boca y me lo bebí de un trago. La primera sensación no me pareció tan mala, pero cuando el líquido bajó por mi garganta me dio tal asco que por poco no lo volví a sacar para fuera y escupírselo a mi amiga por graciosa.

—¿Qué mierda me has dado? ¿No podías haber elegido otro? ¡Nora! ¿De mora? Me has puesto un jodido chupito de mora y sabes que odio las moras, y encima no tenía alcohol —le dije mientras agarraba la botella de agua que estaba a su lado para dar un largo trago, a ver si era capaz de quitarme ese asqueroso sabor de la boca.

—A que ya no tienes ganas de beber chupitos. De nada —me contestó con una sonrisa de esas como la Pantoja, enseñando todos los dientes.

—Tienes una gracia, hija, mira, ni respirar puedo de lo que me estoy riendo. —La ironía era lo mío y la solía utilizar en dos de cada tres frases que decía, y siempre las acompañaba poniendo los ojos en blanco.

Nora me decía muy a menudo que cualquier día se me quedarían los ojos en esa posición y tendría que mirar a la gente que no fuera más alta que yo agachando la cabeza, una tontería de las suyas, vamos.

—Tengo mucho arte, chiquilla, y eso es por la sangre andaluza que corre por mis venas, ya lo sabes. ¿Bueno, qué? ¿Me vas a decir ya por qué no estás trabajando a estas horas o te lo tengo que pedir rellenando una solicitud en la que ponga «cuénteme sus problemas, señora», en el menor tiempo posible?

—¿Señora? ¿Acabas de llamarme señora? La madre que te parió, ¿tú quieres calentarme más de lo que ya estoy o qué? —Sabía de sobra lo que me molestaba que me llamaran señora, no porque fuera nada malo, simplemente porque señoras son otras; yo era una chica, punto.

—Venga, Abril, arranca ya y dime qué ha pasado. ¿Te has peleado con la gilipollas de tu compañera otra vez? ¿Es eso? —me volvió a preguntar, ya dejando las bobadas de lado.

—A esa ni me la nombres —apreté los puños con fuerza porque solo de pensar en la trepa esa me ponía enferma—, que me han despedido, tía. Recortes de personal, dicen. Y como no había otra tonta más cerca, me ha tocado a mí.

»En teoría, se tiene que ir la que menos antigüedad tiene en la clínica. Esa sería la trepa, no yo. Pero claro, ella le reza de rodillas el rosario al hijo del jefe, así que, por lo visto, ella y sus mamadas son imprescindibles en la clínica y yo no.

Nora me miró con la boca abierta y empezó a soltar maldiciones.

Mientras mi amiga seguía maldiciendo, que tenía para un rato porque cuando coge carrerilla no hay quien la pare, os contaré un poco quién soy y cómo ha sido mi vida hasta ahora.

Como habéis visto, mi nombre es Abril. Sí, muy original mi nombre, ¿verdad? Eso se lo tengo que agradecer a mis padres, que llegó el momento de mi nacimiento y aún no se habían decidido por el nombre que querían ponerme, y como nací el día uno de abril a las doce y un minuto, dijeron: venga, pues el nombre del mes en el que estamos.

Y con ese nombre me quedé. Doy gracias a diario de no haber nacido en enero o septiembre, porque hubiera sido un puntazo llamarse así. En fin… sigo, ¿vale?

Tengo veintiséis años y soy enfermera. Ese fue mi sueño desde niña y con mucho esfuerzo lo conseguí. El esfuerzo no fue porque se me diera mal estudiar, no; fue porque tuve que echar muchas horas poniendo copas, limpiando portales y cuidando niños para sacar dinerito para pagarme la carrera.

Pero dicen que el que la sigue la consigue, y yo no paré hasta lograrlo. Al poco de terminar la carrera, encontré trabajo de lo mío, primero atendiendo

pacientes a domicilio, luego en una clínica dental y, por último, en la clínica en la que he trabajado en los últimos dos años.

Dicha clínica es una de las más prestigiosas de la ciudad en la que vivo, Barcelona. En ella hay varias especialidades, pero yo todo el tiempo he estado en la planta de rehabilitación, donde ayudaba a los pacientes a recuperarse de operaciones, accidentes, caídas o cualquier otra dolencia que necesitara paciencia y dedicación para superarse.

Daba masajes, administraba la medicación intramuscular prescrita, les ayudaba con los ejercicios que necesitaban y muchas cosas más. Tampoco os voy a aburrir contándoos dos años de experiencia laboral.

Lo último que os diré es que, gracias a mi compañero Roberto, con el que trabajaba mano a mano y del que había aprendido a moverme como pez en el agua en esa especialidad, era buenísima en mi trabajo. Y no, no soy modesta, es que es la pura verdad.

De mi familia poco os puedo contar, porque en la actualidad solo tengo en mi vida a mi padre, Simón, al que adoro hasta el infinito. Para mí él ha sido durante toda mi vida más que un padre; ha sido también mi madre, mi mejor amigo, mi paño de lágrimas y mi ancla.

Mis padres me tuvieron siendo ya muy mayores; los dos pasaban de los cuarenta, después de muchos años intentando tener hijos y de que no se cumpliera su sueño. Lo dejaron por imposible, pero el destino les tenía preparada una buena sorpresa por su paciencia y su larga espera, concediéndoles el milagro que ya no esperaban, o sea, yo.

Así era como mi padre me llamaba muy a menudo, su pequeño milagro, me decía con cariño.

Ya estaba jubilado y ahora se dedicaba a su gran pasión: hacer puzles. Tenía la casa que daba miedo, y no exagero; hasta en el baño tenía algunos colgados.

Aparte de eso, pues poco más hacía: bajar al bar de debajo de su casa a tomar un café con sus amigos, mimarme a mí y ver series en Netflix. Y yo me alegraba por él, porque toda la vida trabajando como una mula para sacarme adelante, ya era hora de que descansara y se dedicara un poco a él.

Mi madre, que se llamaba Celia, como os habréis imaginado, no estaba con nosotros. Cuando yo tenía apenas dos años, le diagnosticaron cáncer de pecho y estaba en un estado tan avanzado que, a los seis meses, falleció, dejando a mi padre devastado y a mí sin la opción de conocerla de verdad.

Porque, al ser tan pequeña, no recuerdo ni su rostro, ni sus caricias, ni nada de nada. Todo lo que sé de ella es por las historias que me cuenta mi padre y por las fotografías que, junto con los puzles, llenan las paredes de nuestra casa.

Y por último os hablaré de Nora, mi mejor amiga, a la que ya habéis conocido un poco. La mujer que más arte tiene de todo Barcelona, por esas raíces andaluzas de las que tanto presume y que a mí me parece genial que lo haga; hay que estar orgulloso de dónde se ha nacido y de la procedencia de nuestra familia.

Nos conocemos desde el instituto, cuando ella vino a vivir a nuestra ciudad porque a su padre le trasladaron en su trabajo desde su Sevilla natal hasta aquí. Aparte de coincidir en el instituto, también lo hicimos en el bloque de pisos en el que vivíamos, y eso hizo que nuestra amistad creciera mucho más al poder compartir tanto tiempo juntas.

Su padre y el mío trabajaban, y ella y yo nos hacíamos compañía cuando estábamos solas. Al igual que yo, ella tampoco tenía madre. Bueno, sí la tenía, pero a saber dónde estaba la señora, porque cuando Nora tenía cinco años, cogió la maleta, el dinero de la cuenta conjunta con su marido y se largó con su jefe a otro país a vivir la vida loca.

Desde entonces no sabían nada de ella ni querían tampoco, para qué mentir. Yo, en su lugar, pensaría igual. Abandonar a su marido, vale, se puede entender, pero a su hija… eso es lo último, vamos. Valiente desgraciada la señora.

—¿Has terminado de maldecir? —le pregunté a Nora, que seguía murmurando por lo bajo, seguramente toda clase de pestes contra mi compañera y mi jefe.

—Aún no, pero puedo hacer un descanso y pensar qué más llamarles a esos desgraciados —me contestó mientras iba a servir un café a un cliente que acababa de entrar y debía ser de los habituales, porque ni le preguntó qué quería.

—Abril, siéntate en una mesa, anda, que ahora te llevo un almuerzo para diosas. Las penas con pan son menos penas y a ti te las quito yo, al menos por hoy, con dos tostas de jamoncito con tomate que no se las salta un galgo.

»Y sonríe, mi niña, pase lo que pase, tú sonríe. —Me eché a reír, porque pasara lo que pasara, mi amiga siempre tenía unas palabras graciosas en la boca para animarme, y esas últimas eran su filosofía de vida: ante todo, sonreír.

—Al mal tiempo, buena cara, ¿no? —le contesté mientras me levantaba del taburete para sentarme en una de las mesas al lado de la cristalera, por donde se veía el ir y venir de la gente en la calle.

—Ya sacas el refranero. El día que no te oiga decir al menos media docena de refranes al día, ese día me moriré de miedo, porque algo muy malo te tiene que pasar —me dijo, soltando una carcajada antes de meterse por la puerta de la cocina para pedirle a uno de sus compañeros mis tostadas.

Es que mi amiga tenía razón. A mi padre y a mí nos encantaban los refranes y nos sabíamos cientos de ellos, pero él solo los usaba en contadas ocasiones. Yo, al contrario, los soltaba de manera natural y solía usar el adecuado para cada momento.

Eso era a lo que se refería Nora: que el día que no lo hiciera sería porque algo raro me pasaba, pues no sería yo.

Mientras esperaba a que Nora viniera con ese almuerzo que me había prometido, que conociéndola y lo exagerada que era me traería comida para

tres personas, me quedé mirando por la ventana para ver cómo la gente caminaba.

Unos iban con bolsas de sus compras, otros con maletines, seguramente de sus trabajos, y otros simplemente caminaban por caminar.

Mis ojos estaban fuera, pero mi oído estaba en la mesa de al lado, en la que antes de sentarme, me había fijado que había un matrimonio mayor y un chico más o menos de mi edad. No es que fuera cotilla… bueno, venga, un poco sí lo era, por eso estaba atenta a la conversación, esa que, sin saberlo en esos momentos, cambiaría mi vida.

—¿Otra enfermera se ha marchado? —le preguntó la mujer al chico, con desesperación.

—Sí, esta es la que menos ha durado de todas. Tres días solo ha estado en la casa. Joder, no sé qué coño les dirá… bueno, sí lo sé: burradas y ladrando, además.

»He llamado a la agencia y me han dicho que no hay ninguna más disponible, cosa que no me creo. Pienso que se ha corrido la voz y ninguna quiere ir a trabajar allí —le contestó el chico.

—¿Y te extraña? Lucas, en los tres meses que lleva allí han pasado ya más de quince enfermeras y ninguna se ha quedado más de una semana —añadió el hombre mayor, resoplando.

—A ver dónde coño encuentro yo ahora una enfermera que sepa de rehabilitación y que esté dispuesta a quedarse de interna los meses que dure su recuperación, para ayudarle en todo —les dijo el chico, con desesperación.

Llamadlo destino o lo que queráis, pero ese trabajo era para mí. Que el paciente parecía que tenía problemas de carácter y por eso las otras no aguantaban… pues genial, los bordes eran mi especialidad.

# Capítulo 2

**Bruno**

Otro día de mierda, otro día sentado todo el tiempo en la misma silla de los cojones o tumbado en la cama viendo las horas pasar. Esa había sido mi vida los últimos cuatro meses desde que salí del hospital, después de tener el accidente que hizo que mi vida se fuera al carajo.

Yo, que lo tenía todo: dinero, fama, una novia que estaba buenísima y mi sueño cumplido, ese por el que había luchado sin descanso desde que era un crío. Pues, por un error tiré mi vida a la basura, un error del que no dejaba de lamentarme día y noche.

—Bruno, me voy ya a Barcelona. Tengo una reunión con los directivos del equipo y ya de paso visitaré a mamá y a papá.

Ese que me estaba hablando era mi hermano Lucas, pero ni caso le hice. Era hablarme del equipo y me entraban los siete males por el cuerpo. No quería saber nada relacionado con mi vida anterior, esa que estaba seguro de que no volvería.

Por muchas esperanzas que me habían dado los médicos de que, con tiempo y esfuerzo, sí que me recuperaría, yo no notaba ningún avance y eso me tenía desesperado y ya sin esperanzas.

—Bruno, te estoy hablando —insistió mi hermano, empezando a enfadarse por mi silencio y por ignorarle.

—Que ya te he oído, pesado. Vete de una vez —le contesté de malas maneras.

Sabía que me estaba portando como un cabrón con la gente, sobre todo con mi hermano, que no se había separado de mí desde el accidente y había estado al pie del cañón, aguantándome sin quejarse ni una sola vez.

Pero es que no podía evitarlo. Estaba tan amargado que me molestaba hasta el respirar de la gente.

—Señor León, aquí tiene mi carta de renuncia. Ni por todo el oro del mundo me quedo en esta casa ni un día más. —*Anda a la mierda*, pensé cuando la última enfermera que había contratado mi hermano se acercó a él para darle el sobre con la renuncia y, sin decir nada más, se dio la media vuelta y salió del salón con pasos rápidos.

Dos minutos después oímos el portazo que dio al salir a la calle, haciendo que mi hermano resoplara desesperado.

—¿Otra vez? ¿Qué le has hecho a esta? —me preguntó, pasándose las manos por la cara con gesto cansado.

—¿Yo? Nada. Son ellas, que no tienen ni idea de hacer su trabajo —le contesté, encogiéndome de hombros.

Mentira. Era una puta mentira lo que le acababa de decir.

No tenía ni idea de si alguna de las enfermeras que había contratado para ayudarme —que habían sido muchas, tantas que ya había perdido la cuenta— sabía hacer su trabajo, porque no se quedaban el tiempo suficiente para averiguarlo.

La razón por la que todas se iban era yo, claro está, o más bien mis formas. Todo me molestaba. Querían que hiciera cosas que a mí no me apetecían,

como ducharme todos los días o que llevara una dieta específica. Pues no, yo comía lo que me daba la gana y punto.

Y lo de hacer los ejercicios de rehabilitación que me había mandado el médico, ¿para qué?, si no me iban a servir de nada.

Ellas se desesperaban, yo me frustraba; ellas protestaban y yo les gritaba. Alguna replicaba, de esas pocas. La mayoría acababan llorando o marchándose, soltando insultos por su boca hacia mí.

—¿Ellas? Venga, Bruno, no me jodas. Todas no pueden ser malas; eres tú, que estás inaguantable. ¿Por qué no pones un poco de tu parte? Te han dicho que te recuperarás y que podrás volver a jugar. Parece que no quieres recuperar tu vida.

—¿Recuperarme? Llevo cuatro meses en esta silla y no hay el más mínimo avance. Lo de que me voy a recuperar es un cuento chino que me han dicho para que esté esperanzado y no caiga en depresión —le dije, alzando la voz, antes de agarrar las ruedas de la silla y darme la media vuelta.

Mi hermano me conocía tan bien que sabía cuándo dejar el tema o acabaríamos teniendo una fuerte discusión, que era lo que más hacíamos últimamente.

—Me voy, volveré mañana. Intentaré encontrar otra enfermera, a ver si hay más suerte con la próxima y te pone en tu sitio.

—No cuentes con ello. Se marchará antes de una semana, como las demás —le contesté antes de que saliera por la puerta.

Miré a los ventanales del salón que daban al gran jardín que tenía mi casa y vi que hacía un sol que decía ven y acompáñame un rato. Estábamos en el mes de junio y las temperaturas aquí ya eran muy buenas.

Salí al jardín y me coloqué debajo del tejadillo para que no me diera el sol en plena cabeza. Eso era todo lo que tenía que hacer en todo el día, así que me

quedé mirando el paisaje y enseguida mis pensamientos se fueron a mi vida anterior al accidente.

Os la contaré un poco para que veáis por qué estaba así de amargado por haberlo perdido todo, o casi todo.

Empezaré por el principio, como empiezan todas las historias.

Me llamo Bruno León, tengo veintisiete años y soy jugador profesional de baloncesto, o lo era hasta hace cinco meses. Desde el colegio mis habilidades con la pelota y el aro destacaron por encima del resto de niños, al igual que lo hizo mi altura.

Siempre fui el más alto de mi clase y, cuando acabé de crecer, lo hice llegando al metro noventa y nueve. Empecé jugando en el equipo del colegio, después en el del instituto, hasta que llegué al de la universidad.

Y justo al acabar mis estudios fue cuando me ficharon en el equipo de mi ciudad, Barcelona. De ahí a despuntar no pasó mucho; en poco tiempo me convertí en un imprescindible y en la estrella del equipo.

Y esa había sido mi vida los últimos cuatro años: pretemporadas, partidos, canastas y más canastas. El baloncesto era mi vida, o lo había sido hasta hacía poco.

Después del accidente, la casa se me caía encima y no quise quedarme ahí, por lo que en esos momentos no estaba en Barcelona, sino que me había trasladado a la que tenía en Ibiza. Un cambio de aires en esas circunstancias no vendrían mal.

Me la había comprado más o menos un año antes, para pasar los periodos en los que no jugaba descansando y desconectando de todo. Estaba en una ubicación estratégica: no tenía vecinos y contaba con una playa privada, lo ideal para alguien que quiere preservar su intimidad.

Había pasado momentos buenísimos con mi familia y mi novia en esta casa, pero esos creo que ya no volverán.

De mi familia, ¿qué os cuento? Pues que está formada por cuatro miembros. Yo era uno de ellos, claro: mi padre, Felipe; mi madre, Camila; y mi hermano Lucas, al que ya conocéis un poco.

Mis padres vivían en Barcelona. Mi padre era abogado y era el que me llevaba todo el tema legal desde que empecé a jugar. Tenía su propio despacho y le iban las cosas muy bien. Había trabajado mucho para ser uno de los mejores abogados de la ciudad condal, y lo consiguió.

Mi madre había sido su secretaria desde que empezó en el despacho. Así fue como se conocieron, se enamoraron y se casaron. Ella había seguido trabajando hasta que nació mi hermano; entonces se quedó en casa para cuidarle y después a mí, que llegué un año más tarde.

Ya no había vuelto a trabajar, al menos oficialmente, porque en casa ayudaba a mi padre en muchos de sus casos.

Mi hermano, además de ser mi mejor amigo, también era mi representante. Me llevaba todo el tema del equipo y también el de la publicidad, esa que cuando empiezas a hacerte famoso, te llaman de todos los sitios habidos y por haber para que promociones.

Eso era algo que había que llevar muy bien medido, porque no se puede decir que sí a todos ni tampoco que no a algunos, aunque no te gustaran.

Siempre había hecho un trabajo excelente y no podía estar más contento por ello. Y la verdad es que seguía haciéndolo, aunque ahora no jugara. Era como mi niñera.

En mi vida, hasta hacía poco, también estaba la que yo pensé que era la mujer de mi vida. No os voy a engañar, porque aunque me había llevado un gran chasco, seguía tan enamorado de ella como el primer día.

Paula era, junto al baloncesto, mi vida. Nos conocimos en la universidad y, al menos por mi parte, tuve con ella un flechazo. Me llamó la atención desde el primer momento que la vi. Era preciosa… bueno, y lo sigue siendo, aunque ahora mucho más, porque el paso de los años le había sentado fenomenal.

Paula me apoyó desde el principio en mi decisión de aceptar ser jugador profesional, aunque eso implicara no poder estar juntos todo lo que queríamos, porque yo viajaba constantemente para jugar los partidos de fuera.

Pero para ella no supuso un problema.

Yo había estudiado Derecho y ella optó por Diseño de Moda, que era lo que siempre había querido. Al final, ninguno de los dos había trabajado en lo que habíamos estudiado tantos años; en mi caso está claro por qué.

Y en el suyo porque, nada más empezar yo a despuntar en el baloncesto, me acompañó a una sesión de fotos para una marca de ropa y uno de los fotógrafos le dio una tarjeta para que fuera a la agencia de modelos con la que él trabajaba.

Dos semanas después empezó a trabajar en la agencia y ahí seguía.

Nuestra vida desde entonces fue viento en popa. Yo trabajaba en lo que me gustaba y ella también, y los momentos que pasábamos juntos los exprimíamos al máximo, haciendo que fueran de calidad.

Pero todo se fue a la mierda a raíz de mi accidente. Por eso, en esos momentos no estábamos juntos.

Ella me había pedido tiempo, porque, según decía, no podía afrontar estar con una persona en silla de ruedas y se le hacía muy duro verme así.

Mis padres y mi hermano la tacharon de muchas cosas cuando les comuniqué su decisión. Decían que cuando quieres a alguien, como por ejemplo se querían mis padres —que solo con estar cinco minutos con ellos te dabas cuenta de que se adoraban—, no se le abandona en el peor momento de su vida.

Mi hermano, que no la tragaba desde el primer día que la conoció, me dijo que lo que le pasaba es que ya no podía presumir de estar con el mejor jugador del país y que por eso me había dejado. Que era una interesada, que solo

estaba conmigo desde el principio porque sabía que iba a triunfar y eso la ayudaba a ella a hacerlo también.

En eso sí que tenía que darle un poquito la razón, porque la mayoría de los trabajos más grandes que le habían dado como modelo eran por ser la novia de, y no por ser Paula.

Aunque puede ser que fuera porque estaba ciego y la quería muchísimo, la excusaba delante de todos diciendo que era normal que, hasta que me recuperara, si es que lo hacía, ella se apartara de mi lado.

No podía acompañarla a fiestas, ni a bailes, ni a las galas a las que iba. En mi estado no quedaría bien que una de las modelos más bonitas estuviera con alguien como yo.

Esos pensamientos y esa manera de ver las cosas me habían llevado a tener muchas discusiones con mi familia, diciéndome que era un gilipollas por pensar así. Puede que lo fuera, pero no podía evitar quererla y esperarla lo que hiciera falta.

Se acerca la hora de la comida, así que os contaré lo último y lo demás ya lo iréis descubriendo poco a poco.

Hace cinco meses, Paula tenía un desfile con una de las marcas de ropa interior más conocidas de España. Había insistido tanto en que le gustaría que estuviera allí que quise concederle su deseo.

El día anterior había tenido partido en la otra punta del país, concretamente en Málaga. Os contaré un secretillo: odio volar, lo odio con todas mis fuerzas y, si podía evitarlo, lo hacía.

En el equipo, desde el principio y sabiendo el estado de ansiedad que eso me producía si se podía, me proporcionaban otro medio de transporte. En este caso fue en tren para la ida.

Pero fue imposible encontrar billete de vuelta nada más acabar el partido para que me diera tiempo a llegar y estar presente en el desfile que se

celebraría al día siguiente a primera hora de la tarde.

Mis ganas de estar con mi chica y mi cabezonería me hicieron cometer una locura. Alquilé un coche y, nada más salir del partido, me fui a Barcelona. El viaje duró casi diez horas con las dos paradas que hice, pero conseguí llegar a tiempo a casa, darme una ducha y salir otra vez en coche hasta Tarragona, que era donde se celebraría el desfile.

Paula, al verme allí, se emocionó muchísimo porque daba por hecho que no iría. El desfile fue un éxito y la fiesta de después también.

Cuando el cansancio acumulado empezó a pasarme factura, le dije que nos fuéramos a casa, que todavía nos quedaba por delante otra hora y pico para llegar.

Al final acabamos discutiendo porque ella quería quedarse más y yo no es que no quisiera, es que no podía ni con mi alma. Así que me largué, dejándola allí con la gente de su mundillo.

Media hora solo estuve conduciendo, porque no lo sabremos nunca a ciencia cierta si es que me quedé dormido o me desmayé. El caso es que, cuando me desperté tres días después, estaba en el hospital.

Me llevé la mayor hostia de mi vida. Tenía una paraplejia incompleta que, según los médicos, eran buenas noticias dentro de la gravedad, porque con meses de trabajo y mucho esfuerzo podría volver a andar y, con más trabajo, también jugar.

# Capítulo 3

**Abril**

Decidida a no dejar pasar esa oportunidad que se me acababa de presentar delante de mis ojos, me levanté y, con pasos firmes, me acerqué hasta la mesa donde estaba el matrimonio con ese chico que, por lo que había escuchado, era su hijo.

Me pegué a la mesa y los tres se callaron en el acto y volvieron la cabeza para centrar su mirada en mí. Me miraron con recelo y curiosidad por haberme atrevido a interrumpirles.

—Buenos días. Lo primero que quiero es pedirles perdón por interrumpirles. Y lo segundo, porque, aunque haya sido sin querer, he oído parte de su conversación. Me gustaría hablar con ustedes un momento, si me lo permiten. Creo que todos podríamos ayudarnos mutuamente.

—Lo de que has estado escuchando una conversación privada y tengas el descaro de decirlo no dice mucho a tu favor. Y lo otro, pues sinceramente, no sé de qué manera podrías ayudarnos y mucho menos nosotros a ti, que no te conocemos de nada. —Esa contestación vino por parte del chico, que era el que con más recelo me miraba. Sus padres solo lo hacían expectantes.

—Mira, me voy a presentar y decirte una sola cosa de mí. Si después de eso prefieres que me vaya con viento fresco, lo haré, pero al menos sabrás el

motivo por el que me he acercado a esta mesa —le dije, cruzándome de brazos.

—Habla —me pidió el chico, levantando su mano para dar más énfasis a su petición.

—Mi nombre es Abril Guzmán y hasta hace dos horas trabajaba en la clínica Soler. Si sois de aquí, seguro que la conocéis. El caso es que me han despedido por recortes de personal; eso puedo demostrarlo para que os quedéis tranquilos. He trabajado allí los últimos dos años, soy enfermera especializada en el área de rehabilitación.

Solo con el último dato vi cómo la actitud de los tres hacia mí cambiaba. El recelo dio paso a la esperanza, sobre todo en el rostro del chico, que era el que más desesperado parecía por encontrar una solución al problema que parecían tener.

—El caso es que, como os he dicho antes, os he oído hablar y decir que necesitabais para alguien una enfermera que sepa de ese campo en concreto, y yo necesito un trabajo. Por eso he dicho que podíamos ayudarnos mutuamente.

»Sé que ha sido muy descarado por mi parte acercarme y abordaros así, pero en esta vida «quien no llora no mama» y no se pueden dejar pasar las oportunidades que a una se le presentan —añadí, dedicándoles mi mejor sonrisa.

—Me gusta —les dijo la mujer a los dos hombres, muy sonriente.

—A mí también, es perfecta. Esta no va a salir corriendo, tiene carácter y es decidida —añadió el hombre mayor.

—Siéntate, por favor —me pidió el chico amablemente, retirando la silla vacía que estaba a su lado.

—¿Abril? ¿Qué haces ahí sentada? —me preguntó Nora, que llegó justo en el momento en el que me acababa de sentar.

—Déjamelo aquí, porfa —le dije, señalando el plato y el café que me traía —. Después te cuento —añadí, guiñándole un ojo.

—Vale. ¿Ustedes quieren algo más? —les preguntó a ellos.

—Una tostada de esas para cada uno y un café estaría muy bien, gracias —le contestó el chico.

Nora les dijo que en unos minutos les traería el pedido y se fue a la barra, no sin antes darle un repaso de arriba abajo al chico y mirarme levantando una ceja intrigadísima.

La paciencia no era lo suyo. Eso era una de las muchas cosas en las que las dos coincidíamos, porque tampoco era lo mío. Ni eso ni aguantar chorradas de nadie.

Como solía decir mi padre, a mí no se me resbalaban ni las gotas de lluvia. Si tenía que poner a alguien en su sitio, lo hacía sin despeinarme. Siempre había tenido un carácter fuerte, no para mal, solo para no dejarme pisar por nadie.

Por eso había venido rato antes rabiando, porque me había tenido que morder la lengua en la clínica y no soltar cuatro frescas para quedarme a gusto. Pero por respeto a todos los pacientes que había allí en esos momentos no lo hice. Que no quiere decir que lo dejara pasar; ya tendría tiempo cualquier otro día para pasarme por allí y despacharme a gusto.

—Bien, antes de hablar déjanos que nos presentemos, como has hecho tú. Yo soy Felipe León, ella es mi mujer Camila y él es nuestro hijo mayor, Lucas. —El hombre me ofreció su mano. En cambio, su mujer se levantó para darme dos besos, que le devolví encantada, y su hijo hizo lo mismo.

—Encantada de conocerlos —les dije a los tres, sonriendo.

—Creo que deberíamos dejar los formalismos aparte, yo prefiero que no me llames de usted —me dijo la mujer, y ellos dos asintieron dándole la razón.

—Perfecto, por mi parte también lo prefiero —les contesté.

No sé por qué, pero aun acabándoles de conocer, ya me cayeron bien los tres. Se notaba la buena relación que había entre ellos y eso era una cosa que yo valoraba mucho. El trato que tiene la gente con su propia familia te dice mucho de cómo pueden ser esas personas.

—Antes de entrar en detalles de por qué necesitamos una enfermera, que por cierto es para cuidar a mi hermano, tengo que decirte una cosa importante. Porque puede que eso sea un impedimento para ti a la hora de aceptar cuidarle.

Vaya, que me dijera eso me chafó un poco, porque ya me estaba haciendo ilusiones con conseguir ese trabajo. El dinero en casa no nos sobraba y con la pensión de mi padre, que no era para tirar cohetes, no podríamos aguantar los dos mucho tiempo sin pasar necesidades.

Por eso necesitaba encontrar un trabajo pronto.

—Cuéntamelo y te diré si es un inconveniente o no —le pedí antes de dar un mordisco a la tostada de jamón que me había traído Nora, que, por cierto, estaba para morirse de buena.

—Mi hermano actualmente no está en Barcelona. Decidió retirarse a la casa que tiene en Ibiza y el trabajo lo tendrías que realizar allí. Eso implica que te tienes que mudar y vivir en su casa el tiempo que sea necesario hasta su completa recuperación.

»Como no sabemos cuál es tu situación personal, si estás casada, tienes hijos o alguna persona a tu cargo, por eso te decía que no sé si tener que ir allí sería un inconveniente para ti.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Desde el principio pensé que el trabajo sería en Barcelona, pero la verdad es que tener que irme una temporada tampoco me supondría mucho trastorno.

Mi padre estaba estupendamente y no dependía de mí para nada. Y no es como si me tuviera que ir a China; Ibiza estaba muy cerquita y en mi día libre,

porque supongo que tendría alguno, podría venir a verle o incluso sería una buena excusa para hacerle viajar a él y que fuera a verme.

—No estoy casada, no tengo pareja ni tampoco hijos. Vivo con mi padre, que está jubilado y estupendamente de salud, por lo tanto no depende de mí.

»Si tuviese que mudarme definitivamente a otra ciudad me lo tendría que pensar mucho, pero como bien has dicho solo es una temporada, por lo tanto no tengo inconveniente en ir a Ibiza unos meses —le contesté.

Me hizo gracia su reacción, porque soltó el aire que estaba conteniendo, aliviado, al saber que sí que podría ir allí.

—Estupendo, eso era lo primero que necesitábamos saber. Si no pudieras ir, sería absurdo contarte lo demás —me dijo, sonriente.

—Bien, ahora cuéntame qué clase de dolencia tiene y por qué necesita rehabilitación. Créeme que no es por cotillear, pero necesito saber a lo que voy a enfrentarme, por si acaso hay algo para lo que no estoy preparada o no sé. Soy una profesional y me gusta saber todo del paciente antes de siquiera tocarle.

—Aquí tienen unas tostadas especiales de la casa y tres cafés. Que aproveche. —Nora se había acercado y, como estábamos tan enfrascados en la conversación, no la habíamos oído llegar.

—Muchas gracias, niña, tienen una pinta estupenda —le dijo Camila a mi amiga.

—Lo mismo digo, tiene una pinta estupenda —añadió Lucas, pero mirándola a ella, haciéndole no un repaso, sino una radiografía completa, y no a las tostadas.

*Anda, mira el descarado*, pensé, aguantándome la risa. Como le había tirado la caña a mi amiga así, casi sin querer queriendo. Por la mirada que le devolvió Nora y guiñándole un ojo, ya supe que eso no se quedaría solo ahí. Se avecinaba lío.

Porque de sobra sabía que cuando la sevillana quería algo no paraba hasta conseguirlo.

—Lucas, céntrate en lo que estamos, hijo, que te has quedado embobado mirando a la chica —le dijo Felipe, dándole una colleja y riéndose.

—Abril, antes de contarte nada tengo que pedirte algo importante. Necesito que firmes un contrato de confidencialidad. No te lo tomes a mal, pero es lo mejor para todos.

Me miró con un poco de miedo, pensando que no estaría de acuerdo, pero lo que él no sabía era que no era la primera vez que lo hacía. En la clínica lo había hecho muchas veces, por lo tanto era una cosa que no me molestaba.

Le dije que no tenía ningún problema con eso y quedamos en que lo mejor era hablar todo más tranquilos en otro sitio. Me dio la dirección de la casa de sus padres, a la que iría esa misma tarde a las cinco.

Pasamos el resto del almuerzo hablando de otras cosas que no tenían nada que ver con su hermano, hasta que nos despedimos con abrazos hasta la tarde.

# Capítulo 4

**Abril**

Lucas y sus padres se marcharon y no debían ni haber dado dos pasos en la calle cuando Nora me arrastró hasta la barra para que, mientras ella seguía atendiendo a los clientes que llegaban, yo pudiera ir contándole todo.

—Cuéntamelo todo, todo —me pidió, ansiosa.

Sí, es que no podía con ella. Me tenía que reír sí o sí. A cotilla no le ganaba nadie y mucho menos si había un tío bueno de por medio.

Porque que a mí no me hubiera llamado la atención en ese sentido no quería decir que Lucas no lo estuviera, porque lo estaba, pero no era mi tipo. A mí siempre me habían gustado los morenos; el color de ojos me daba igual, pero tenían que ser morenos.

Supongo que para gustos se hicieron los colores, ¿no? Pues eso. Lucas era rubio y tenía unos preciosos ojos color miel. Además, llevaba una barbita de esas de dos días que le quedaba fenomenal; el tipo de Nora, definitivamente, porque la perdían los rubios.

Entre cliente y cliente le conté todo lo que había pasado: la conversación que oí sin querer, cómo, sin pensármelo, me acerqué para ofrecerme para el trabajo y el resto de la conversación que habíamos tenido.

—¿Por qué será lo del contrato de confidencialidad? —me preguntó, extrañada.

—No lo sé, pero ya sabes que en la clínica he firmado unos cuantos. Hay gente que se cubre las espaldas con eso, por si hablan delante de ti lo que no deben o ves cosas que no deberías.

»Si consigo el trabajo, date cuenta de que voy a tener que vivir en la casa de ese hombre y allí lo mismo lleva sus temas de trabajo o tiene pareja o vete tú a saber.

—Sí, en eso llevas razón. Hay gente para todo; hay algunos a los que hasta les tienes que guardar el secreto de cuando se tiran un pedo. —La madre que la parió, tuve que taparme la boca para que el resto de los clientes que estaban allí no me oyeran reír. Mi amiga tenía cada salida que era para morirse con ella.

—Eres más burra… ¿No había otra cosa con la que aclarar la situación? Vaya tela contigo. Pero en el fondo tienes razón, hay gente para todo y muy rara —le dije, intentando contener la risa.

—Claro que la tengo. Solo espero que el hermano del bombón no sea un raro de esos que no hay por dónde cogerlos. Aunque, como a ti te va la marcha, no tendrás problemas: le sueltas cuatro frescas y dos refranes y le pones en órbita enseguida. Oye, incluso lo mismo está bueno y te lo puedes ligar y todo. —La miré poniendo los ojos en blanco y resoplé.

—Si voy, lo haré para trabajar, no para ligar.

—Una cosa no es incompatible con la otra. Además, necesitas darte una alegría al cuerpo o dentro de poco hasta las monjas de clausura serán menos vírgenes que tú, porque eso se vuelve a cerrar de no usarlo, ¿lo sabías?

En eso no podía quitarle la razón tampoco. Llevaba muchos meses de sequía y no es que las últimas veces que había tenido sexo fueran para recordar.

Estuve con un chico saliendo un par de meses que, madre de mi vida, más soso no podía ser. No sabía ni por dónde andaba, y eso que era mayor que yo. Pero del misionero no le sacabas al muchacho.

No es que yo fuera una persona a la que le valiera cualquier cosa, tenía mis límites en ese sentido, supongo que como todos, pero vamos, que como mínimo tener sexo oral. Pues no, al muchacho, del que no quiero ni recordar el nombre, ni eso le gustaba.

Como podéis imaginar, lo despaché con viento fresco y desde entonces no había vuelto a estar con nadie. Y esto, entre nosotras, hacía que estuviera que me subía por las paredes porque, aunque tenía mis momentos de autocariño, no era lo mismo que el compartido.

—Te recuerdo que soy enfermera especializada en rehabilitación. Si eso es lo que ese hombre necesita y es lo que ha dado a entender su familia, lo mismo no está para muchos trotes. —Se me quedó mirando, y la conocía tan bien que ya sabía que me iba a soltar una burrada de las suyas.

—Tendrá mal el cuerpo, pero la lengua la tendrá perfectamente. Con ella te puede hacer una limpieza… —la corté, tapándole la boca con mi mano para que no terminara la frase, y la muy guarra me chupó la palma.

—Eres una guarra de categoría —le dije, limpiándome las babas en su mandil.

—Qué tiquismiquis eres. Pues que sepas que mis babas a otros les encantan y espero que el rubio sea uno de ellos. —Puso morritos y todo al decírmelo, y me tuve que echar a reír.

—Mira, vamos a dejarlo. Me voy a buscar al señor Simón, que seguro que le pillo en el bar de debajo de casa tomándose un vinito con sus amigos. Tengo que contarle las novedades, comer y ducharme antes de tener que ir a casa de esa familia para la cita de esta tarde. —Cogí mi bolso y me bajé del taburete para marcharme cuanto antes, porque si no al final Nora me liaría más y se me haría de noche allí.

—Cuando salgas me llamas para contármelo todo, ¿eh…? —me dijo, apuntándome con el dedo en plan orden.

—Te recuerdo que voy a firmar un contrato que me obliga a guardar silencio —le dije, poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza.

—Y yo te recuerdo que nosotras somos un lote. Lo que tú firmes incluye mi silencio. —Pero qué morro tenía, es que era única esta mujer.

—Sin comentarios —le contesté antes de darme la vuelta y andar rápido hacia la salida.

La cafetería donde trabajaba Nora, porque sí, era una trabajadora más allí aunque pareciera la dueña, llevaba tantos años que se había hecho la jefa del cotarro. Y su jefa, que la adoraba, se lo consentía.

Estaba cerca de mi ex trabajo, pero bastante lejos de mi casa. Tenía que coger el autobús y el trayecto duraba veinte minutos.

Media hora después llegué a casa, pero antes de subir me asomé al bar de Juanillo, donde mi padre hacía horas extras cascando con sus amigos o jugando partidas de dominó. Y, cómo no, allí estaba el señor Simón tomándose una tapita y echando la parlada de rigor.

—Hija, ¿qué haces en casa tan pronto? ¿Ha pasado algo? —me preguntó, preocupado, levantándose de la silla para acercarse a mí con rapidez.

Lo de preguntarme por qué llegaba tan pronto y extrañarse por ello era porque, si hubiera terminado mi jornada, no tendría que haber llegado a casa hasta por lo menos una hora y media después, ya que mi horario en la clínica era de ocho a dos y media, de lunes a sábado, y ese día no eran ni las dos de la tarde todavía.

—Sí, ha pasado, pero tranquilo, que no hay mal que por bien no venga —le contesté, tirando del refranero.

—Vamos a casa y me lo cuentas —me dijo antes de acercarse a sus amigos para despedirse hasta por la tarde, que volvería a bajar para su partidita diaria de dominó.

Subimos los dos a casa y, mientras mi padre calentaba la comida, yo fui poniendo la mesa. Normalmente, él solía encargarse de hacer la comida y yo la cena.

El resto de las tareas nos las repartíamos, aunque había algunas que, como a todos, nos gustaban más que otras.

Mientras disfrutábamos de las deliciosas lentejas que mi padre había preparado ese día, le fui contando todo lo que había pasado esa mañana, que no era poco.

Cómo me habían despedido porque tenían que hacer recortes, pero que la desgraciada de mi compañera, que tenía que haber salido antes que yo, se había quedado porque estaba liada con el hijo del jefazo.

Que le había ido a llorar mis penas al salir de allí a Nora, donde la casualidad del destino hizo que me encontrara con una familia que necesitaba una enfermera.

Le conté a mi padre todo lo que habíamos hablado, que no era mucho, y que había quedado por la tarde para conocer todos los detalles.

Yo pensé que le costaría más aceptar lo de Ibiza, pero me sorprendió diciéndome que, si se me había presentado esa oportunidad, no podía rechazarla. Que podíamos hablar por teléfono a diario y que vendría a verme las veces que hiciera falta.

Que por él no me preocupara, que estaría bien.

Sus palabras me tranquilizaron bastante, como siempre hacía cuando algo me preocupaba. Mi padre tenía el don de ser mi calma.

Terminamos de comer y recogimos todo entre los dos. Mi padre se fue a su habitación a echarse una pequeña siesta, como hacía todos los días. Esa sí que no la perdonaba; nunca llegaba a una hora, pero decía que le daba la vida.

Yo también solía hacerlo algunos días, sobre todo en invierno, que era cuando más apetecía estar acurrucada en la cama, pero ese día estaba demasiado nerviosa para hacerlo.

Así que fui al armario y seleccioné la ropa que me pondría para ir a casa de los León. Opté por ropa cómoda porque el viaje en bus era largo. Además, ellos me habían conocido así y no pensaba ponerme de gala ni aparentar lo que no era.

Cogí unos vaqueros de pitillo y una blusa de manga corta color coral y, para completar mi look, mis adoradas zapatillas Converse negras.

Me fui al baño para darme una ducha.

A las cuatro en punto salí de casa después de despedirme de mi padre y me fui a la parada correspondiente de autobús, que ya había mirado en casa cuál era para ir hacia el lugar en el que esperaba me dieran mi siguiente trabajo.

# Capítulo 5

**Abril**

A las cinco menos diez estaba en la puerta de la casa de la familia León. Era una vivienda unifamiliar en una urbanización bastante lujosa.

Que eran una familia con bastante pasta ya lo había notado cuando los había conocido por la mañana: su ropa, su manera de comportarse con mucha clase y el reloj Rolex que llevaba Lucas, que valía… ni quería pensar cuánto, pero seguramente lo que yo cobraba en la clínica durante un año, me dieron todas las pistas para saberlo.

Fue el mismo Lucas quien me abrió la puerta, dándome la bienvenida con dos besos. Pasamos al salón, donde estaban sus padres sentados tomando un café, y enseguida me saludaron de la misma manera. Camila me preguntó qué me gustaría tomar y acepté un café, al igual que estaban tomando ellos.

—Bien, pues antes de empezar a contarte todo, como te dije, aquí está el contrato de confidencialidad para que lo firmes —me dijo Lucas, poniéndomelo delante en la mesa para que lo leyera.

Como había firmado ya unos cuantos, me fui a las líneas más importantes, en las que ponía la cantidad que tendría que pagar si violaba los términos revelando datos de todo lo referido a conversaciones, la salud del paciente o todo lo que viviera a su lado el tiempo que trabajara para él.

Unos minutos después, cogí el bolígrafo que estaba encima de la mesa y estampé mi firma en todas las hojas que era necesario.

—Lo primero que tienes que saber es quién es mi hermano. Lo mismo no te suena su nombre; si no es así, yo te pondré al día de quién es y lo que hace. —Que hubiera tenido que firmar el contrato y que ahora me dijera eso me hizo pensar que podría ser una persona conocida.

—Mi hermano es Bruno León, no sé si…

Menos mal que estaba sentada, si no me hubiera caído de culo al suelo.

—¡No me jodas! ¿En serio? Madre mía, madre mía… —Mis palabras y mi efusividad, levantándome de la silla y dando un par de vueltas por el salón, les hicieron reír tanto que Camila hasta acabó con lágrimas en los ojos.

—Por tu manera de actuar veo que sabes quién es —me dijo Lucas sin parar de reír.

—¿Cómo no voy a saber quién es? Mi padre es su fan número uno, no se ha perdido un partido desde que empezó a jugar en la liga profesional y yo, que soy igual de aficionada al baloncesto, tampoco. Tenemos sus camisetas y todo.

»Estamos totalmente de acuerdo con los críticos deportivos y todos los comentaristas: es el mejor jugador español en la historia del baloncesto. Su juego solo es comparable con el de Michael Jordan; dicen que es igual de bueno o que incluso le superará. Yo creo que ya le ha superado. —Hasta me faltaba el aire cuando terminé de soltar todo lo que dije de carrerilla antes de dejarme caer en la silla.

—Bueno, pues en ese sentido me ahorro tener que explicarte lo que hace. Ahora te contaré lo que le pasa, porque como sabes, en los medios se ha dicho que ha dejado el baloncesto en suspense hasta la próxima temporada por una lesión en la rodilla, pero no es verdad. —Eso me dejó con la boca abierta y me preocupó bastante; si habían ocultado la verdad, era porque era mucho más grave lo que le pasaba.

Lucas me contó el accidente de coche que Bruno había tenido y las lesiones que eso le provocó. Tenía una paraplejia incompleta, pero los médicos eran muy optimistas porque les habían asegurado que, con trabajo y esfuerzo, se recuperaría por completo.

Me contó que su hermano se había cerrado en banda y que no estaba poniendo nada de su parte para recuperarse, porque creía que le habían mentido al no ver ningún avance en los últimos meses y, al parecer, había tirado la toalla. Además, se había convertido en un gruñón inaguantable que lo único que hacía era ver los días pasar.

Me enseñó todo el historial médico para que viera dónde estaba exactamente la lesión y donde también ponía el tratamiento que tenía que seguir en cuanto a ejercicios, infiltraciones y demás cosas.

Después de revisar todo y ver que era totalmente posible que volviera a ser el mismo, decidí que Bruno iba a volver a la cancha sí o sí, aunque me costara sudor y lágrimas ayudarle.

—¿Qué opinas? ¿Te ves capaz de ayudarle? Ya te aviso que no va a poner de su parte, te gritará, te insultará y te hará la vida imposible para que te vayas como todas las demás.

»Por eso quería que supieras todo antes de aceptar el trabajo y que no te llevaras sorpresas cuando vieras con tus propios ojos cómo está. —La pregunta por parte de Lucas vino acompañada de una mirada suplicante, como si yo fuera su última esperanza.

Y si antes ya me había decidido a ir, en esos momentos lo tenía clarísimo. Se le veía, igual que a sus padres, que estaban sufriendo por la situación.

—¿Cuándo nos vamos? —le pregunté, sonriendo.

—¿De verdad aceptas?

Le contesté moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Por supuesto que sí —le dije, muy decidida.

—No te lo va a poner fácil —me dijo, negando la cabeza.

—Ni ella a él tampoco —contestó su madre, mirándome cómplice.

—Exactamente. Si me chilla, yo le chillo más; si me insulta, le pongo cinta adhesiva en la boca, y si me hace la vida imposible, yo haré de la suya un infierno.

»Ahora, que Bruno ande antes de que acabe el año, eso os lo prometo yo. Paciencia tengo mucha, pero mala leche también, y las niñerías y las rabietas no se las aguanto a nadie.

—Ya te dije que era perfecta para nuestro chico, le va a dar el empujón que necesita —le dijo Felipe a su mujer, agarrándola de la mano, muy contento.

—Yo pienso lo mismo. Tiene carácter y parece que no se deja pisar por nadie, por muy famoso que sea —añadió Camila.

—Creo que voy a quedarme los primeros días allí con vosotros. No quiero perderme los primeros uno contra uno que vais a echar, va a ser un verdadero duelo de titanes —dijo Lucas, riéndose.

—En la cancha podrá ganar todos los partidos sin despeinarse ni sudar, pero este partido se lo voy a ganar yo. Así que dime cuándo nos vamos, cuanto antes empecemos antes podrá volver a ser el de antes.

—¿Podrías viajar mañana? Yo me voy a media mañana, así después no viajarías sola. Pero si prefieres esperar unos días para organizarte también puedo volver a buscarte.

—Mañana me viene perfecto. No tengo pensado llevar mucho equipaje, solo ropa cómoda, así que no tardaré nada en hacer la maleta. Además, mi padre puede mandarme algunas cosas más después.

—Genial. Voy un momento al despacho a por el contrato y, si te parece, lo dejamos firmado también. Después te llevaré a casa para que vayas preparando todo tranquilamente —asentí con la cabeza y Lucas salió del salón rápidamente.

Cuando leí el contrato, casi me da un infarto al ver lo que iba a cobrar. Era el triple de lo que cobraba en la clínica, y eso que en ese sitio no cobraba nada mal. Encima, los gastos de comida y alojamiento estaban incluidos al irme allí a vivir.

Le daría a mi padre la mitad, aunque conociéndole, pondría el grito en el cielo, pero me daba igual; bastante llevaba haciendo el hombre toda su vida por mí. La otra mitad la guardaría en mi cuenta para ahorrar todo lo posible. Así, cuando acabara mi trabajo con Bruno, tendría un buen colchón y podría buscar otro empleo sin prisas.

Como me había dicho Lucas, me llevó a mi casa y se lo agradecí enormemente, porque en poco más de quince minutos estábamos allí y me ahorré el largo viaje en autobús. Quedamos en que al día siguiente me recogería a las diez de la mañana, ya que el vuelo salía a las once y media.

Mi padre subió del bar a las ocho de la tarde y me pilló en pleno zafarrancho en mi habitación, con un montón de ropa encima de la cama, doblándola y colocándola en la maleta de forma estratégica para que me entrara lo más posible.

—Abril, ¿qué haces? Parece que ha pasado un huracán por aquí —me preguntó, riéndose.

—Siéntate en mi cama, que mientras voy metiendo todo esto te cuento todo —le pedí, sonriendo.

Sí que había firmado el contrato en el que debía tener el pico cerrado, pero a mi padre le contaría todo. Era la persona en la que más confiaba en el mundo y sabía de sobra que de su boca no saldría jamás una sola palabra de lo que yo le contara.

—Por tu cara y los nervios que tienes veo que debe de ser buenísimo lo que te han dicho en esa casa. —Mi padre se sentó en la cama, pero no se quedó quieto; empezó a doblar camisetas.

—Vas a flipar cuando te diga quién es mi paciente —le dije, haciéndome la interesante.

—Venga, suéltalo ya. Y a todo esto, ¿por qué estás haciendo la maleta ya? ¿Es que te vas mañana o qué?

—Sí, mañana por la mañana. Es prioritario que empiece a trabajar con él cuanto antes. Necesita mucha rehabilitación, está muy jodido, papá.

Antes de decirle quién era, eso me lo quería guardar para el final. Le conté la dolencia que tenía mi paciente, lo que me había dicho su familia de lo mal anímicamente que estaba y lo difícil que me lo iba a poner para poder hacer mi trabajo.

Mi padre se quedó alucinado cuando le dije lo que iban a pagarme, sin incluir ni comida ni la estancia.

—Ese hombre no sabe la que le ha caído encima —me dijo, echándose a reír. Mi padre me conocía mejor que nadie y sabía que cuando se me metía una cosa en la cabeza, no paraba hasta conseguirla, así tuviera que darme de cabezazos contra la pared y hacer un boquete—. Cuando termines con él hasta correrá una maratón, no tengo ninguna duda. Pues no es tozuda, mi niña.

—Con que pueda volver a hacer su trabajo igual de bien que antes y que tú puedas verlo, me vale. Eso es lo más importante para mí: que se recupere.

—No te entiendo —me dijo, confundido.

—Papá, no te alteres, ¿vale? Es que mi paciente es… —Hice una pausa dramática antes de soltar el nombre—. Bruno León.

—¡Qué dices, niña! ¿Bruno León? ¿El mejor escolta de todos los tiempos? ¿Ese Bruno? ¿Nuestro Bruno? ¿Ese al que adoramos? —Las preguntas de mi padre salían tan atropelladamente de su boca que no sabía ni lo que decía.

—Te he dicho que no te alteraras —le dije, agarrándole del brazo para que volviera a sentarse, porque se había levantado y no dejaba de ir de un lado a

otro de la habitación como un león enjaulado.

—Los cojones, no me voy a alterar. ¿Cómo no hacerlo sabiendo que vas a vivir con él y la verdad de lo que le ha pasado? Madre mía, Abril, joder… que es Bruno —me dijo, pasándose las manos por el pelo, supernervioso.

—Si no te calmas, no te dejo venir a verme en cuanto me haga con él y mejore un poco. Se lo he preguntado a Lucas y me ha dicho que puedes ir a visitarme cuando quieras. —A mi padre le faltó bailar al oírme.

Con esas palabras no sé si conseguí calmarlo o alterarlo más, sabiendo que iba a conocer a Bruno en persona, pero al menos le hice feliz.

Me pidió casi de rodillas que, por mucho que ese muchacho me dijera, no le dejara hasta que consiguiera volver a jugar. Sus palabras exactas fueron estas: que él era el mejor en lo suyo, pero que yo lo era en lo mío, y que si yo no conseguía ayudarle, nadie lo haría, y no solo hablaba de lo que tenía físicamente.

Las palabras de mi padre me llegaron al corazón por la gran confianza que siempre tenía en mí. No pensaba defraudarle ni a él, ni a Lucas, ni a sus padres, ni a mí misma, porque me prometí en ese momento que Bruno volvería a ser el mejor.

Seguimos preparando la maleta sin dejar de hablar del tema. También durante la cena seguimos haciéndolo. Esa noche hasta soñé con Bruno; era mi ídolo, pero ahora eso tenía que quedarse a un lado, porque sería mi paciente.

# Capítulo 6

**Bruno**

Normalmente, todos los días eran malos, pero ese lo estaba siendo especialmente más. Que me hubiera levantado abatido esa mañana no era una novedad, era lo normal en mí. En cuanto abría los ojos cada mañana y recordaba la desgracia que tenía encima, ya se instalaba en mí el mal humor, que me duraba todo el día o aumentaba con el paso de las horas.

Ese día ni siquiera era mediodía todavía y ya estaba a un nivel de mala hostia insuperable. El aburrimiento y el no tener nada que hacer durante el día me llevaban a mirar y a entretenerme en cosas que no debía.

Me metía en las redes muy a menudo para ver todo lo que hablaban de mí. Al principio de mi accidente se especuló mucho sobre la causa por la que me retiraba del baloncesto una temporada. Mi hermano, que es buenísimo en su trabajo, consiguió tapar todo lo que había pasado y alegó que tenía una lesión en la rodilla, por lo que nadie que no fuera de mi círculo de confianza —ese que era muy reducido— sabía nada del alcance real de mi estado.

Aparte de mirar las noticias que hablaban de mí, que con el paso del tiempo se habían reducido mucho, también miraba las que hablaban de Paula. Y la noticia que me había alterado tanto era precisamente una suya.

Habíamos acordado que no haríamos oficial la ruptura, porque no era una ruptura en sí, sino un parón en lo nuestro. Por lo que, para el resto del mundo,

seguíamos juntos y felices.

Pero en las publicaciones que habían saltado en las últimas horas, se la veía en unas fotos en actitud más que cariñosa con uno de sus compañeros de trabajo. Eso había hecho que las redes se revolucionaran, generando miles de comentarios: que si estábamos en crisis, que si nuestra relación estaba muerta o que si yo era un cornudo.

Que sí, que estábamos dándonos un tiempo, o eso era lo que ella me había pedido, pero realmente, ¿era eso lo que ella quería o solo había sido una manera suave de mandarme a la mierda de forma más sutil?

Yo entendía que si quería seguir con su vida sin mí tenía todo el derecho del mundo a hacerlo, por mucho que me doliera, pero, joder, si era así, que me lo dijera claro, ¿no?

Sabía que, aparte del problema de no poder caminar ni jugar, estaba ese otro que me tenía de los nervios. La parálisis que tenía también había afectado a mi miembro y, desde que me desperté en el hospital, no había vuelto a tener una erección.

Cuando Paula se enteró, su cara de horror fue digna de enmarcar. No es que nosotros tuviéramos sexo a todas horas; como ya sabéis, por nuestros trabajos nos veíamos poco, pero cuando lo hacíamos, desde luego que aprovechábamos el tiempo.

Ella, al saber que no podríamos acostarnos al menos hasta que me recuperara, lo llevó fatal, porque fue una de las primeras cosas que pregunté: que si eso estaba muerto para siempre o volvería a funcionar.

Los médicos me aseguraron que recuperaría la actividad ahí a la vez que en las piernas. Desde que me pidió el parón, siempre pensé que el no poder tener sexo había sido una de las causas que más peso había tenido para que ella tomara esa decisión.

Nada más ver las noticias que habían saltado a los medios, la había llamado. Hasta la cuarta llamada no me cogió el teléfono y me contestó, no de

muy buenas maneras, diciéndome que ella trabajaba y que no podía estar llamándola a todas horas para molestarla con chorradas.

Le pregunté por las fotos con ese compañero y si era verdad que estaban liados, y con toda su geta me contestó que eso era parte de su vida privada y que no tenía por qué darme explicaciones ni a mí ni a nadie.

A partir de ese comentario, la conversación subió de tono y acabamos teniendo una discusión bastante acalorada en la que los dos nos dijimos cosas bastante feas.

En conclusión, que después de varias recriminaciones por parte de los dos y de que le pidiera que me dijera claro en qué punto estábamos, ella me dijo que lo mejor era dejarlo definitivamente y que si el destino quería que estuviéramos juntos en un futuro, ya se vería lo que pasaba, pero que ahora mismo lo mejor era no vernos más.

Me tocó aceptar, qué remedio.

—Bruno, me marcho ya. He dejado la comida en la cocina. Lucas me avisó esta mañana temprano de que llegaría para la hora de comer. De cena no he dejado nada, me dijo que él se encargaba.

Las palabras de María me sobresaltaron cuando me habló. Estaba tan enfrascado pensando en lo que me había pasado con Paula que no la había oído salir al jardín, que era donde estaba.

—Gracias, María. Supongo que se quedará todo el fin de semana, así que no hace falta que vengas hasta el lunes. Disfruta de tus nietos —le contesté.

—Sí, me ha dicho que se quedará unos días por aquí. No tiene previsto volver a Barcelona pronto, o eso me ha dicho —me respondió, poniéndome al tanto de los planes de mi hermano, esos que yo no sabía porque no me había dado la gana cogerle el teléfono ninguna de las seis veces que me había llamado desde el día anterior, ni a él ni a mis padres.

María se despidió de mí con un beso en la mejilla, como siempre hacía cuando se iba. Me trataba como a un hijo desde que empezó a trabajar para mí, cuando me compré esta casa.

Ella era la que se encargaba de mantenerla limpia y habitable cuando yo no venía. Pero cuando venía, también hacía lo mismo y, de paso, se ocupaba de la cocina, dejándome toda clase de manjares que, para ser sincero, me comía sin ganas.

Era viuda y vivía en casa de su hija, que también lo era y tenía dos hijos adolescentes. Le venía muy bien este trabajo porque no le suponía mucho esfuerzo y así podía ayudar en casa ingresando un buen dinero. Además, vivía cerca de mi casa y llegar hasta allí solo le suponía un viaje en autobús de menos de media hora.

La siguiente hora la dediqué a seguir navegando por las redes y a cabrearme más por todos los comentarios y noticias que no dejaban de salir. Sobre todo me molestaron aquellos en los que me hacían quedar a mí de malo, diciendo que la pobre Paula había tenido que buscar el cariño en otros brazos porque yo la tenía muy abandonada, ya que no la acompañaba a ninguna de sus galas o desfiles.

Si todos esos gilipollas que hablaban sin saber la verdad de lo que estaba ocurriendo supieran la realidad del infierno que yo estaba viviendo, se tendrían que meter la lengua en el culo. Pero claro, en este país el deporte nacional parecía ser criticar a los demás; más valdría que toda esa gente se dedicara a mirar lo que tenían en sus vidas en vez de estar chismeando de las de los demás.

Oí el sonido de la puerta principal al cerrarse y supe que mi hermano había llegado justo en el peor momento. Porque como empezara a calentarme la cabeza con que así no podía seguir o cualquier otra mierda o reproche de los que me hacía a diario, iba a salir escaldado. Hoy no tenía el día para aguantar el parloteo de nadie.

—Bruno, ya estoy aquí —anunció mi hermano saliendo al jardín.

—Ya te veo, estoy paralítico, no ciego. —Lo sé, fue muy borde mi respuesta, pero es que, joder, de verdad que no tenía el día.

Levanté la cabeza del teléfono para mirarle y, la hostia… me quedé helado al ver a la preciosidad que estaba a su lado. Vaya bombón.

Esa mujer era un pecado andante. Tenía el pelo moreno recogido en dos trenzas que le caían casi hasta el trasero, ese que aún no había tenido el placer de ver porque no la había visto de espaldas, pero que estaba seguro de que debía de ser tan apetecible como todo en ella.

Paula tenía un cuerpo de infarto, pero esta mujer no tenía nada que envidiarle; incluso me atrevería a decir que lo tenía mucho mejor, sobre todo por la delantera, porque vaya par de tetas que intuía bajo la blusa que llevaba.

Pero si tenía que quedarme con algo de todo el conjunto y decir que era realmente alucinante, eran sus ojos. De un azul tan brillante que recordaba al agua de una piscina. Y no solo por el color, sino por la forma de mirar, como si quisiera atravesarte o leerte el alma.

Esta vez se habían esmerado en la agencia al mandarme a una chica. Esperaba que hiciera bien su trabajo y que consiguiera que mi amigo se despertara y pudiera, por fin, tener una erección.

Os preguntaréis de qué estoy hablando. No, no se me había ido la cabeza, o al menos no todavía.

Hacía dos meses que, al menos una vez por semana, contrataba los servicios de prostitutas en una agencia muy discreta y con muy buenas referencias. Me mandaban a una de las chicas a mi casa, la que tuvieran disponible en ese momento.

Como supondréis por el problema que tenía, no me había acostado con ninguna. Y no por falta de ganas, la verdad, sino porque mi miembro no colaboraba, y esa era la razón para pedir esos servicios.

Cuando la chica en cuestión venía, le pedía que se desnudara, se tocara para mí o intentara que me excitara de alguna manera, pero hasta el momento no lo había conseguido con ninguna de las que me habían mandado.

Pero al ver a la que tenía delante, que debía de ser nueva porque no había venido nunca, tuve la esperanza de conseguirlo.

# Capítulo 7

**Bruno**

—Lucas, dile dónde está la habitación —le pedí a mi hermano—, y tú, cuando estés allí, vete quitándote la ropa y espérame tumbada en la cama —le pedí, o más bien le ordené, a la chica.

La reacción de los dos me hizo fruncir el ceño. Mi hermano resopló, negando con la cabeza, a la vez que se agarraba el puente de la nariz con dos dedos, como si lo que le hubiera dicho fuera la mayor atrocidad del mundo.

No entendía por qué se comportaba así cuando él sabía de sobra que contrataba el servicio de esas mujeres.

Pero la reacción de ella me sorprendió todavía más. Primero me miró con una ceja alzada y después rompió a reír a carcajadas.

—Abril, no se lo tengas en cuenta. Ya te he contado más o menos lo que le pasa a mi hermano y te ha debido de confundir con una de esas mujeres que contrata para subirle el ánimo. —Cuando dijo la palabra ánimo, lo hizo con el gesto de las manos, como si la entrecomillara.

—No te preocupes, no me molesta. En el fondo tiene un poco de razón. Una de las muchas cosas que pienso conseguir en todo el tiempo que esté aquí es que su amigo también termine funcionando como siempre, pero no de la manera que él piensa —le contestó la mujer a mi hermano.

Los dos acabaron riéndose como si fueran viejos amigos y no supe por qué, pero esa complicidad que tenían me molestó.

—No sé qué coño os hace tanta gracia a los dos —les pregunté con mi tono más borde, dejando claro que me estaban cabreando con su actitud.

—Bruno, antes de que metas más la pata, déjame que te presente a Abril Guzmán, tu nueva enfermera. —Las palabras de mi hermano me dejaron con la boca abierta, aparte de querer que la tierra me tragara en ese momento.

Hostias… había confundido a mi nueva enfermera con una prostituta. Es que no se podía meter más la pata, como había dicho Lucas.

—Abril, a ti no hace falta que te diga quién es aquí la alegría de la huerta, porque lo sabes de sobra —añadió mi hermano, haciéndose el gracioso.

Abril se acercó hasta mí y me tendió la mano para saludarme. Me quedé mirándola unos segundos hasta que finalmente extendí la mía y se la estreché.

El escalofrío que me recorrió todo el cuerpo cuando nuestras pieles entraron en contacto, os juro que lo noté hasta en las piernas, pero eso era imposible… ¿O no?

Ella debió sentir algo parecido porque se retiró deprisa hacia atrás, o eso pensé, hasta que la miré a los ojos y le vi arrugar la nariz como si algo no le gustara.

—¿Joder, desde cuándo hace que no te duchas? Algunas pocilgas huelen mejor que tú.

Que me llamara guarro así, sin cortarse un pelo, me molestó mucho.

—¿Y a ti qué te importa? Me ducho cuando me sale de los cojones y si te molesta mi olor, no te acerques —le contesté, fulminándola con la mirada.

—El problema es que sí que me importa, porque para tratarte voy a tener que acercarme a ti y tocarte todo el cuerpo, y desde luego no lo voy a hacer

aguantándome las ganas de vomitar. Así que ahora mismo te vas a dar una ducha para quitarte ese olor a dejadez que ni tu hermano ni yo tenemos por qué aguantar.

Vaya, tenía mala leche la niña. Pues para cojones los míos, porque no pensaba dejarme mangonear por ella.

—Pues ya podéis esperar sentados, porque de pie os vais a cansar. No me pienso duchar, no tengo ganas y mucho menos lo voy a hacer si me lo mandas tú. Soy grandecito para hacer lo que me dé la gana.

—¿Dijiste que tenía carta blanca, verdad? —La pregunta que le hizo a mi hermano me descolocó por completo.

—Por supuesto, todo tuyo —le contestó mi hermano, cruzándose de brazos.

—Solo te lo voy a preguntar una vez: ¿vas a ducharte ahora mismo? —me preguntó Abril, imitando el gesto de mi hermano.

—Y yo solo te lo voy a decir una vez más para que te quede claro que hago lo que me sale de la polla. No me voy a duchar ni tampoco voy a hacer nada de lo que me mandes, así que te voy a ahorrar que gastes tu tiempo y tu saliva. Ahí tienes la puerta, puedes largarte cuando quieras.

Acompañé mi respuesta cruzándome de brazos. Sabía de sobra que me estaba comportando como un crío, pero me dio igual. Ya todo me daba igual.

—Bien… un buen cirujano corta por lo sano.

No tardé ni dos minutos en saber qué quería decir con esa frase.

Abril se acercó con rapidez a la pared del jardín donde estaba la manguera que María usaba para regar la cantidad de flores y árboles que había plantados allí. Tiró de ella después de abrir el grifo y se acercó a mí con pasos decididos.

No pensé que se atrevería, pero sí lo hizo. Vaya si lo hizo.

Me apuntó con la manguera primero a la cabeza y fue bajando por todo mi cuerpo, calándome por completo. Hacía buena temperatura, pero no tanta como para darse un manguerazo de agua helada.

—¡Estás loca! ¿Qué coño haces? —le grité intentando moverme con la silla, sin conseguirlo.

De fondo podía oír a mi hermano reírse a carcajadas y cuando le miré, el muy cabrón nos estaba grabando con el móvil.

—Por lo visto, no solo el cuerpo lo tienes sucio, sino la boca también. No tengo jabón, pero un poco de agua valdrá de momento para lavártela.

Me apuntó con la manguera directamente a la cara y el chorro se me metió en la boca. Al no esperarlo, me atraganté. Empecé a toser, escupiendo el agua mientras intentaba coger aire.

—¡Serás hija de puta! ¿Quieres matarme o qué? —le grité más alto esta vez, limpiándome el agua de la cara.

De repente, el agua se cortó de golpe. Levanté la vista y vi cómo Abril tiraba la manguera de malas maneras al suelo antes de venir como una bala hacia mí, con una cara de cabreo que daba miedo.

—Ni se te ocurra volver a insultar a mi madre. Todo te lo permito, menos eso. Si vuelves a hacerlo, me dará igual que estés en silla de ruedas, te tiraré al suelo y patearé tu culo hasta ponértelo rojo. ¿Me has entendido?

Me lo dijo agarrándome del pelo para echarme la cabeza hacia atrás y que pudiera mirarla a la cara. Estaba tan cerca de mí que podía notar su respiración, pero también vi algo más: dolor en sus ojos.

—El insulto era para ti, no para ella —le dije en voz baja, intentando calmarla.

—Pues insúltame de otra manera, pero esas tres palabras no las vuelvas a decir en mi presencia. Te aseguro que no quieres verme enfadada. Mi madre

está muerta y no le consiento a nadie que hable de ella. ¿Te ha quedado claro?

Hostias, eso sí que no me lo esperaba. En ningún momento quise insultar a su madre, me había salido solo por el cabreo del momento.

—Lo siento, ¿vale? Me ha salido sin pensar —me disculpé con sinceridad.

La dura mirada de mi hermano y la de ella, entre furia y dolor, me removieron algo por dentro.

—Pues a partir de ahora piensa antes de abrir la bocaza. Y ahora tira para la ducha: necesitas agua caliente; solo faltaba que te cogieras una pulmonía.

Se dio la media vuelta y apagó la manguera.

—¿A qué esperas? —añadió poniendo los brazos en jarras al ver que no me había movido.

—Tú ya estás borrando el vídeo que has grabado —le dije a mi hermano, apuntándole con el dedo, antes de empezar a girar las ruedas de la silla para entrar en la casa.

—No te lo crees ni tú. Además se lo voy a mandar a mamá —me contestó, riéndose.

—Luego llamaré a Camila para saber si le ha gustado la primera canasta que le he metido a su hijo —añadió Abril, dejándome perplejo.

—¿Conoces a mi madre? —le pregunté extrañado.

—Vamos a la ducha. Mientras te ayudo, contestaré todas las preguntas que quieras —me respondió empujando la silla directamente hacia el baño de mi habitación.

La casa era de una sola planta. Ese había sido un punto importante por el que me había ido allí cuando decidí retirarme de la vida pública. En Barcelona

tenía un ático y el primer mes allí, encerrado después de salir del hospital, fue horrible.

Sin poder notar ni los rayos del sol en la cara, porque, por supuesto, a la calle me negué a salir en el estado en el que estaba.

Aquí, en mi casa de Ibiza —esa que solo mi familia sabía que tenía—, me sentía un poco menos asqueado. Y como he dicho, al ser de una sola planta, me facilitaba la movilidad para recorrerla como quisiera.

En tres días y gastándome un dineral, el baño de mi habitación me lo adaptaron para poder entrar en la ducha sin problemas. Había una silla especial en la que me sentaba para lavarme y unas barras de acero en la pared, de las que me agarraba para hacerlo desde la silla de ruedas.

# Capítulo 8

**Bruno**

—Voy poniendo la mesa y mirando qué nos ha dejado María para comer mientras estáis en la ducha —nos dijo mi hermano, marchándose a la cocina.

—Puedes ir con él. Sé ducharme solo desde que no levantaba ni un palmo del suelo —le dije a Abril al ver sus intenciones de acompañarme, porque ni de coña la iba a dejar entrar en el baño conmigo. Ninguna de la larga lista de enfermeras que habían pasado por allí lo había hecho y ella no iba a ser una excepción.

—Vas listo si piensas que no voy a entrar contigo —me contestó empujando la silla hasta la puerta del baño.

—¿Qué pasa, que quieres verme desnudo o qué? —le dije apretando los dientes, enfadado. De verdad que esta mujer me estaba agotando la paciencia.

—Claro, es lo primero que he deseado desde que me he acercado a ti en el jardín y me he quedado cautivada con tu maravilloso olor. Estoy tan excitada que necesito verte desnudo para luego, en la soledad de mi habitación, darme *autocariño* pensando en ti —me dijo con toda la ironía del mundo.

Joder, pensar en ella tocándose fue una imagen en mi cabeza que me gustó demasiado.

—Ninguna enfermera ha entrado conmigo en el baño —le dije con los dientes apretados.

—Pues muy mal por su parte. La ducha es un sitio peligroso y yo no soy como ellas, así que haré lo que considere mejor para ti, porque para eso estoy aquí. Además, necesito ver cómo te desenvuelves para saber en qué tenemos que trabajar más. Así que tira para dentro y guarda las quejas para quien quiera escucharlas.

Hiciera lo que hiciera, supe en ese momento, por su contestación, que tenía la batalla perdida con ella. Era tozuda como una mula, así que me resigné y entré en el baño.

Abril se apoyó en la pared con los brazos cruzados, observándome mientras me quitaba la camiseta que llevaba puesta. Las zapatillas me las saqué también sin esfuerzo, doblándome y tirando de ellas con la mano. En algo tenía que agradecer ser tan alto y tener los brazos largos. No llevaba calcetines, así que una cosa menos.

Metí las manos por debajo de mi trasero para bajarme los pantalones. Eso sí me costó un triunfo. Empecé a tirar y, en la segunda sacudida, noté las manos de Abril parándome y negando con la cabeza.

—Estás forzando la cadera y el coxis y eso es malísimo para ti. Apoya las manos en los laterales de la silla y levanta el cuerpo —me pidió muy seria, con una visible preocupación en la mirada.

Hice lo que me había pedido y levanté mi cuerpo a pulso. Esperé unos segundos, expectante, para ver cuál era su siguiente movimiento. Abril se acercó a mí y, con un movimiento rápido, tiró de mis pantalones, sacándomelos de una sola vez.

—Siéntate y descansa —me pidió al ver la tensión que tenían mis brazos por aguantar mi propio peso.

Acercó ella misma la silla dentro de la ducha, menos mal que era enorme y en eso no había problemas. La colocó de tal manera que, con solo alargar un

poco los brazos, podía agarrar las barras para pasarme a la otra silla y poder lavarme.

Aun así, cuando me agarré, Abril me cogió por la cintura y guio mi cuerpo con rapidez para que sentarme me supusiera un esfuerzo menor.

Que me viera desnudo y en esas circunstancias no es que me diera vergüenza; es que me puso de mala hostia, porque me hizo sentirme más inútil todavía de lo que ya me sentía. Solo de pensar que estaba en la ducha con una mujer preciosa en esas condiciones, y no en otras mucho más placenteras, hizo que un regusto amargo se me instalara en la garganta. Pensar que nunca más podría compartir nada carnal con ninguna mujer me destrozó.

—Deja de pensar lo que no debes y empieza a enjabonarte —me dijo después de abrir el grifo y regular el agua a una temperatura que me pareció la ideal.

—¿Por qué crees que estoy pensando en algo que no debo? —le pregunté, cogiendo la esponja que me ofrecía, llena de jabón.

—Eres transparente y tus ojos son una tormenta en estos momentos. Te estás torturando, creyendo que nunca más vas a poder disfrutar de una mujer como te gustaría. Por tu cara de desconcierto te estás preguntando cómo lo sé, ¿no?

No sabía ni qué contestarle. Joder, había dado en el clavo. Asentí para que siguiera hablando y me sacara de dudas.

—Si ahora tu amigo estuviera a pleno rendimiento, estaría como un mástil. El deseo con el que me estás mirando me ha dado una pista de todo lo que me harías en esta ducha si estuvieras bien.

»Pero es algo normal. No que me mires a mí así, sino a cualquier mujer. Llevas mucho tiempo sin actividad sexual y que tu parte de abajo no funcione no quiere decir que tu cabeza y tu apetito no lo hagan. Por eso esa frustración que sientes está presente.

Joder, era buena leyéndome, y eso que había intentado desviar la mirada para que no viera ese deseo que estaba sintiendo por ella.

—Pues vaya vida de mierda que me espera si esta frustración va a estar siempre acompañándome —le dije, lamentándome.

—Te voy a decir lo que va a pasar a partir de mañana. Hoy te dejo descansar para que asimiles mis palabras.

»Desde mañana vamos a trabajar muy duro. Vas a sudar, vas a maldecir, te vas a frustrar y cabrear muchísimo. Pero yo voy a estar pegada a tu culo y no voy a dejar que te vengas abajo. Me va a dar igual lo mucho que te quejes, llores o maldigas, porque no voy a permitir que te rindas.

»Antes de que acabe el año volverás a andar, a follar y a jugar al baloncesto. Eso te lo juro por lo más sagrado para mí, que es mi madre.

La miré con la boca abierta, sin saber qué contestarle. La convicción con la que me dijo todo eso y lo segura de sí misma que parecía me dejaron paralizado y, por primera vez desde que estaba en esa situación, vi un rayo de esperanza.

Quise creerla. Necesitaba creerla. Tenía que creerla. Quería con todas mis fuerzas recuperar mi vida y, sobre todo, volver a jugar.

—Pásame el champú —me pidió, poniéndose a mi lado.

—Puedo hacerlo yo —le dije algo avergonzado. Me sentía como un niño pequeño cuando su madre le ayuda en la ducha, aunque desde luego a Abril no la veía como una madre, más que nada por los pensamientos pecaminosos que me despertaba.

—Lo sé, pero quiero que te acostumbres a mi toque. Es importante que entre los dos haya un vínculo de confianza para que esto funcione. Te tienes que acostumbrar a que te toque sin sentir rechazo.

Mientras hablaba, empezó a masajearme la cabeza con pasadas suaves pero firmes y, joder, qué gustazo.

—Te aseguro que rechazo es lo último que estoy sintiendo en estos momentos —le dije, ronroneando como un gatito.

Abril soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que podré recuperarme? —le pregunté, esperanzado.

—Lo creo, pero tienes que poner de tu parte, Bruno, si no mi trabajo no valdrá de nada.

—Lo haré, o al menos lo intentaré —le contesté muy convencido.

Terminó de lavarme el pelo y también me lo aclaró y, ya de paso, todo el cuerpo. Mientras me estaba echando el agua, levanté la cabeza y lo que vi en sus ojos me hizo sonreír interiormente.

—No soy el único que mira con deseo en esta ducha —le dije con voz seductora, y eso la hizo ponerse roja como un tomate.

—No soy de piedra —me contestó.

—Yo tampoco, y te aseguro que si pudiera, no saldrías de esta ducha vestida.

—No creo que a tu novia le haga mucha gracia que me digas estas cosas, como tampoco que contrates a mujeres para ver si consigues tener una erección.

Cuando me recordó la existencia de Paula, se me vinieron a la cabeza todas las cosas que estaban diciendo en las redes y toda la mala hostia que parecía que se me había pasado volvió de golpe.

—Lo que piense mi novia o deje de pensar a ti no te importa. Como tampoco tienes nada que decir respecto a las mujeres que vienen. Eso es cosa mía. Tú haz tu trabajo, que para eso te vamos a pagar, y mantén la boca cerrada sobre el resto de los asuntos que no te competen —le dije, sonando más borde de lo que pretendía.

Vi cómo apartaba la mirada, dolida por mis palabras.

Salió de la ducha y me tendió una toalla antes de irse con prisas hacia la puerta, pero antes de salir, sin mirarme, dijo:

—Le diré a Lucas que te traiga ropa limpia. Voy a cambiarme y a colocar mis cosas.

—Abril…

No me dejó continuar porque salió del baño cerrando la puerta.

Maldije para mis adentros, porque gracias a mi bocaza la confianza que parecía haberse instalado entre nosotros la había jodido con una sola frase.

# Capítulo 9

**Abril**

A la hora acordada, Lucas vino a recogerme a casa para marcharnos al aeropuerto. Por supuesto, mi padre bajó conmigo con la excusa de ayudarme con las maletas, pero la realidad es que se moría de ganas de conocer al representante y hermano de Bruno. Mientras cargábamos el equipaje en el taxi en el que había venido Lucas, los dos estuvieron charlando un rato, y me encantó ver lo bien que habían conectado.

Durante todo el camino que duró el viaje, Lucas y yo no dejamos de charlar en ningún momento. Desde el día anterior ya me di cuenta de que congeniaríamos muy bien; a su lado me sentía realmente bien. ¿Sabéis esa sensación de ponerte a hablar con alguien que acabas de conocer y, al poco rato, parece que le conoces de toda la vida y ves que puedes hablar con él de cualquier cosa por la confianza que te inspira? Pues así me sentía con Lucas.

No tenía ni idea de cómo acabarían las cosas con su hermano, si saldrían bien o no, pero de lo que estaba segura es de que Lucas sería para mí un amigo de los que llegan a tu vida para quedarse.

Durante el vuelo, Lucas me contó varias cosas de su hermano, para ponerme sobre aviso de lo que me iba a encontrar. Algunas no me sorprendieron; es más, ya me las imaginaba. Había tratado a suficientes pacientes como para saber que no todos llevan igual o aceptan lo que les ha pasado de la misma manera. Algunos ponen de su parte desde el minuto cero,

pero otros, al no ver avances rápidos, se frustran y caen en una espiral de apatía y negación de la que después es muy difícil sacarles. Y por lo que Lucas me iba contando, era exactamente como estaba Bruno: en negación total. No quería colaborar porque ya se había rendido.

Lo que sí me dejó a cuadros fue lo que me contó sobre los servicios que contrataba de mujeres que ejercían el oficio más antiguo del mundo, según él, para intentar que le ayudaran a conseguir que cierta parte de su cuerpo volviera a funcionar.

Le expliqué a Lucas que una cosa iba unida a la otra, que si no había avances en el movimiento de sus piernas, tampoco los habría en esa otra parte de su cuerpo. Él lo entendió, pero me dijo que a su hermano le costaría aceptarlo, porque era algo que le tenía profundamente frustrado.

Por un par de comentarios noté que algo no andaba bien en la relación de Bruno con la que llevaba siendo su novia muchos años, pero no quise preguntar nada; ya me enteraría de lo que pasaba. Viviendo allí, seguramente oiría o vería cosas que me darían las pistas necesarias para saber la verdad.

Era sabido por todos, al ser un personaje público, cómo se habían conocido, quién era ella y que había acabado siendo igual de famosa que él porque era muy conocida por su trabajo como modelo. Había que reconocer que Bruno tenía buen gusto, porque su novia era realmente preciosa y tenía un cuerpo de diosa que era la envidia de cualquier mujer. Verla posar en ropa interior, que era lo que más hacía, era un placer para la vista. A mí jamás me habían atraído las mujeres, pero sabía reconocer y decir abiertamente cuando una era un auténtico bombón, como era el caso de Paula.

Llegamos a la casa de Bruno bien entrada la mañana. Nada más bajarnos del taxi pude apreciar la maravilla que tenía delante. Era una vivienda enorme, de una sola planta. Lucas me dijo que, al ser así, ese había sido uno de los motivos por los que su hermano había decidido irse allí; con su movilidad reducida, si hubiera sido de varias plantas, habría sido un problema, pero ese no era el caso.

La entrada ya era impresionante: toda la fachada pintada de blanco, con un porche lleno de flores muy bien cuidadas y repartidas estratégicamente por colores. Desde luego, la persona que las cuidaba y plantaba sabía muy bien lo que hacía.

La distribución interior ya me la había explicado Lucas en el taxi mientras llegábamos. En la única planta que tenía la casa había una cocina que, seguramente, cuando la viera, me enamoraría por completo. Tenía un total de seis habitaciones, todas con su propio baño, siendo la más grande la de su hermano, en la que el baño había sido adaptado para sus necesidades mientras estuviera en silla de ruedas.

Aparte, había también un salón, un gimnasio, otro aseo y un despacho que, en esos momentos, habían adaptado para que fuera la sala de rehabilitación de Bruno y en la que apenas había entrado.

En la parte trasera, donde estaba el jardín, había piscina con tumbonas para tomar el sol, y un apartado en el que había mesas y sillas junto a una barbacoa que, según me contó, en el pasado había utilizado mucho, todos en familia o con algún amigo, pero que desde que Bruno se mudó en ese estado no se había vuelto a usar. Sin duda, la parte favorita de Bruno allí, al menos en el pasado, era la cancha de baloncesto que mandó construir nada más comprar la casa y en la que no había vuelto a entrar por motivos obvios. Desde el jardín se podía acceder a una playa privada, a la que no se tardaba ni diez minutos en llegar por lo cerca que estaba.

—¿Estás preparada para enfrentarte a la fiera? —me preguntó Lucas riéndose mientras metía la llave en la cerradura.

—Nací para ser domadora —le contesté, haciéndole reír más.

La casa estaba en completo silencio; no se oía ni el ruido de una mosca. Según caminábamos, pude apreciar lo bonito que estaba todo decorado. Se notaba que los muebles eran de calidad, pero sin ser ostentosos.

—Seguramente estará en el jardín, se tira las horas muertas allí viendo pasar el tiempo. Vamos a salir y te lo presento; luego te diré cuál es tu

habitación. —Dejó las maletas a un lado del salón y me pidió que le siguiera.

Efectivamente, Bruno estaba en el jardín mirando algo en su móvil, tan concentrado que no nos oyó llegar.

—Bruno, ya estoy aquí —anunció Lucas, sobresaltándole.

—Ya te veo, estoy paralítico, no ciego. —Vaya, pues sí que estaba en plan borde. Menuda contestación le dio a su hermano.

Levantó la cabeza para mirarle y, al verme a mí a su lado, se quedó paralizado. Me hizo un repaso completo y, por su expresión, pareció que le gustaba lo que veía. Después de lo que me parecieron minutos y no unos cuantos segundos, por fin habló, y lo que dijo sí que me dejó paralizada.

—Lucas, dile dónde está la habitación —le pidió a su hermano—, y tú, cuando estés allí, vete quitándote la ropa y espérame tumbada en la cama.

La madre que lo parió. Se pensaba que yo era una de las prostitutas que contrataba. No supe en esos momentos si cruzarle la cara de una hostia o reírme a carcajadas.

—Abril, no se lo tengas en cuenta. Ya te he contado más o menos lo que le pasa a mi hermano y te ha debido de confundir con una de esas mujeres que contrata para subirle el ánimo. —*No, si de eso ya me había dado cuenta*, quise decirle a Lucas, cabreada por el bonito recibimiento, pero opté por tomármelo con humor, que era lo mejor en esos momentos.

—No te preocupes, no me molesta. En el fondo tiene un poco de razón: una de las muchas cosas que pienso conseguir en todo el tiempo que esté aquí es que su amigo también termine funcionando como siempre, pero no de la manera que él piensa —le contesté riéndome, y eso hizo que él también se riera al ver que no me lo había tomado mal.

Bruno, al vernos reír, nos preguntó cabreado qué nos hacía tanta gracia. Le iba a soltar lo gilipollas que era, pero me contuve. Además, Lucas se adelantó a aclararle la situación.

—Bruno, antes de que metas más la pata, déjame que te presente a Abril Guzmán, tu nueva enfermera.

La cara que se le quedó cuando Lucas le dijo quién era yo era un poema. Pasó del cabreo a la más absoluta confusión y vergüenza en décimas de segundo.

—Abril, a ti no hace falta que te diga quién es aquí la alegría de la huerta, porque lo sabes de sobra —añadió Lucas entre risas.

Eso pareció cabrear aún más a su hermano, porque la cara de mala leche volvió otra vez.

Como la mujer educada que era, me acerqué a él y le tendí la mano para saludarle. Dudó, pero finalmente me la estrechó. Cuando nuestras pieles entraron en contacto, un escalofrío me recorrió de arriba abajo. ¿Qué había sido eso? No pude pararme a buscar una respuesta, porque un olor desagradable llegó hasta mí e hizo que se me revolviera el estómago. No era nada del ambiente: era él, el que olía así.

No pude contenerme, porque aquello era intolerable y totalmente perjudicial para su salud.

—¿Joder, desde cuándo hace que no te duchas? Algunas pocilgas huelen mejor que tú.

—¿Y a ti qué te importa? Me ducho cuando me sale de los cojones y, si te molesta mi olor, no te acerques —me contestó fulminándome con la mirada.

A partir de su respuesta, el ambiente se caldeó. Le recriminé que ni su hermano ni yo teníamos que aguantar su hedor y que, teniéndole que tocar para tratarle, no iba a consentir que estuviera sin lavarse. Su respuesta fue ponerse chulo y contestar con borderías.

Pues para él tuvo, porque me encendió tanto que hice algo que en otras circunstancias y con otro paciente jamás habría hecho. Pero después de su actitud necesitaba que alguien le bajara los humos. Y esa fui yo.

Me acerqué con rapidez a la manguera que estaba a un lado del jardín y, sin pensar en nada más, con el agua a toda presión, le di un buen refrescón. Sus maldiciones se oyeron hasta fuera de la casa. Eso me hizo ir un poco más allá y apunté el chorro a su boca para que dejara de decir tantas gilipolleces, pero se le escapó algo que bajo ningún concepto le iba a permitir.

—¡Serás hija de puta! ¿Quieres matarme o qué?

Ahí sí que lo vi todo negro. Solté la manguera de un tirón en el suelo y fui a por él como un toro listo para embestir.

—Ni se te ocurra volver a insultar a mi madre. Todito te lo permito, menos eso. Si vuelves a hacerlo, me dará igual que estés en silla de ruedas: te tiraré al suelo y patearé tu culo hasta ponértelo rojo, ¿me has entendido?

Todo eso se lo dije agarrándole del pelo para echarle la cabeza hacia atrás y poder mirarle a la cara. Estaba tan cerca de la suya que podía notar su respiración, pero también vi el arrepentimiento en sus ojos.

Después de una disculpa que me pareció sincera y de recriminarle a su hermano que borrara el vídeo que había grabado para mandárselo a Camila, conseguí que entrara en el baño para lavarse de verdad. Le costó dejarme entrar con él, pero como a cabezota no me ganaba nadie, acabó cediendo.

No había un interés más allá del profesional en mí. Necesitaba ver cómo se desenvolvía haciendo cosas cotidianas antes de ponernos con los ejercicios que tenía pensados y saber dónde necesitaba reforzar. Como supuse, no tenía fuerza en los brazos ni para aguantar su propio peso. Eso era primordial y sería lo primero en lo que trabajaríamos.

La charla en la ducha no fue nada mal. Hablamos un poco de su recuperación y me preguntó, con esperanza, si de verdad creía que lo conseguiría. Le dije que sí, porque estaba totalmente convencida; es más, se lo juré, para que viera que iba en serio y así animarle a colaborar.

La mirada de deseo que me dedicó durante toda la ducha no me pasó desapercibida, y a él la mía tampoco. Porque, joder, soy una profesional, pero

no soy de piedra, y es que Bruno estaba buenísimo. Y, en vez de callarse, me lo dijo.

Mis siguientes palabras le sentaron como un tiro y la tregua que parecía haber llegado se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido.

—No creo que a tu novia le haga mucha gracia que me digas estas cosas, como tampoco que contrates mujeres para ver si consigues tener una erección.

Su mirada se endureció al oírme decir eso, que no era una recriminación; era un hecho, o eso pensé.

—Lo que piense mi novia o deje de pensar a ti no te importa. Como tampoco tienes nada que decir respecto a las mujeres que vienen. Eso es cosa mía. Tú haz tu trabajo, que para eso te vamos a pagar, y mantén la boca cerrada sobre el resto de los asuntos que no te competen.

No voy a mentir: sus palabras y el tono en que las dijo me dolieron. Me dejó claro que yo solo tenía que oír, ver y callar.

Le tendí una toalla y, después de decirle que Lucas le traería ropa, salí de allí sin mirarle a la cara. No quería una amiga además de una enfermera. Pues perfecto: no la tendría.

# Capítulo 10

**Bruno**

No pensaba darle la razón a ninguno de los dos, pero la ducha me sentó de maravilla. Lo de no querer ducharme, aparte de por no tener ganas, era porque me suponía un gran esfuerzo y siempre salía de allí más cabreado por el dolor de brazos que me quedaba, que relajado, que era lo que debería sentir.

En la cocina ya estaba la mesa puesta y la comida servida en los platos. Abril y mi hermano incluso estaban sentados esperándome, charlando animadamente. Él le estaba preguntando cosas de su padre y se le veía bastante interesado en sus respuestas.

—¿Desde cuándo os conocéis? —les pregunté, arrimándome a la mesa y colocándome en el sitio en el que siempre me ponía, donde no había silla.

Era algo que me tenía muy intrigado, porque la complicidad que tenían no era normal en dos personas que se conocían desde hacía poco. Parecían amigos de toda la vida y mi hermano no la había mencionado nunca, que yo recordara. Además, antes había dicho que también conocía a mis padres. Tenía pensado preguntarle en la ducha, pero como se había largado, no me dio tiempo. Una idea se me pasó por la cabeza: ¿estarían o habían estado liados en algún momento? Solo de pensarlo, mi mala hostia aumentó.

—Desde ayer —me contestaron los dos a la vez, riéndose al ver mi cara desencajada.

—¿Entonces a los que conocías de antes es a mis padres? —le pregunté a Abril, intrigado.

—No, también los conocí ayer —me contestó sin mirarme.

—No entiendo nada —les dije a los dos.

—No hace falta que entiendas todo. Lo único que tienes que saber es por qué estoy aquí, que es para hacer mi trabajo, por el que me vais a pagar. Lo demás se queda en un segundo plano —me contestó antes de meterse la primera cucharada del rico guiso que había preparado María.

Estaba claro que las palabras que le había dicho en la ducha le habían calado hondo y habían hecho que levantara un muro a su alrededor, al menos conmigo, porque con mi hermano no parecía tener problemas en hablar de cualquier cosa, como si fueran viejos amigos.

No quise cabrearla más, así que preferí callar y comer en silencio, aunque por dentro me estuviera mordiendo la lengua. Antes de empezar, me di la vuelta y fui al frigorífico para sacar una cerveza y acompañar la comida; era casi un gesto automático, uno más de los muchos que había ido incorporando sin darme cuenta.

Nunca había sido un chico que soliera beber. Es más, cuando jugaba, al ser un deportista de élite, siempre había cuidado mucho mi alimentación y el alcohol solo aparecía en momentos muy concretos: una celebración, una cena especial o la Navidad. Pero desde que estaba en Ibiza, todo eso se había quedado en el olvido. Comía lo que me daba la gana, sin preocuparme lo más mínimo por llevar la alimentación que habría seguido si continuara jugando, y bebía casi a diario. Y no solo cervezas.

—Saboréala bien, porque será la última que bebas mientras yo esté aquí.

Me quedé con el botellín a medio camino de la boca y la miré con el ceño fruncido, pero ella no me miró; siguió comiendo como si nada.

—¿Y eso por qué? Beberé y comeré lo que me dé la gana. ¿O es que vas a hacer como con la ducha, me vas a obligar? Me gustaría ver cómo lo intentas. ¿Me vas a poner un embudo en la boca o qué? —le contesté, riéndome.

—Te recuerdo que has prometido poner de tu parte para intentar recuperarte.

Mi hermano nos miraba como si aquello fuera un partido de tenis, y eso me hizo gracia.

—Y lo voy a intentar, pero eso no tiene nada que ver con lo que coma o beba.

—Todo tiene que ver, Bruno —añadió mi hermano.

—¿Te pones de su parte? ¿Qué pasa, que te la quieres tirar y esta es tu forma de ganártela dándole la razón en todo?

Me arrepentí en el mismo momento en que esas palabras salieron de mi boca, pero ya no hubo remedio.

Abril levantó la mirada y me miró por primera vez desde que nos habíamos sentado a la mesa. Sus ojos daban miedo; parecían echar llamas. Si eso hubiera sido real, en esos momentos estaría ardiendo… y bien merecido que me lo tendría.

—¡Bruno! ¿Qué coño te pasa? Estás más inaguantable que de costumbre. ¿A qué viene ese comentario? —me preguntó mi hermano, enfadado.

Fui a abrir la boca, pero no me dio tiempo a decir nada porque Abril se me adelantó.

—Mira, vamos a dejar las cosas claras. Creo que es lo mejor para que esto funcione. Primero —y esto solo lo voy a decir una vez, y no se volverá a tocar el tema—: si tu hermano y yo follamos en algún momento, es problema nuestro, y tú ahí ni pinchas ni cortas.

»Como me has dicho en el baño, a mí no me tiene que importar ni decir nada de tu vida privada porque solo estoy aquí para hacer el trabajo por el que me vais a pagar. Por lo tanto, esto es recíproco: a ti tampoco te tiene que importar saber nada de lo que hago o dejo de hacer.

Mi hermano me miró con reproche al enterarse de lo que le había dicho y, menos mal que no sabía el resto, porque si no, estaría el doble de cabreado de lo que ya parecía.

—Segundo, como te he dicho antes, mañana vamos a empezar a trabajar a tope. Para que te vayas haciendo una idea de lo que va a pasar, te haré un resumen.

»Se acabaron las largas horas tirado en la cama sin hacer nada; haremos una rutina diaria, y eso implica madrugar. El alcohol solo lo vas a ver por la televisión, porque no vas a probar ni una gota más. Esta clase de comida, que aunque está deliciosa no es la más adecuada para ti, también se terminó. Mañana le pasaré a María la dieta semanal que tienes que llevar.

»Las duchas serán diarias y habrá días que pases por ellas más de una vez, porque vas a sudar como si estuvieras jugando un partido.

—¿Tendré tiempo de descanso, supongo? —le pregunté cabreado, porque, joder, según me lo expuso, ni los militares llevaban una rutina tan estricta.

—Por supuesto, el descanso es igual de importante que el ejercicio. Pero eso tú ya lo sabes. ¿Duermes mal por las noches?

Sí, lo sabía. Esa había sido mi rutina durante muchos años y, precisamente por la falta de descanso, estaba donde estaba. Si me hubiera ido a descansar aquel día cuando me lo pidió el cuerpo y la cabeza, no me vería en esta silla.

—Sí, me cuesta mucho conciliar el sueño y, cuando lo hago, me despierto muchas veces por la noche —le contesté—. El médico me recetó pastillas para dormir, pero prefiero no tomarlas; luego, por el día, estoy que parezco un zombi.

—Nada de pastillas. No tomes ni una sola más. Además, te aseguro que a partir de mañana dormirás como un bebé. Al terminar el día estarás tan

cansado que lo único que querrás será tumbarte y dormir.

Ojalá tuviera razón, porque era desesperante no dormir, sin contar lo largas que se me hacían las noches.

El sonido del timbre de la puerta interrumpió nuestra conversación. Ya sabía, sin abrir, quién era: la mujer que me mandaba ese día la agencia, a la que había confundido con Abril, pensando que era ella la prostituta. Lucas fue quien se levantó para ir a abrir, pidiéndole a Abril que no lo hiciera cuando la vio hacer amago de levantarse.

—Bruno, es para ti —me dijo al llegar a la cocina con la chica.

—Cristal, ya sabes dónde está la habitación y lo que tienes que hacer. Ve yendo hacia allí, que ahora voy yo —le dije.

La chica, a la que ya conocía porque era una de las habituales que solían venir, asintió con la cabeza, sonriendo, y se marchó a mi habitación, como le había pedido.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esto? —me reprochó mi hermano, que desde que se enteró de los servicios que contrataba siempre había estado en desacuerdo.

—Hasta que Abril consiga que se me levante, si ellas no lo consiguen antes —le contesté, dejando los cubiertos encima del plato, que estaba prácticamente entero porque no había comido casi nada.

Abril ni me miró ni dijo nada. Hizo como que no me había oído y mi hermano soltó un resoplido antes de sentarse a la mesa para seguir comiendo.

Me encaminé hacia la habitación, pero me paré en el pasillo. Antes de entrar, me detuve para oír lo que estaban hablando.

—¿Qué te ha dicho mi hermano en la ducha? —le preguntó Lucas, preocupado.

—Nada que no me esperara. En el fondo tiene razón. Estoy aquí para trabajar. Nuestro trato, como me ha dejado bien claro, solo tiene que ser profesional, no de amigos, y eso es lo que vamos a tener.

La carcajada de mi hermano la habría oído aunque hubiera estado fuera de la casa. ¿Qué coño le haría tanta gracia?

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella, sin enfadarse.

Eso me cabreó. Si hubiera sido yo, me lo habría dicho de una manera muy distinta. Nada que no me mereciera, porque mi comportamiento con ella había sido el de un cabrón desde que entró por la puerta.

—De lo que veo y vosotros parecéis no daros cuenta, o sí lo hacéis y pensáis que lo mejor es omitirlo.

No quise seguir escuchando las divagaciones de mi hermano cuando se ponía en ese plan. No quería hablar claro y decir todo en clave; me ponía de los nervios.

Entré en la habitación cerrando la puerta a mi espalda y, como le había pedido a Cristal, ya estaba preparada. Al haber venido más veces, no me hacía falta explicarle el qué o el cómo de lo que quería.

—Puedes empezar —le dije, acercándome a la cama donde estaba tumbada, completamente desnuda y abierta de piernas, dejando ver su vagina completamente depilada y húmeda.

Comenzó a tocarse los pechos con una mano, pellizcándose y tirándose de los pezones con fuerza. Con la otra abrió su vagina y me dejó ver cómo se acariciaba el clítoris con movimientos circulares que la hicieron empezar a jadear.

Bajó la mano y se acarició la vagina de arriba abajo hasta que introdujo dos dedos en su interior y empezó a masturbarse con movimientos rápidos, llegando bien profundo dentro de ella. Se corrió poco después y yo seguí mirando el espectáculo.

El segundo orgasmo lo tuvo usando uno de los muchos juguetes sexuales que solían traer cuando venían; en esa ocasión era un consolador de doble penetración.

Nada. No sentí nada. Ni excitación ni el más mínimo deseo. Cristal, al ver que sus intentos de excitarme no servían de nada, se levantó y, desnuda como estaba, se arrodilló delante de mí y empezó a acariciarme el miembro, primero por encima del pantalón y después por dentro, obteniendo el mismo resultado.

Mi frustración era tal que no quise seguir. Le pedí que recogiera todo y se marchara, dándole las gracias por sus servicios.

Lo peor de todo no fue que no me excitara viendo a esa preciosidad en mi cama. Lo peor es que mi mente no dejaba de imaginarse que era otra mujer la que estaba haciendo eso para mí, una de ojos azules que me cabreaba y me fascinaba a partes iguales.

# Capítulo 11

**Abril**

—Arriba, bella durmiente —le dije a Bruno levantando la persiana de su habitación.

—Joder… ¿qué hora es? —me preguntó con la voz adormilada, aunque con un tono claramente enfadado.

—Las ocho. Hora de levantarse para empezar con nuestro plan. —Me acerqué a la cama y retiré la sábana con la que estaba tapado, echándola hacia atrás de un tirón.

Estaba completamente desnudo. Eso no me lo esperaba, porque no sabía que era su manera de dormir, como le pasa a mucha gente; yo misma, sin ir más lejos. Tenía un cuerpo para querer hacerle un traje de saliva varias veces seguidas, pero me había prometido a mí misma que no le dejaría ver lo mucho que me gustaba, así que aparté la mirada antes de que me viera babeando por él.

Fui hasta el vestidor que tenía en su habitación y cogí una camiseta de tirantes y un pantalón deportivo. Con eso era más que suficiente, porque el día se presentaba caluroso y, con lo que le tenía preparado, iba a sudar de lo lindo.

—¿Qué haces? —me preguntó al verme rebuscar en el vestidor.

—Cogiendo ropa cómoda y fresca. Pasa al baño primero, te espero aquí para ayudarte a ponértela. En pocos días lo harás solo y sin esfuerzo.

No me contestó. Tampoco lo esperaba; ya me había avisado Lucas de que era de los que hasta que no se tomaban el primer café de la mañana no eran persona, así que no se lo tuve en cuenta. Eso les pasa a muchas personas. A mi amiga Nora, sin ir más lejos, que ladraba más de lo que hablaba por las mañanas si tenía que decir algo antes de espabilarse y tomarse el café.

Salió del baño después de hacer sus necesidades y lavarse la cara; eso lo supuse porque traía el pelo un poco mojado. Le ayudé a ponerse la ropa y los dos salimos en dirección a la cocina, donde ya estaba en la mesa listo el desayuno que minutos antes yo misma había dejado preparado.

Estaba el de los tres, aunque el de Lucas sin tostadas; esas se las haría él mismo cuando llegara de correr, como me dijo media hora antes cuando nos encontramos en la cocina: yo preparando el desayuno y él vestido con ropa deportiva, listo para irse a la playa a correr, rutina diaria que tenía cuando se quedaba en Ibiza con su hermano.

Había preparado lo mismo para los dos: fruta cortada, un par de lonchas de pechuga de pavo, dos tostadas de pan integral y un yogur con cereales, además del café, que serví antes de sentarme.

Mientras desayunábamos, cada uno estaba a lo suyo sin hacer caso al otro. Bruno miraba algo en su móvil que le hacía fruncir el ceño cada dos por tres, y yo, en una libreta, terminaba de apuntar para María todas las comidas que quería que le preparara a Bruno… bueno, y a todos.

—¿Qué haces? —me preguntó sin levantar la vista del móvil.

—¿Y tú? —le contesté, haciendo lo mismo.

—Poniéndome de mala hostia leyendo todas las gilipolleces que están diciendo de mí en la prensa y en las redes.

Oírle decir eso, con dolor más que con mala leche, me hizo dejar el bolígrafo sobre la mesa y centrar toda mi atención en él.

—¿Tan malo es? Hacía mucho que no salían noticias tuyas. No sé qué tienen que decir si no estás jugando. La temporada ya ha terminado y ahora están en plenos *playoffs*, ¿es eso? ¿Te están criticando porque este año a tu equipo le costara ganarlos sin ti?

Todas esas preguntas me salieron solas, pero me arrepentí en el momento. Preguntar todo eso era meterme en su vida personal y no tenía ganas de llevarme otra cara larga por su parte.

—Lo siento, ya no digo nada más —añadí, volviendo a coger el boli para seguir con lo mío.

—Abril, siento lo de ayer. Cuando nombraste a Paula, me puse furioso y lo pagué contigo. ¿Podemos hacer borrón y cuenta nueva e intentar tener una relación de amistad, además de enfermera y paciente?

Su pregunta me pilló desprevenida, porque no me esperaba que hablarle de su novia fuera el verdadero motivo por el que se había puesto así de borde.

—Podemos. Por mi parte está olvidado —le dije sonriendo.

—Gracias. Ahora dime qué haces; luego, si quieres, te cuento lo mío.

—Estoy haciendo una lista de las comidas que María tiene que preparar. Le pregunté a Lucas si podía hacerlo y me dijo que sí, que ella colaboraría encantada. Aunque le dije que las cenas corren de mi cuenta, yo las haré.

—No tienes que cocinar, Abril. No estás aquí para eso. Solo faltaba, vamos. Bastante trabajo te voy a dar como para que encima hagas eso también —me dijo, no de malas maneras, sino algo avergonzado por no poder hacerlo él.

—Me encanta cocinar y me relaja. Ya verás que no se me da nada mal. En casa, mi padre hace la comida y yo la cena, así tenemos repartidas las tareas.

Me preguntó por mis padres y la conversación fluyó sola. Le conté cómo murió mi madre cuando yo era niña y la relación tan bonita que tenía con mi padre, al que adoraba. Él me habló un poco de los suyos y le dije que me habían caído fenomenal cuando los conocí, lo que pareció gustarle, porque su sonrisa se ensanchó.

También le expliqué cómo y dónde los había conocido, tanto a ellos como a Lucas, y cómo fui yo la que me ofrecí para el trabajo, dejándolos primero desconcertados por mi osadía, pero más tranquilos después, cuando les prometí hacer todo lo posible por ayudarle.

—Pues me alegro de que fueras osada. Estoy contento de que estés aquí —me dijo con sinceridad y una sonrisa preciosa que hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

*No, Abril, no por ahí*, me dije a mí misma, porque enamorarme de ese hombre podía ser mi perdición. Ya me gustaba bastante antes de conocerlo; ahora, teniéndolo a mi lado casi las veinticuatro horas del día, iba a ser muy difícil no hacerlo.

—Ahora cuéntame qué es lo que estabas mirando y te ha puesto de mala leche ya tan temprano —le pedí.

En vez de hablar, hizo algo mejor: me pasó el móvil con todas las noticias abiertas para que lo viera por mí misma. Me quedé loca con la cantidad de artículos que hablaban de él y de su relación con Paula. Y de los comentarios en redes ya ni hablamos; algunos daban auténtica vergüenza ajena. ¿Cómo podía ser la gente tan metiche?

—Vaya mierda… ¿De dónde se sacan todo esto? No se dan cuenta de que pueden dañar vuestra relación —le dije devolviéndole el móvil antes de levantarme para recoger los restos del desayuno.

—Lo peor de todo es que, aunque un poco distorsionado, es la pura realidad. —Me miró y se apresuró a explicarlo—. Paula y yo no estamos juntos. Al poco del accidente me pidió estar un tiempo separados porque no podía digerir lo que me había pasado.

»Y en ese parón estábamos hasta ayer. Unos minutos antes de que llegarais, tuvimos una pelea muy fuerte por teléfono por las fotos en las que sale con un compañero, y al final me dijo que lo mejor era dejarlo definitivamente.

Con sus palabras entendí por qué el día anterior había dicho todo lo que dijo y por qué estaba tan borde. No era excusarlo, pero probablemente yo habría estado igual o peor en su situación.

¿Tiempo separados porque no podía digerir lo que le había pasado? Eso no lo hace una persona que te quiere. Debería haber estado con él más que nunca. En las fotos no se la veía afectada en absoluto, sino todo lo contrario. Ojalá me equivocara, pero tenía la sensación de que ahí había mucho más detrás. Aun así, no se lo iba a decir a Bruno; bastante tenía encima.

—Lo siento mucho. Espero que las cosas se arreglen pronto y volváis a estar juntos. Hacíais una pareja preciosa —dije, sonando a frase de manual, pero era lo primero que se me ocurrió para no hacerle daño.

Lucas entró en la cocina cortando la conversación, y se lo agradecí enormemente.

—¿Estás listo para empezar? —le pregunté, poniéndome a su lado.

—Listo. ¿Qué hacemos primero?

Me quedé pensativa unos segundos, dándome toquecitos exagerados en la barbilla, lo que le hizo reír.

—Sígueme. Antes de empezar quiero decirte una cosa: me darán igual tus quejas. Harás todo lo que te pida y no cuestionarás por qué lo hacemos, ¿vale?

—Vale. Me tienes intrigado. Me da la sensación de que tu rehabilitación no tiene nada que ver con la que me han propuesto hasta ahora.

*No lo sabes tú bien*, pensé, pero solo asentí.

Salimos al jardín. Al principio se quedó parado, creyendo que íbamos a trabajar en el césped cercano a la entrada, pero le hice un gesto para que siguiera moviéndose y viniera detrás de mí.

Cuando llegamos a la cancha de baloncesto, me miró extrañado. En sus ojos vi miedo… y también anhelo, y eso me removió algo por dentro.

—¿Qué hacemos aquí, Abril? —me preguntó nervioso.

—Tu primer ejercicio todas las mañanas será aquí. Hoy, por ser el primer día, no te exigiré mucho, pero el nivel irá subiendo con los días. Desde la línea de tiro libre tienes que meter cien canastas.

No dijo nada. Mientras colocaba a su lado el gran cesto lleno de balones, no dejó de observarme ni un segundo.

—Abril…

—No digas nada. Solo hazlo. Para que tus piernas empiecen a funcionar, necesitas fuerza en otras zonas del cuerpo, sobre todo en los brazos. Así que espabila, que no tenemos todo el día. Venga, tira y cuenta. Quiero ver en acción al mejor escolta de todos los tiempos.

Cogió el balón que le ofrecí y, sin pensárselo, lanzó el primer tiro. Entró limpio, sin tocar aro. Me miró.

Los dos sonreímos.

# Capítulo 12

**Bruno**

Una luz cegadora y la voz de Abril pidiéndome que me levantara me sacaron del ligero sueño en el que estaba. Nunca había una noche buena; todas eran regulares o malas, y esa no había sido una excepción. Los acontecimientos del día anterior —lo de Paula, las noticias que saltaron a los medios, la discusión que tuvimos y la aparición de Abril— me habían alterado hasta tal punto que no había pegado ojo en toda la noche, dándole vueltas una y otra vez a la cabeza.

Pero la mañana no empezó mal. Cuando Abril retiró de mi cuerpo la sábana con la que estaba cubierto y me vio totalmente desnudo, la hizo ruborizarse y excitarse a partes iguales. Apartó la mirada demasiado rápido para que no me diera cuenta, pero fue tarde: lo vi, y eso me gustó lo suficiente como para sacarme la primera sonrisa del día.

Estaba seguro de que, a su lado, no sería la última que aparecería en mi cara a lo largo de la jornada. Tenía ganas de empezar con nuestra rutina, como ella la había llamado. Algo dentro de mí me decía que iba a ser, como poco, interesante.

La charla en la cocina, después de mis disculpas, fluyó con naturalidad. Al principio le pregunté por su vida y su familia. Pensé que, después de lo que le había dicho el día anterior, no me contaría nada o que sus respuestas serían escuetas y cortas. Pero me equivoqué por completo. Me habló de la muerte de

su madre y de la relación que tenía con su padre, con el que vivía. Sus ojos se iluminaban al hablar de él; le adoraba, eso era lo que me transmitía.

Tuve que apartar los pensamientos que se me cruzaron por la cabeza cuando hablaba de Simón, que así me dijo que se llamaba. Porque lo único que se me pasaba una y otra vez por la mente era que ojalá llegara un día en el que me mirara a mí de esa manera, con ese cariño, y no solo con deseo.

Cuando llegó mi turno de hablarle de mi relación con Paula y de cómo estaban las cosas, la vi dudar a la hora de darme su opinión respecto al lío que tenía montado en mi vida. Sé que me mintió, o bueno, no fue una mentira como tal; más bien una opinión muy diplomática en la que me dijo lo que creyó que necesitaba oír y no lo que de verdad pensaba. Fue prudente, seguramente por miedo a que, al conocer su verdadera opinión, le soltara una de mis borderías.

Le iba a aclarar que prefería una opinión sincera a una disfrazada que hiciera daño, pero mi hermano nos interrumpió y tuvimos que dejar la charla. Después de eso, me pidió que la siguiera para empezar a darle caña a mi cuerpo.

—¿Qué hacemos aquí, Abril? —le pregunté nervioso al ver que me había llevado a la cancha de baloncesto que tenía en mi casa, esa que tanto había disfrutado en el pasado entrenando en soledad y que hacía más de cinco meses que no pisaba.

—Tu primer ejercicio todas las mañanas será aquí. Hoy, por ser el primer día, no te exigiré mucho, pero el nivel irá subiendo a medida que vayan pasando los días. Desde la línea de tiro libre tienes que meter cien canastas.

Me quedé tan atónito por su petición que, durante los primeros segundos, no fui capaz de decirle nada. Solo la observé mientras se movía y arrastraba el cesto de los balones para colocarlo a mi lado. Miré los balones con anhelo; cómo echaba de menos tocar esa bola redonda y rugosa que era como una extensión de mi brazo y que tantas alegrías me había dado a lo largo de mi vida.

—Abril… —Solo me salió su nombre en un leve susurro. Miré mis piernas y negué con la cabeza.

—No digas nada, solo hazlo. Para que tus piernas empiecen a funcionar, necesitas fuerza en otras zonas de tu cuerpo, sobre todo en los brazos, para no forzar la espalda como te vi hacer ayer cuando pasas de una silla a otra. Así que espabila, que no tenemos todo el día y hay muchas cosas que hacer.

»Venga, tira y cuenta, quiero ver en acción al mejor escolta de todos los tiempos. Si las metes en menos de media hora, te daré un punto; al final de la semana, si tienes los siete puntos, te concederé un premio. Pero ya te he dicho que cada día se complicará un poquito más.

Su entusiasmo era contagioso, y lo del premio fue una motivación más que suficiente para que dejara de pensar en mi estado y me animara a probar su propuesta.

No le dije nada, pero, aunque me dejara la piel por el camino y me costara sudor y lágrimas, conseguiría esos siete puntos fuera como fuera. Porque ya tenía decidido en mi cabeza el premio que quería, y en ese premio estaba incluida ella… o, mejor dicho, algo que quería que ella me diera.

No penséis mal, que no era tan cabrón como para pedirle cosas subidas de tono. Un beso. Eso era lo que quería. Me moría por saber a qué sabrían sus labios; estaba deseando probarlos desde el día anterior, cuando los tuve tan cerca de mi cara que, si hubiera querido, los habría atrapado sin esfuerzo. Pero, como sabéis, fue cuando más cabreada estaba por haberla insultado y, de haberlo hecho, me habría llevado una hostia de campeonato.

Cogí el balón que, con una sonrisa, me ofreció con sus manos y lancé el primer tiro, que entró limpio, sin siquiera tocar el aro. Hacía tanto que no metía una canasta que pensé que se me habría olvidado o que habría perdido mi toque, ese que todos alababan y no por peloteo. Lo hacían porque era el mayor anotador de mi equipo en todos los partidos y también de la liga. No había otro jugador comparable en ese momento que pudiera estar a mi altura en ningún sentido.

Y no, no es que tuviera el ego por las nubes; es que era una realidad. Los datos y las estadísticas no mentían.

Seguí tirando un balón detrás de otro, sin pausa, sin descanso y sin mirar nada que no fuera la canasta. Cuando el aro y el balón entraban en mi campo de visión, el resto del mundo desaparecía. Siempre había sido así, y ni el accidente me lo había quitado.

—Noventa y nueve… y cien —dije en alto, encestando la última canasta que Abril me había pedido.

Unos aplausos me hicieron girarme. Allí, a pocos pasos de mí, estaban Abril y mi hermano, aplaudiéndome sin parar, con una sonrisa de admiración y cariño que hizo que me emocionara.

—Ni el accidente, ni la silla, ni la mala hostia que te gastas han hecho que pierdas tu toque. Sigues siendo el mejor, hermano. —Las palabras de Lucas y su palmada en la espalda me animaron todavía más a querer seguir.

—Alguien que mete un triple a tres segundos del final, desde más atrás de medio campo, en un partido de la final de los *playoffs*, dando a su equipo la victoria, no lo hace por casualidad. Lo hace porque es el mejor —añadió Abril, colocándose a nuestro lado y levantando la mano para que se la chocara.

—¿Has estado mirando noticias de mi trayectoria? —le pregunté después de chocar mi mano con la suya. Que supiera eso me gustó mucho; quería decir que se había tomado la molestia de conocerme un poco más.

—No creo que lo sepa por haber mirado ninguna noticia, ¿o me equivoco? —intervino mi hermano, dirigiendo la pregunta hacia ella, acompañándola de un guiño y una risa que la hicieron ruborizarse.

—No, no te equivocas. No lo sé por haberlo leído en ningún sitio —contestó riéndose.

—Entonces, ¿cómo lo sabes? ¿Alguien te lo ha contado? —le pregunté muy intrigado.

—Lo sé porque lo vi en directo. Ese partido fue brutal. El equipo contrario os lo puso realmente difícil. Tú marcaste el setenta por ciento de los puntos de tu equipo y eso que ese día no estabas bien. Nunca lo aclaró la prensa, pero estoy casi segura de que tenías fiebre. Aun así, lo diste todo y llevaste a tu equipo a la victoria.

—¿Qué cojones? —dije alucinado—. Ese partido no se jugó en Barcelona, fue en Málaga —añadí mirándola con los ojos como platos.

—Bruno, creo que se me pasó comentarte que aquí tu enfermera y su padre son seguidores tuyos desde tu primer partido como profesional. Han visto todos tus partidos y se saben tu trayectoria y tu palmarés casi mejor que tú o que yo. —El comentario de mi hermano la hizo ruborizarse todavía más, pero a mí se me hinchó el pecho como a un pavo.

Joder, que ni mis padres, ni mucho menos Paula, habían visto ni la mitad de mis partidos.

—Ir a ver ese partido a Málaga fue el regalo de Navidad que mi amiga nos hizo a mi padre y a mí el año pasado. El resto de los que juegas fuera los vemos en la tele; nuestra economía no nos permite viajar para verlos en directo.

»Pero los que jugáis en casa, esos no nos los perdemos. Vamos guardando dinero en una hucha todo el año para comprar el abono de la temporada —me explicó sin mirarme a la cara, con la vergüenza reflejada en su rostro al verse descubierta.

—Bruno, tienes que conocer a Simón algún día. Oírle hablar de ti es impresionante. Coño, si parece que te quiere como a un hijo por la manera en la que te defiende y el cariño que pone al decir cualquier cosa tuya. —Las palabras de Lucas hicieron que Abril soltara una carcajada.

—Así es. Para él eres su Bruno, que es como te llama. Y que nadie diga una palabra más alta que otra en tu contra, porque se lo come. Te adora, esa es la verdad.

Su contestación hizo que mi hermano se uniera a sus risas, y a mí me golpeó de lleno en el pecho. Me hizo sentir muy querido, de una forma inesperada, casi incómoda por lo poco acostumbrado que estaba a algo así en ese momento de mi vida.

Saber que un hombre al que no conocía de nada hablaba tan bien de mí, que me defendía con esa pasión y me tenía tanto cariño sin haberme tratado nunca, me descolocó más de lo que estaba dispuesto a admitir. No era algo que se viera todos los días, y mucho menos cuando uno está acostumbrado a que lo juzguen por titulares, estadísticas o rumores.

Aquello no tenía nada que ver con el baloncesto, ni con los puntos, ni con las victorias. Era otra cosa. Más sencilla. Más limpia. Y, sin darme cuenta, me recordó que todavía había gente ahí fuera que me veía como algo más que un jugador roto sentado en una silla.

—Venga, ya vale de hablar de mí y de mi padre, que se nos pasa la mañana charlando y todavía tenemos mucho que hacer hoy. Ahora gimnasio, después masajes en las piernas y, por último, ducha antes de comer.

No me dio opción a replicar. Ella misma agarró la silla por detrás y me empujó para entrar en la casa, directa al gimnasio.

# Capítulo 13

**Abril**

La mañana se nos pasó volando. Después del momentazo en la cancha, que los tres disfrutamos muchísimo, cada uno a su manera, por supuesto. Bruno metiendo canasta tras canasta con una concentración impresionante, que ni aunque hubiera pasado un avión a su lado le habría hecho fallar. Lucas con la lagrimilla suelta, esa que disimuló lo que pudo al ver a su hermano tocando el balón después de tantos meses.

Y yo… pues es que no tengo palabras para describir lo que sentí en esos momentos, viéndole allí, a escasos dos metros, metiendo una tras otra todas las pelotas que iba cogiendo sin descanso. Supongo que sería comparable a lo que siente una fan cuando su cantante favorito la sube al escenario y la deja cantar con él. Sí, ese podría ser un buen ejemplo. Así me sentí: pletórica, emocionada y totalmente deslumbrada.

El paso por el gimnasio no fue tan festivo, pero igualmente necesario. La serie de ejercicios que Bruno hizo, todos con mi ayuda, tanto en las máquinas —los de brazos— como después tumbado en el suelo —los de cadera y piernas—, esos en los que era yo la que hacía casi todo el trabajo, o eso pensaba él, aunque no era verdad.

Nuestra última parada antes de comer fue la sala de rehabilitación, para darle los masajes necesarios y descargar los músculos que había forzado en los ejercicios anteriores.

—¿Te notas muy cansado? ¿O te duele alguna parte en concreto? —le pregunté después de ayudarle a subir a la camilla para que se tumbara.

—Un poco cansado, pero no en exceso. Y dolerme no, no me duele nada —me contestó suspirando.

—Bien, voy a empezar con el masaje. Si en algún sitio notas molestias, dímelo, ¿vale? —asintió antes de apoyar la cabeza del todo en la camilla y cerrar los ojos.

Comencé el masaje en las piernas. Se le notaba que había perdido mucha masa muscular, pero no en exceso. Con un buen trabajo por parte de los dos, no tardaría en recuperarla.

—¿Vas a masajearme todas las partes de mi cuerpo? —Levanté la cabeza para mirarle y él tenía la suya también levantada, observándome mientras trabajaba. Podía imaginar por dónde iban sus pensamientos por la mirada de deseo que tenía. Decidí seguirle el juego, a ver hasta dónde era capaz de llegar.

—Claro. ¿Hay alguna en especial en la que quieras que me detenga más? —le contesté guiñándole un ojo.

—Abril… que no se me levante no significa que no me lo imagine en mi mente y la sangre me hierva. Además, las manos y la boca las tengo perfectamente y podría darte todo el placer que quieras y me dejes. Sé que lo estás deseando tanto como yo.

Joder… solo con decirme eso mis braguitas se humedecieron y mi respiración se aceleró.

—Vamos a dejarlo, me distraes y tengo que acabar esto —le dije, retirando la mirada para salir del paso.

Ya no me dijo nada más. Me dejó continuar con mi trabajo, pero solo hasta que subí a masajearle los brazos. Estaba con las dos manos trabajando su bíceps cuando, de repente, me agarró ambas manos y me detuvo,

incorporándose en la camilla y sentándose con las piernas colgando por el lateral, dejándome allí encajada.

—¿Qué haces? —le pregunté nerviosa, excitada y confusa al mismo tiempo.

—Lo que llevo deseando hacer desde ayer y ya no puedo resistirme más —me contestó antes de agarrarme la nuca con una mano y acercarme a él para besarme.

No fue un beso lento ni cariñoso; fue un beso lleno de pasión. Me besó con hambre, casi rozando la desesperación, que fue aumentando cuando vio que le respondía de la misma manera. Sus manos bajaron hasta mi trasero y empezó a masajearlo con devoción.

Bruno estaba tan concentrado en el beso y en mi cuerpo que seguramente su mente no asoció que acababa de pasarle algo que llevaba cinco meses sin suceder. Mis labios se curvaron en una sonrisa enorme, rompiendo el beso.

—Espero que esa sonrisa que me vuelve loco sea porque te ha gustado que te besara —me dijo acercándose otra vez para volver a besarme, pero puse la mano en su pecho para detenerle, y al ver mi reacción frunció el ceño.

—El beso me ha encantado, pero mi sonrisa no es solo por eso. También es por esto. —Me separé un poco de él y le acaricié el miembro por encima del pantalón, dándole un pequeño apretón.

—¡Hostias!

Su alegría al ver la erección que tenía me hizo soltar una carcajada.

—He notado algo distinto, pero no pensé que fuera eso. Se siente diferente. ¿Por qué se siente diferente? —me preguntó preocupado.

—Porque ese músculo lleva mucho tiempo sin moverse, al igual que los de tus piernas, que cuando empiecen a despertar los notarás igual de raros. Pero enseguida volverán a lo que eran antes —le expliqué.

Soltó el aire que estaba conteniendo al saber que era algo normal.

En lo que le explicaba por qué se sentía diferente, su miembro volvió a estar en reposo y Bruno, al verlo, pareció desinflarse. Su cara de decepción me lo dijo todo.

—Eh, mírame —le dije levantándole la cara para que me mirara a los ojos —. Volverá a pasar. Tu músculo está despierto. Las próximas veces puede que vuelvas a notar algo raro o puede que ya lo notes como siempre; eso no te lo sé decir con seguridad.

»Pero que va a volver a pasar en cuanto te excites de nuevo, eso sí te lo aseguro. El músculo ya ha despertado y no volverá a dejar de funcionar, ¿vale?

Asintió, dudando, como si quisiera preguntarme algo y no se atreviera.

—¿Y podré…?

—Podrás. Por supuesto que podrás. Quizá las primeras veces te cueste terminar, termines demasiado pronto o tengas una eyaculación normal; eso no lo sabrás hasta que no lo hagas. Cada cuerpo es un mundo y responde de manera diferente.

—Es por ti —me dijo sonriendo.

—¿Qué es por mí? —le pregunté con una ceja alzada, confundida.

—Tú eres la que ha hecho que se despierte de su letargo. Solo tu presencia me excita como no lo ha hecho ninguna mujer jamás.

No me creí sus palabras. Era imposible que fueran verdad. Seguramente las dijo por lo contento que estaba de que su amigo se hubiera despertado. Con semejante monumento que había tenido por novia y el desfile de preciosidades que le mandaba la agencia cada pocos días, era imposible que yo estuviera la primera en esa lista.

—Vamos a la ducha. Tus músculos necesitan calor y relajarse —le dije, cambiando de tema.

—¿Vas a ayudarme como ayer? —me preguntó sonriendo, con mirada pícara.

—Ya te dije que hasta que no vea que lo puedes hacer solo y sin forzar, entraré todos los días las veces que haga falta.

—Bien, pues vamos —me pidió ya sentado en la silla.

Mientras yo regulaba la temperatura del agua, Bruno se fue quitando, como el día anterior, la camiseta y las deportivas. Para quitarse los pantalones esperó a que le ayudara, ya advertido de que no lo hiciera solo.

—Abril, ven —me pidió con la mano para que me acercara un poco más, porque estaba apoyada en la pared más alejada para no mojarme la ropa, aunque, como el día anterior, estaba descalza.

Me acerqué, inocente de mí, pensando que quería que le alcanzara algo o que quería hablarme de cerca, pero no. Su siguiente movimiento no lo vi venir. Tiró de mi mano y me sentó en su regazo, haciendo que el agua que le caía encima me calara a mí también por completo.

—¿Qué haces? ¡Estás loco! —le chillé intentando levantarme.

—Sí, estoy loco, por ti —me contestó lanzándose a besarme mientras me colocaba bien sobre sus piernas.

En pocos segundos la temperatura del baño subió, y no fue por el calor del agua que nos caía suavemente a los dos encima.

Se separó de mi boca dos segundos, los justos para sacarme la camiseta por la cabeza. El sujetador cayó al suelo con la misma rapidez. Sin hablar, me cogió con las dos manos y me levantó lo justo para tirar de mis pantalones cortos, arrastrando mis braguitas de paso. Volvió a sentarme encima de él, completamente desnuda, y ahí fue cuando dejó mi boca para poder mirarme.

—Joder… eres preciosa. Siéntate a horcajadas sobre mí, por favor —me pidió casi rogándome.

—Bruno… ¿qué estamos haciendo? —le pregunté. No porque no deseara lo que estaba pasando, sino porque no quería que él se arrepintiera después.

—¿Quieres que pare? Yo deseo tocarte más que nada en el mundo, pero si tú quieres que pare, lo haré —me dijo con la voz ronca por el deseo.

—No pares —le dije acariciándole los brazos y el pecho.

—No pienses, solo siente. —Fue lo último que me dijo antes de empezar a acariciar mi cuerpo con devoción.

Empezó tocando mis pechos lentamente, deteniéndose en mis pezones, que pellizcó antes de bajar la boca y succionarlos hasta que me los puso tan duros que casi dolían. Bajó una de sus manos y la metió entre nuestros cuerpos hasta llegar a mi vagina. Con movimientos circulares me acarició el clítoris, dándome también pequeños pellizcos que me hicieron jadear y excitarme aún más.

Sin dejar de lamer mis pechos en ningún momento, metió uno de sus dedos, haciendo un movimiento en forma de gancho en mi interior que me hizo jadear tan fuerte que me tapé la boca para que no nos oyeran María y Lucas.

—No te tapes la boca, no te contengas. Tus jadeos son música para mis oídos —me pidió mordiéndome un pezón.

Metió dos dedos más y empezó a empujar dentro de mí sin parar hasta que consiguió que llegara al clímax.

—Dios… eres puro fuego —me dijo antes de chuparse los dedos llenos de mi esencia—. Y además deliciosa. Esta noche te quiero en mi cama, necesito comerte entera.

Su miembro estaba en pie de guerra desde que me había sentado desnuda encima de él y, aunque sabía que probablemente no fuera todo lo placentero que él esperaba, quise que disfrutara del mismo placer que acababa de darme.

—¿Preparado? —le pregunté guiñándole un ojo antes de morderle el labio inferior.

—¿Para qué?

No le contesté con palabras. Metí mi mano entre los dos y guie su miembro hasta la entrada de mi vagina y, muy despacio, me dejé caer sobre él.

—Dios… qué gustazo. Muévete, por favor —me rogó con la voz entrecortada.

Empecé a bajar y a subir primero muy despacio, sacando su miembro prácticamente entero de mi interior para después volver a metérmelo por completo. Sus jadeos se unieron a los míos. Cuando vi que necesitaba que fuera más allá, aceleré el movimiento. Bruno me agarró por las caderas para ayudarme a ir más rápido y así seguimos hasta que, un par de minutos después, los dos nos dejamos ir a la vez.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada al ver que no se movía ni decía nada.

—En la vida he estado mejor —me contestó antes de darme un suave beso en los labios.

Me levanté de su regazo y la mirada de deseo con la que recorrió todo mi cuerpo me hizo estremecer. Sí, yo también habría repetido, pero su cuerpo necesitaba recuperarse.

—Ni lo sueñes. Tienes que recuperarte y descansar —le dije, cogiendo el jabón y pasándoselo para que mantuviera las manos ocupadas mientras yo también me lavaba.

—¿No crees que cinco meses de descanso son suficientes? —me preguntó mientras su mano, aún cubierta de jabón, volvía a acariciarse.

—Lo han sido, pero no quieras recuperar todo ese tiempo en un solo día. Venga, termina, que tenemos que comer y seguir con la rutina —le dije saliendo de la ducha para secarme.

# Capítulo 14

**Bruno**

El entrenamiento en el gimnasio fue menos duro de lo que esperaba. Abril me puso ejercicios que eran un juego de niños comparados con los que solía hacer cuando entrenaba con el equipo. Según me explicó, la intensidad tenía que ser progresiva para no dañar los músculos que estaban oxidados, como ella los llamó, riéndose.

Después de los ejercicios, tal y como me había dicho que haríamos, pasamos a la sala de rehabilitación. Me ayudó a subir a la camilla con movimientos firmes y seguros, sin prisas.

Su masaje empezó por la parte baja de mi cuerpo, esa en la que no podía sentir su tacto. Y aun así, no lo necesité. Mi cuerpo se estremeció igual. Solo con saber que me estaba tocando fue suficiente.

El masaje continuó, lento, constante. Y cuando llegó a mis brazos, toda mi contención se fue al carajo.

El beso de premio que tenía pensado pedirle al final de la semana se lo robé allí mismo, convencido de que me rechazaría. Pero nada más lejos de la realidad: me lo devolvió con la misma pasión con la que se lo di.

Cuando más estaba disfrutando del beso, se separó. Al mirarla, vi en su cara una sonrisa capaz de iluminar el cielo entero. Le pregunté si era porque le

había gustado, pero lo que hizo a continuación me dejó completamente perplejo.

Pasó su mano por encima de mi pantalón, tocándome la verga, que estaba tiesa como un palo. Segundos antes había notado algo extraño ahí abajo, una sensación distinta… pero no pensé que fuera una erección. No la sentí como tal.

Abril debió de notar mi cara de preocupación cuando le pregunté por qué lo había sentido tan diferente. Se volcó en tranquilizarme, dándome todas las explicaciones oportunas sobre lo que me había pasado.

Consiguió que soltara todo el aire que estaba conteniendo. Estaba aterrado, pensando que, por fin, después de cinco meses, mi amigo se despertaba… pero no lo sentía como una parte de mi cuerpo, sino como algo extraño, ajeno, como si me lo hubieran pegado ahí con pegamento.

Quise hacerle una última pregunta sobre el tema, pero las palabras no me salieron. El miedo a que la respuesta fuera negativa me bloqueó, porque eso sí que me habría hundido para los restos.

Abril, adivinando mis pensamientos y con esa paciencia suya, vino a decir —más o menos, para que me entendáis— que sí. Que podría usar mi herramienta. Y que podría acabar el trabajo.

El momento de la ducha que compartimos después fue, sin duda, el mejor que había tenido en años. No pude resistirme a sentarla encima de mí y, después de desnudarla, la masturbé hasta que tuvo un orgasmo en mis dedos, todo eso sin dejar de adorar su boca y sus pechos. Pensé erróneamente que, después de eso, ese momento se terminaría ahí, pero no. Abril volvió a sorprenderme una vez más y, sentándose a horcajadas encima de mí, guio mi miembro hasta su entrada y me cabalgó como si fuera la mejor amazona del mundo, primero al trote y después al galope, de una forma frenética, hasta que consiguió hacernos llegar al orgasmo a los dos a la vez.

Salí del baño totalmente cachondo de nuevo y con ganas de meterla en mi cama o donde fuera, queriendo recuperar los cinco meses de inactividad que

había tenido. Pero ella, como la buena profesional que era, no quiso seguir, alegando que tenía que descansar y no forzar ninguna parte de mi cuerpo. No insistí, pero desde luego que por la noche no dejaría pasar la oportunidad de volver a estar con ella si me lo permitía.

—Se te ve muy contento, hermano —me dijo Lucas cuando me acerqué a la mesa para comer, donde él y Abril ya estaban sentados esperándome.

—Porque lo estoy. Por primera vez en meses tengo esperanza de que sí podré recuperarme. Solo llevo un día en manos de Abril y ya noto cambios en mí, muy positivos, por cierto —le contesté, llevándome la primera cucharada a la boca de la sopa de marisco que tenía delante, que olía a gloria bendita.

—¿Y cuáles son esos cambios positivos? —me preguntó mientras hacía lo mismo que yo y se llevaba la cuchara a la boca, pero esta se quedó a medio camino cuando se fijó en mi sonrisa, que más pícara no podía ser.

—¡No me jodas! ¿En serio? —su expresión de alegría me hizo soltar una carcajada. Coño, pues no parecía que estuviera hasta más contento que yo.

—Chicos… —dijo Abril, que estaba roja hasta la raíz del pelo por la vergüenza de que mi hermano se hubiera enterado de que, gracias a ella, por fin mi amigo había salido de su letargo.

—Joder, es que esto ya me lo veía yo venir. Solo hace falta estar con vosotros cinco minutos para darse cuenta de que entre los dos saltan más chispas que en una hoguera el día de San Juan.

Abril iba a replicar algo, pero, como pasó el día anterior, el timbre de la puerta sonó e interrumpió la conversación. En esa ocasión fue Abril la que le pidió a mi hermano con la mano que no se levantara y fue ella la que fue a abrir la puerta.

Cuando ella y una despampanante rubia, a la que yo conocía muy bien, volvieron a la cocina, no supe descifrar bien lo que estaba pensando, más que nada porque miraba a cualquier sitio menos a mi cara.

—Bruno, es para ti —me dijo, sentándose en la mesa y cogiendo el vaso de agua, que se bebió casi entero, como si tuviera mucha sed o la garganta seca.

—Brenda, ya sabes el camino y qué hacer. Ahora voy —le dije a la rubia, que obedeció al instante y se marchó a la habitación que usaba para esos encuentros, que creo que no lo he aclarado antes, pero no era la mía; allí jamás hubiera llevado a ninguna de esas mujeres. Usaba una de las que tenía para invitados, que no había usado nadie nunca.

—¿Bruno, qué haces? —me preguntó mi hermano, preocupado, mirando a Abril de reojo, que tenía la mirada fija en el plato.

—Necesito comprobar una cosa. Seguid comiendo, no tardaré mucho en volver —le dije, ya saliendo de la cocina.

Lo que necesitaba comprobar era si mi amigo respondía levantándose ante la presencia de cualquier mujer o si, por el contrario, solo lo hacía con Abril, y sé que podéis pensar que era un cabrón por hacer algo así, más aun teniendo en cuenta que hacía apenas media hora que me había acostado con ella y que todavía llevaba su olor y su tacto grabados en la piel, pero la duda no dejaba de darme vueltas en la cabeza, martilleándome sin descanso, y necesitaba una respuesta clara, sin excusas ni autoengaños, aunque el resultado pudiera dolerme más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Entré en la habitación y Brenda ya estaba desnuda sobre la cama, con un succionador de clítoris en la mano, esperándome para empezar, con esa mirada entrenada para provocar y ese cuerpo capaz de levantarle el ánimo hasta a un muerto. La observé masturbarse de distintas maneras, lenta y provocadora, sin prisas, y después se acercó a mí para tocarme, dándome varias pasadas por el miembro mientras se pegaba a mi cuerpo y me ponía las tetas en la cara, haciendo todo lo que sabía hacer y haciéndolo muy bien, pero aun así no hubo ninguna respuesta, ni el más mínimo amago, ni una reacción, como si mi cuerpo se hubiera desconectado por completo.

Ahí lo supe. Supe que estaba muy jodido, aunque no en el sentido malo. Tal y como sospechaba, y por eso había ido allí con Brenda, Abril se me había metido en el sistema, en la cabeza y en la piel, y mi cuerpo solo respondía a

ella, solo se activaba con su presencia, con su voz y con sus manos. Sospechas confirmadas, me dije a mí mismo antes de pedirle a la rubia que recogiera y se marchara, dándole las gracias mientras salía de allí con una mezcla extraña de alivio y vértigo, consciente de que acababa de cruzar una línea de la que ya no había vuelta atrás.

Cuando regresé a la cocina, solo estaba mi hermano, mirándome con una cara de cabreo monumental, de esas que dejan claro que está a dos segundos de arrancarte la cabeza, mientras que de Abril no había ni rastro. Iría a buscarla y sería sincero, le contaría lo que había hecho y por qué, sin adornos ni excusas, pero antes le hice un resumen rápido a Lucas, cuyo enfado le duró lo justo para entenderlo, porque en cuanto lo hizo, se echó a reír negando con la cabeza y me dijo exactamente lo que yo ya sabía: que estaba bien jodido, sí, pero en el buen sentido.

# Capítulo 15

**Abril**

Al abrir la puerta y encontrarme con aquella pedazo de rubia, no necesité ni un segundo para saber que venía de la agencia a la que Bruno recurría para esos servicios. El golpe fue inmediato: un regusto amargo se me instaló en la garganta, denso, difícil de tragar. Aun así, la saludé con educación, como se hace cuando no quieres mostrar lo que sientes, y la acompañé hasta la cocina, donde Bruno y Lucas estaban comiendo, intentando que nada de lo que llevaba por dentro se notara en mi cara.

—Bruno, es para ti —le dije, a la vez que me sentaba a la mesa y cogía el vaso de agua que tenía delante para bebérmelo de un trago. Tenía la garganta tan seca por el nudo que se me había formado que hasta me costó tragar.

—Brenda, ya sabes el camino y qué hacer. Ahora voy —le dijo a la rubia, que obedeció al instante y se marchó a la habitación que usaba para esos encuentros.

En ese instante me sentí peor que en toda mi vida. No es que fuera tan ilusa como para esperar que Bruno me pidiera que fuéramos pareja o algo parecido; tenía claro que lo que sentía por mí era deseo puro y duro. Pero, joder, qué menos que haber tenido la delicadeza de no pedir a otra mujer que se metiera en su cama delante de mí, sobre todo cuando no hacía ni media hora que nosotros acabábamos de acostarnos.

—¿Bruno, qué haces? —le preguntó su hermano, preocupado, mirándome de reojo, aunque yo tenía la mirada fija en el plato y no fui capaz de levantarla para que ninguno de los dos viera el dolor que estaba sintiendo reflejado en mis ojos.

—Necesito comprobar una cosa. Seguid comiendo, no tardaré mucho en volver —nos dijo, ya saliendo de la cocina.

Los siguientes minutos, ni Lucas ni yo fuimos capaces de decir nada. Cada uno se quedó atrapado en sus propios pensamientos. No supe cuáles serían los suyos, pero estaba segura de que ninguno era bueno; bastaba con ver la cara de cabreo con la que miró a su hermano cuando se marchó.

Y los míos… los míos iban y venían en todas las direcciones. Desde recordar la buena mañana que habíamos pasado trabajando, con un ambiente distendido y cómplice en todo momento, hasta regresar, una y otra vez, al instante mágico —al menos para mí— que habíamos compartido en la ducha. Un momento que se quedaría en eso, en algo único y aislado, porque no estaba dispuesta a ser el juguete de nadie. Y porque tenía claro que eso era exactamente lo que había sido para Bruno.

Que me gustaba mucho, pues sí. Que me estaba enamorando de él —si es que no lo llevaba haciendo desde hacía más tiempo del que quería admitir—, también. Pero eso no significaba que fuera a permitirle hacer conmigo lo que le diera la gana, ni convertirme en alguien a quien echarle un polvo cuando le apeteciera solo por el simple hecho de tenerme a mano.

—Abril, ¿estás bien? —me preguntó Lucas, devolviéndome al presente.

—Sí, pero la verdad es que se me ha quitado el hambre. Si no te importa, me voy a ir a mi habitación. Quiero llamar a mi padre y hablar un rato con él mientras me tumbo en la cama a descansar —le contesté, mientras recogía mi plato.

—Sabes que estoy aquí si necesitas hablar, ¿vale? Es mi hermano, pero sé que lo que acaba de hacer es comportarse como un cabrón y que no tiene defensa posible —me dijo, visiblemente afectado.

—No te preocupes. Tampoco es que esperara nada. Yo no soy nadie para él, y su comportamiento de ahora me lo ha dejado muy claro —le dije, antes de darle un beso en la mejilla y marcharme a mi habitación.

Llegué a mi habitación con unas ganas enormes de llorar, pero no lo hice. Me tragué las lágrimas y también el dolor que me apretaba el pecho. No iba a permitir que Bruno me destrozara, ni mucho menos que llegara a ver lo mucho que me había dolido su comportamiento.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón y marqué el número de mi padre. Necesitaba verle y oír su voz. Desde siempre, cuando me pasaba algo malo o me sentía baja de ánimos —como en esos momentos—, él había sido mi mejor medicina. Con su cariño y sus palabras conseguía calmarme, devolverme la paz y darme el consuelo que tanto necesitaba.

—Mi niña, ¿qué tal te va? ¿Ya le has puesto las pilas a nuestro Bruno?

*Nuestro*. Esa palabra hizo que se me encogiera el corazón, porque nunca sería *mi* nada.

—Papá, llegué ayer, ¿recuerdas? —le dije riéndome—. Pero se las pondré, volverá a ser lo que era, te lo prometo —añadí, convencida de mis palabras, pero con el corazón en un puño, porque la que no volvería a ser la misma sería yo después de haberle conocido.

Seguimos hablando un rato más de todo: del viaje, de si estaba a gusto en la casa y de si era bonita la habitación que me habían dado. De sus partidas de dominó y de las charlas interminables con sus amigos. Me preguntó qué ejercicios le había mandado hacer a Bruno y, cuando le conté lo de las cien canastas, se emocionó tanto que incluso me pidió que el próximo reto se lo grabara para poder ver a Bruno en acción. Le prometí que le pediría permiso para hacerlo y que, si accedía, se lo mandaría.

Estaba a punto de colgar cuando se abrió la puerta de mi habitación, haciéndome pegar un bote en la cama, donde estaba tumbada hablando con mi padre.

—Abril, ¿podemos hablar un momento? —me preguntó Bruno, acercándose a la cama.

—¿Ese es Bruno? Niña, déjame saludarlo —me pidió mi padre al oírle hablar.

—Papá… —No me dio tiempo a decir nada más, porque Bruno alargó la mano y me quitó el teléfono.

Al principio me asusté, porque pensé que colgaría la llamada a mi padre y le provocaría un disgusto enorme. Pero, una vez más, Bruno me sorprendió con su comportamiento.

—Buenas tardes, Simón. Encantado de conocerle —le dijo, sonriendo.

—El que está encantado de conocerte soy yo, te lo aseguro —le contestó mi padre.

A partir de ahí, los dos se enfrascaron en una conversación como si se conocieran de toda la vida, mientras yo escuchaba sin decir ni una palabra y casi sin pestañear de lo alucinada que estaba. Hablaron sobre todo de baloncesto, una pasión que ambos compartían con auténtica devoción, pero también de otras cosas. Mi padre le preguntó por su estado y Bruno quiso saber cómo eran sus días de jubilado.

—Bueno, Simón, le paso ya el teléfono a su hija, pero antes me gustaría pedirle que viniera pronto a visitarnos. Me encantaría conocerle en persona y sé que a su hija le gustará tenerle por aquí unos días —dijo Bruno con una sinceridad que no dejaba lugar a dudas.

—Te tomo la palabra, muchacho. Pero antes de despedirnos, yo también te voy a pedir una cosa. Cuida a mi niña. Es lo único que tengo y lo que más quiero en el mundo. Aunque ya sé que en tus manos estará bien.

»Pero también sé que los dos tenéis mucho carácter y que saltarán chispas muchas veces. Y eso también puede ser muy bueno para darle salsa a la vida y crear algo bonito.

*A tomar por culo*, pensé. La leche con mi padre, siempre tan directo y sin pelos en la lengua.

—No se preocupe. Pienso cuidarla y le aseguro que en mis manos estará muy bien —dijo Bruno, fijando su mirada en mí.

Ya no se dijeron nada más. Estaba todo dicho. Bruno me pasó el teléfono y, después de intercambiar unas pocas frases más, me despedí de mi padre, quedando en llamarle pronto.

—Abril, ¿podemos hablar? —me pidió Bruno cuando colgué el teléfono y me levanté de la cama para enchufarlo en el cargador de la mesilla.

—Si quieres saber cuál es el plan para esta tarde, te lo resumo rápido: ahora descansar un rato y después ejercicios en la piscina, luego masajes otra vez, ducha, cena y a la cama —le contesté, sabiendo de sobra que no era de eso de lo que quería hablar.

—Ahora mismo me importa una mierda el plan de esta tarde. Quiero explicarte por qué he hecho lo que he hecho. Acércate, por favor.

—Bruno, no tienes por qué darme ninguna explicación. No me hace falta. Ya me ha quedado todo muy claro —le contesté, sin acercarme.

—No creo que te haya quedado nada claro, porque ni yo mismo lo tenía hasta hace unos minutos. Ven, por favor —me volvió a pedir, estirando la mano con un tono tan suplicante que me desarmó.

Y sé que era tonta, pero no pude resistirme. Me acerqué intentando que mis pasos parecieran firmes, aunque por dentro me temblaba todo, como si cada movimiento fuera una concesión que no quería hacerme a mí misma.

—¿Qué quieres, Bruno? —le pregunté, sin mirarle, con la voz más contenida de lo que sentía.

Alargó la mano y, sin que el tirón fuera fuerte, me atrajo hacia él y me sentó en su regazo, sujetándome con firmeza por la cintura para impedir que

huyera, que fue exactamente lo primero que intenté hacer.

—Déjame hablar hasta el final, por favor. Luego puedes decirme tú todo lo que quieras.

Asentí despacio con la cabeza y, sin decir una palabra, le hice un gesto con la mano para que continuara.

# Capítulo 16

**Bruno**

Oí que estaba hablando con alguien por teléfono, pero me dio igual. En ese momento nada tenía más peso que la necesidad de hablar con ella y explicarle por qué me había ido con la rubia a la habitación, aclarar las cosas antes de que el silencio o las suposiciones hicieran más daño del necesario. Después de la charla con mi hermano, tenía las ideas mucho más claras sobre lo que me estaba pasando con Abril, y ya no había forma de darle vueltas ni de seguir escondiéndome detrás de excusas.

No era solo que me gustara, porque eso habría sido sencillo de asumir. Lo que sentía iba mucho más allá. Estaba empezando a desarrollar sentimientos por ella, de esos que se te cuelan sin pedir permiso y te desarman poco a poco, sentimientos que jamás pensé que volvería a experimentar con otra mujer que no fuera Paula. Y lo más desconcertante de todo era que, en ese preciso momento, lo que me despertaba Abril era incluso más intenso que todo lo que había sentido por mi ex durante los años que estuvimos juntos.

Sí, me estaba enamorando de Abril, y lo estaba haciendo a una velocidad que asustaba un poco. Pero, sorprendentemente, no me daba miedo admitirlo, al menos ante mí mismo. Reconocerlo en silencio era fácil; decirlo en voz alta ya era otra historia, palabras mayores para las que todavía no me sentía preparado. Así que decidí guardármelo, dejar que ese sentimiento creciera sin prisas y observar cómo se daban las cosas, confiando en que el tiempo y los hechos hablarían por mí cuando llegara el momento.

Entré en la habitación y, nada más hablar, su padre me oyó y le pidió que le pasara el teléfono para saludarme. La vi dudar unos segundos, sin saber muy bien qué hacer, pero no le di margen a reaccionar; le quité el móvil de las manos y me puse a charlar con Simón como si nos conociéramos de toda la vida. Decir que me cayó genial sería quedarme corto. Era una de esas personas que se hacen querer desde el primer minuto, y ese fue exactamente el tiempo que necesitó para ganarme.

Antes de despedirnos le pedí que viniera a visitarnos, y no lo hice por compromiso ni por quedar bien, sino porque de verdad me nació de dentro. Él, en cambio, adoptó ese papel de padre protector tan evidente —y tan comprensible al saber que solo se tenían el uno al otro— y me pidió que cuidara de Abril. Sus palabras podían sonar a una frase hecha, a algo que se dice por decir, pero yo las entendí perfectamente. No quería que le hiciera daño a su hija en ningún sentido, y ese mensaje me llegó claro y directo.

Después le pedí a Abril que me escuchara todo lo que tenía que explicarle y que, cuando terminara, me diera la réplica que necesitara. Aceptó un poco a regañadientes y, con ella sentada en mi regazo, empecé a contarle por qué había ido con la rubia a la habitación. Necesitaba comprobar si solo me excitaba con ella o si podía pasarme con cualquier mujer. El ceño fruncido que tenía al principio fue suavizándose poco a poco, a medida que le explicaba que en ningún momento había tocado a esa mujer, que solo la había mirado y que no había sentido absolutamente nada, porque la única que ocupaba mi cabeza, de principio a fin, era ella.

—¿Entiendes por qué lo he hecho? Sé que no ha sido la mejor idea del mundo y que puede que te haya hecho daño al hacerlo. Por eso quiero que me perdones. Pero, sinceramente, no me arrepiento. Necesitaba hacerlo, porque me ha abierto los ojos y me ha confirmado lo que ya sospechaba.

»Te has metido tanto en mi sistema en solo dos días que ya no tengo ojos para otra mujer. Solo me excito contigo, solo quiero estar contigo y necesito que me des una oportunidad para demostrártelo.

Noté cómo se le humedecían los ojos mientras negaba despacio con la cabeza, como si le costara creer lo que estaba oyendo.

—Yo también quiero estar contigo y ver a dónde nos lleva todo esto —me dijo, rodeándome el cuello con los brazos antes de regalarme un beso suave, cargado de promesas.

—Entonces sellemos el trato como Dios manda —murmuré antes de lanzarme a sus labios con hambre contenida.

El beso, igual que había ocurrido en la sala de rehabilitación o en el baño, hizo que la temperatura a nuestro alrededor subiera varios grados. Mis manos empezaron a recorrer su cuerpo por encima de la ropa, memorizándolo, reclamándolo, pero ella, al notar mis intenciones, se separó despacio y se levantó de encima de mis piernas, alejándose también de mi abultada erección, que protestó dentro de los pantalones al perder su contacto.

—Ni lo sueñes, tienes que descansar —me dijo, apuntándome con el dedo para darle más énfasis a la orden.

La sonrisa que asomaba en sus labios, descarada y cómplice, la delató por completo… y a mí me hizo reír, porque su deseo era tan evidente como el mío; su mirada y su respiración acelerada así me lo dijeron.

—Descansaré si tú lo haces conmigo, prometo portarme bien —le dije, dibujando una de esas sonrisas descaradas en las que enseñas todos los dientes.

—Tira para la cama, anda, que tienes un peligro. Más te vale portarte bien o te ato a la cama —me respondió mientras salía de la habitación para acompañarme a la mía.

—Joder, no pongas esa imagen en mi cabeza, porque entonces es cuando no voy a ser capaz de controlarme. Ese rollito de que me ates… podemos probarlo cuando quieras —le contesté en tono pícaro, sin ningún tipo de vergüenza.

Ella se giró para mirarme, puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, como si ya me diera por perdido… aunque la comisura de sus labios la traicionó.

Llegamos a mi habitación y Abril me ayudó a meterme en la cama con cuidado. Ni por un segundo se me pasó por la cabeza dormir, pero si ella decía que tenía que descansar, yo obedecía sin rechistar.

—Túmbate conmigo —le pedí, dando unos suaves toquecitos en el colchón a mi lado.

—Vas listo. He dicho descansar. Si me tumbo ahí, vas a hacer de todo menos eso —me contestó riéndose.

—Te he dicho antes que me portaré bien. Solo quiero abrazarte un rato —le pedí haciendo un puchero.

Al final cedió y se tumbó a mi lado. Pasé el brazo por detrás de su cabeza y la acomodé sobre mi pecho, sintiendo cómo su cuerpo encajaba ahí como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Estar así fue una maravilla. Sí, quería sexo, y mucho, pero no solo quería eso de ella. Quería hablar, compartir momentos, risas, silencios cómodos, conocer cada rincón de su vida y, si el tiempo y las circunstancias se ponían de nuestra parte, construir algo que fuera más allá del deseo.

Una hora entera estuvimos en mi cama, tumbados, abrazados y hablando sin parar, como si el mundo se hubiera detenido para dejarnos ese espacio solo para nosotros. Abril me contó muchas cosas de su vida: todo lo que había tenido que trabajar para pagarse la carrera porque, con el sueldo de su padre, no llegaba para todo; el esfuerzo constante, las renuncias, las noches largas. Me habló de su padre, del amor inmenso que sentía por él y de lo mucho que ese hombre se había sacrificado desde que ella era apenas un bebé para sacarla adelante. Y, por último, me habló de su amiga Nora, a la que consideraba una hermana, alguien imprescindible en su vida.

Entonces me contó algo que me dejó con la boca abierta: el flechazo que parecía haber tenido Lucas con su amiga y que, al parecer, había sido mutuo. Mi hermano nunca había tenido una novia formal, solo rollos de una noche o de unos días como mucho, y que, según Abril, hubiera mirado a una mujer de esa manera era algo que no pensaba perderme. Por eso le pedí que invitara a

su amiga a venir cuando el trabajo se lo permitiera. Me dijo que lo haría esa misma noche y que ya me diría si Nora podía venir o no.

Terminado el descanso, los dos nos dirigimos a la piscina. Aún no había entrado oficialmente el verano, faltaban apenas unos días, pero las temperaturas ya eran bastante altas, de esas que te obligan a buscar el agua casi sin pensarlo, así que el baño al aire libre nos vendría bien a los dos.

Yo no fui muy convencido. Al no poder mover las piernas, meterme en la piscina me imponía un respeto enorme. Si no conseguía mantenerme a flote, Abril no podría conmigo. No era una mujer baja —medía casi uno ochenta, que para ser mujer era bastante—, pero en cuerpo yo le doblaba en tamaño, y esa diferencia de peso me hacía sentir vulnerable, expuesto, dependiente.

Ella debió de leerme la cara sin esfuerzo, porque en cuanto vio la preocupación y el miedo reflejados en mis ojos, me tranquilizó. Me dijo que ya había supuesto que me pasaría eso y que, por si acaso, le había pedido a Lucas que nos acompañara al menos el primer día.

—Podéis empezar, yo estoy aquí si os hago falta —nos dijo mi hermano, sentándose en una de las hamacas con un refresco en la mano mientras abría el portátil y se ponía a trabajar.

Llevaba unos días bastante misterioso con algún tema de trabajo. Le había preguntado varias veces, pero se había hecho el tonto y no había soltado prenda. Él era así: hasta que no tenía todo atado o casi cerrado, no contaba nada, ya fuera para no crearme ilusiones o para evitar justo lo contrario con asuntos como contratos, acuerdos o publicidad.

—Apóyate en el borde mirándome solo a mí, con los antebrazos. No fuerces, el resto lo hago yo —me dijo Abril.

Se colocó entre mis piernas y me agarró por debajo de los muslos para hacer movimientos como si de verdad mis extremidades funcionaran.

—Me estoy poniendo malo viéndote con ese bikini —le dije relamiéndome los labios.

Puso los ojos en blanco y se echó a reír bajito.

—Si te portas bien y haces los seis ejercicios perfectos que tengo pensados, cuando terminemos te dejo que me lo quites —me contestó susurrando para que no la oyera mi hermano.

—Eso es un incentivo y lo demás son tonterías. Aquí mi amigo te dice que está de acuerdo con tu propuesta, al igual que yo. —Señalé con la cabeza mi entrepierna para que viera cómo me había empalmado solo de pensarlo.

Seguimos casi en silencio, haciendo uno a uno todos los ejercicios que me propuso. Tengo que reconocer que no fueron nada complicados y que pude realizarlos sin apenas esfuerzo. Al terminar, Abril puso una hamaca cerca del borde para que, al salir, me sentara y pudiera secarme al sol.

Estaba ayudándome a sentarme derecho cuando el grito de Lucas nos dejó paralizados.

—¡Sí, joder, sí! ¡Por fin!

El grito lo acompañó con uno de los bailes más ridículos que nos hizo reír a los dos.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha tocado la lotería? —le preguntó Abril sin parar de reír.

—A mí no, pero a Bruno sí. Bueno, para él esto es algo mejor, es otro sueño cumplido.

Me quedé pensando de qué podía estar hablando y, pocos segundos después, una idea maravillosa cruzó mi mente.

—Dilo —le pedí ansioso.

—Solo diré tres letras, pero primero un redoble de tambores.

Con las dos manos, Lucas empezó a moverlas como si de verdad estuviera tocando un tambor.

—¡NBA!

Su chillido seguramente lo podrían haber oído hasta mis padres desde Barcelona.

No fui capaz de articular palabra. Mi hermano se acercó, cogió a Abril de las manos y los dos se pusieron a dar vueltas riendo y bailando.

—Hermano, lo conseguimos —dijo Lucas antes de sentarse a mi lado y abrazarme fuerte.

—Bruno, ¿estás bien? No te estará dando un chungo ni nada, ¿no? —preguntó Abril uniéndose al abrazo.

—No… es que no sé ni qué decir —contesté muy emocionado.

—Joder, verás cuando se entere mi padre. Lleva años rezando para que esto pase —dijo ella cogiéndome por las mejillas para darme un besazo sonoro.

—Tenemos que celebrarlo por todo lo alto —añadió mi hermano, casi más contento que yo.

—Os recuerdo que no puedo andar y… —empecé a decir preocupado.

—Pero andarás y estarás listo para cuando tengas que irte, de eso me encargo yo —me cortó Abril.

Sus palabras me llegaron directas al alma, porque las dijo con una seguridad tan firme que era imposible no creerla. No sonó a promesa vacía ni a consuelo fácil, sino a una verdad dicha desde la certeza, desde alguien que no dudaba ni un segundo de lo que afirmaba.

—Lucas, cuéntame todo. ¿A qué equipo es? ¿En qué ciudad? ¿Para cuándo cuentan conmigo? ¿Saben realmente lo que me pasa?

Las preguntas empezaron a salir de mi boca sin control, una detrás de otra, atropellándose como si alguien hubiera apretado el gatillo de una ametralladora. Los nervios, la ilusión y la incredulidad se me mezclaban por dentro, sin darme tregua, y al verme así, los dos acabaron echándose a reír.

Lucas levantó las manos pidiéndome calma, todavía sonriendo, y me aseguró que me lo contaría todo con pelos y señales durante la cena, que tuviera paciencia, que aquello merecía saborearse despacio.

# Capítulo 17

**Abril**

Habían pasado dos meses desde que, estando en la piscina, Lucas nos dio la maravillosa noticia de que a Bruno lo quería fichar un equipo de la NBA. Ese día, durante la cena, nos contó cómo había sido toda la negociación, que para nada fue sencilla por el estado en el que Bruno se encontraba, pero, como el buen agente que era, lo consiguió. Y nada más y nada menos que con uno de los mejores equipos que había en la actualidad: los Oklahoma City Thunder. Para cualquier jugador de la categoría de Bruno era un auténtico sueño poder jugar en un equipo así. En la actualidad ya era un jugador muy conocido por toda su trayectoria, pero cuando fuera allí eso sería su lanzamiento al estrellato, además de que iba de titular porque el escolta que tenían se retiraba.

Ese mismo día, después de que Lucas nos pusiera al tanto de todo, les pedí permiso para poder decírselo a mi padre, asegurándoles que no se lo contaría a nadie, guardando el secreto hasta que, en una rueda de prensa, ellos contaran que Bruno se marchaba a los Estados Unidos para seguir su carrera. Pero no solo me dieron permiso, sino que el mismo Bruno se puso al teléfono cuando le llamé y se lo contó él mismo. Solo os puedo decir que mi padre acabó llorando de alegría como un niño pequeño y que Bruno se unió a él, emocionándonos a Lucas y a mí muchísimo.

Sus padres, por descontado, también se alegraron muchísimo. Le animaron mucho para que me hiciera caso en todo, para que se recuperara cuanto antes y pudiera estar al cien por cien cuando llegara el momento de irse para empezar

la temporada, que era en octubre. Como Bruno estaba como estaba en el momento en que le ficharon y, estando en el mes de junio, solo cuatro meses eran pocos para estar preparado, le dieron permiso para incorporarse después de Navidad. Tiempo más que suficiente para estar a tope.

Esos dos meses llevábamos trabajando sin descanso, día tras día, sin tregua. El cambio ya era más que evidente. A los quince días de yo llegar a su casa ocurrió algo que no olvidaré jamás: una noche, mientras estábamos en la cama, Bruno movió por primera vez los dedos del pie derecho. Os podéis imaginar la manera en la que lo celebramos. Bueno, siendo sincera, desde entonces celebrábamos cada avance, todas las noches y también en muchos momentos durante el día, porque cada pequeño logro era un pasito más hacia delante, una victoria compartida.

Ya era capaz de mover las piernas casi con normalidad, aunque todavía, por mucho que él lo deseara, no le había permitido ponerse de pie. Se lo expliqué con mucha paciencia: primero tenía que coger músculo y recuperar fuerza, afianzar lo que ya había conseguido antes de dar el siguiente paso. De lo contrario, podía sufrir una rotura de fibras o alguna lesión que echara por tierra todo lo que habíamos avanzado, y eso era algo que no estaba dispuesta a permitir.

Nuestra relación iba viento en popa. Discutíamos, claro que sí, pero como todas las parejas, aunque creo que algunas veces Bruno me buscaba las cosquillas adrede para que luego viniera una reconciliación de las que te dejaban con las piernas colgando. Durante ese tiempo habíamos hablado mucho, sabiéndonos ya la vida entera del otro. Ninguno de los dos nos habíamos confesado abiertamente con palabras nuestros sentimientos, pero al menos por mi parte lo tenía clarísimo: estaba enamorada de él hasta las trancas, vamos, que lo amaba con locura. Y por cómo me miraba, suponía que a él le pasaba lo mismo.

El único tema que no habíamos tocado era qué iba a pasar con nosotros cuando se marchara a vivir a los Estados Unidos. Él no había sacado el tema y yo mucho menos; era algo que me daba mucho miedo hablar. Que me iría con él si me lo pidiera, pues claro, con los ojos cerrados. Pero la pregunta que no dejaba de rondarme la cabeza era si Bruno querría que lo acompañara o si lo nuestro se quedaría en España y en el olvido. Cuando esos pensamientos

llegaban a mi cabeza, me regañaba a mí misma, diciéndome que aún faltaba mucho para que llegara ese momento y que no podía adelantarme como el almendro. Me aconsejaba a mí misma que, si llegaba ese puente, ya lo cruzaría, para bien o para mal.

Por fin, después de un mes viéndole solo a través de una pantalla, ese día llegaba mi padre, y yo me moría de ganas de abrazarlo. Durante todo ese tiempo apenas le había visto dos días, cuando viajé a Barcelona el mes anterior, y se me había hecho eterno. Pero no venía solo. Nora, Camila y Felipe se habían unido también al viaje y, al estar todos juntos, habíamos decidido hacer una barbacoa esa misma noche para celebrar el fichaje de Bruno.

Lucas se había encargado de ir a recogerlos a todos al aeropuerto, así que, mientras ellos llegaban, Bruno y yo podríamos terminar nuestra rutina diaria con calma. Ese día, especialmente, él estaba ansioso por hacerla, y no era casualidad. Si completaba a la perfección el ejercicio de la cancha de baloncesto, volvería a conseguir los siete puntos. Era ya la octava ronda de ese pequeño juego que habíamos creado, en el que yo le concedía los puntos y él pedía su premio al final. Hasta el momento los había conseguido todos, sin excepción.

En el primero, según me confesó después, pensaba pedirme un beso al terminar. Pero como no se pudo resistir y me lo dio antes de tiempo, cambió de idea y me pidió que me mudara a su habitación, porque no quería volver a dormir ni una sola noche separado de mí. El segundo premio fue que tuviéramos sexo en la piscina; aquel día, el muy capullo, le dijo a Lucas que se marchara a darse una vuelta larga y que no volviera en al menos dos horas. El tercero consistió en llevarme a la playa para poder bañarnos juntos y perder la noción del tiempo.

Y así habían sido todas sus peticiones: siempre picantes, siempre cargadas de deseo, siempre con esa sonrisa suya que prometía más de lo que decía. A saber qué me pediría esa vez, porque estaba segura de que conseguiría su séptimo punto. Era el mejor, y se encargaba de demostrármelo cada día.

—¿Estás preparado? —le pregunté cuando entramos en la cancha.

—Nací preparado. La cancha para mí es como el agua para los peces. Así que dale, sea lo que sea lo voy a conseguir, hoy es día de premio… —dejó la frase en el aire para mirarme y levantar las dos cejas de forma exagerada.

—Bien, pues vamos allá. Ponte en la línea de los triples —sonrió, porque meter canastas desde ahí para él era como para el resto de los humanos respirar; lo podía hacer hasta con los ojos cerrados.

—Tres canastas sin tocar el aro, eso es lo que te pido hoy —le dije, poniéndome frente a él, que ya se había preparado en la línea con el cesto de los balones al lado.

—¿En serio? Joder, tienes tú más ganas de que gane el premio que yo, ¿eh…? —me respondió riéndose y dándome un azote en el culo que me hizo saltar.

—No he terminado de hablar —le dije, poniéndome seria, acercándome más a él para estar justo a su lado, dejando el espacio necesario para que pudiera mover los brazos y lanzar.

»Lanzarás los tres tiros seguidos, sin tocar el aro, como he dicho. La dificultad de hoy es que lo harás de pie. —Me miró con la boca abierta, intentando procesar mis palabras, y para eso tuvieron que pasar unos segundos.

—¿Sí? —Fue lo único que acertó a decirme.

Asentí con la cabeza y me acerqué a él, extendiendo mis manos para que me las cogiera y ayudarle a levantarse.

Agarrado fuertemente a mis manos, se fue levantando lentamente, con mucho miedo. Ese miedo pude verlo en sus ojos, que no dejaron de mirar a los míos en ningún momento. No era miedo a caerse, de eso estaba segura; era miedo a no poder sostenerse, a darse cuenta de que, aunque podía mover las piernas, no sería capaz de mantenerse en pie ni un segundo. Pero si se lo había pedido era porque estaba más que preparado para dar ese paso; de lo contrario, nunca me habría arriesgado a que pudiera pasarle algo malo.

Cuando por fin estuvo en pie, le solté las manos y vi el terror reflejado en su mirada al sentir que lo dejaba solo. Cogí un balón, lo puse entre sus manos y, con un asentimiento tranquilo, le pedí que empezara a lanzar. Cerró los ojos y cogió aire antes de hacerlo, como si necesitara reunir todo su valor en una sola respiración.

# Capítulo 18

**Bruno**

Muerto de miedo, así estaba en el momento en que Abril me ofreció sus manos para que me agarrara y, con su ayuda, pudiera levantarme. Pero muy despacio y con mucha cautela lo conseguí. Lo que sentí al estar otra vez en pie no os lo podría describir con palabras, porque fue más que maravilloso, fue la mejor sensación del mundo. Por fin, después de mucho tiempo, vi la luz asomando al final del túnel, que sí, que durante los dos últimos meses había avanzado mucho, pero aún no me había levantado, que era lo que más deseaba. Era el paso final para recuperar mi vida. Poder jugar lo era todo para mí y en poco tiempo lo iba a poder volver a hacer, y encima en uno de los mejores equipos del mundo.

Abril me pasó el balón y, sin decirme nada con palabras, esas que en muchas ocasiones ya no eran necesarias entre nosotros porque con la mirada nos lo decíamos todo, me dijo: «Venga, tú puedes, yo confío en ti, hazlo». Esas palabras fueron el último empujón que necesitaba para hacerlo.

El silencio que nos rodeaba era abrumador. Era un silencio distinto al que había en mi cabeza cuando jugaba los partidos. En una cancha real, cuando jugaba, me concentraba tanto que todo lo demás a mi alrededor desaparecía. No oía a los aficionados chillar animando, ni a mis compañeros hablar entre ellos, ni a los rivales maldecir. Solo oía en mi cabeza el bote del balón, que para mí era uno de mis sonidos favoritos del mundo.

Me puse en posición, colocando los pies como siempre hacía cuando lanzaba tiros libres, y levanté mis manos con el balón en ellas, ese que desde ya ni recordaba cuándo se había convertido en una extensión más de mi cuerpo. Miré la canasta, respiré hondo, cerré los ojos y, sin pensármelo, lancé como había hecho miles de veces a lo largo de mi vida. Los abrí justo a tiempo para ver cómo el balón entraba en la canasta sin rozar ni el aro. Abril me pasó el segundo y el tercer balón, con los que hice exactamente lo mismo.

Cuando el tercer balón cayó al suelo, ese silencio que hasta entonces nos había rodeado, porque ni siquiera nuestras respiraciones oía, ya que los dos las estuvimos conteniendo mientras lanzaba, fue interrumpido por gritos, silbidos, aplausos y sollozos.

Al girarme para ver de dónde venían todos esos sonidos, me tambaleé un poco, pero Abril, que no había dejado de vigilarme como un halcón, se movió rápido hacia mí y me sujetó por la cintura. Mi brazo, por instinto, le rodeó los hombros para apoyarme en ella y sentirme más seguro.

Los dos giramos la cabeza del todo y allí estaban nuestras familias, celebrando mi pequeño triunfo como si hubiera ganado un anillo, ese que tenía pensado conseguir el próximo año, dando lo máximo de mí.

Mi padre y mi madre lloraban abrazados, riéndose al mismo tiempo al verme en pie por fin. Yo lo había pasado mal, pero ellos, como padres, muchísimo más, no solo por el estado en el que me había quedado, sino por la incertidumbre y el mal rato que pasaron el día del accidente sin saber durante muchas horas si su hijo pequeño iba a salir de aquel hospital con vida. Simón, a su lado, no dejaba de aplaudir con la cara llena también de lágrimas, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Y, como no, los que más jaleo estaban armando eran Lucas y Nora, que silbaban a la vez que, con las manos en alto, aplaudían sin parar, haciendo movimientos con sus cuerpos, chocando sus caderas en un baile improvisado.

—Tienes unos fans que te adoran —me susurró Abril al oído, dejándome de paso un beso en el cuello.

—Yo te adoro a ti, esto ha sido gracias a ti. No tendré vida para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí —le dije antes de acercar mi cara a la suya para besarla con pasión.

Al vernos besarnos, los vítores y los aplausos aumentaron, haciéndonos reír tanto que tuvimos que romper el beso.

—Yo solo te he enseñado el camino; has sido tú el que elegiste recorrerlo, poniendo todo tu esfuerzo para conseguirlo. Estoy muy orgullosa de ti. —La caricia que me dio en la cara y la mirada llena de amor con la que me miró mientras me hablaba me gustaron más que cualquier palabra que en esos momentos saliera de su boca.

—Siéntate ya, por favor. Para ser la primera vez, ya está bien. Cada vez que te levantes, siempre con alguien a tu lado, a ser posible que sea yo, para controlar si todo va bien. Será más tiempo que la anterior. Y dentro de unos días, cuando ya estés seguro en posición vertical, empezaremos a andar.

Me ayudó a sentarme en la silla y ella misma me llevó hasta donde estaban los demás, que seguían celebrando, no mis tres canastas, esas habían sido lo de menos, sino el verme en pie otra vez.

Los primeros en rodearme con sus brazos fueron mis padres, sobre todo mi madre, que no había dejado de llorar en ningún momento. Solo me soltó para ir corriendo a los brazos de Abril y, dándole cientos de besos en la cara, le repitió una y otra vez la palabra gracias. Mi padre, cuando consiguió que la soltara, hizo lo mismo. Abril, por más que les repitió que ella solo me había mostrado la manera de hacerlo, pero que todo el mérito era mío por el esfuerzo y las ganas que le había puesto, no les hizo desistir en su empeño de agradecérselo una y otra vez, diciéndole que no solo era una enfermera para mí, sino mi salvadora. Y cuánta razón tenían, porque yo pensaba lo mismo.

—Muchacho, hoy has dado el primer paso para volver a las canchas. Vas a hacer historia, estoy seguro de ello. Enhorabuena por este pequeño triunfo. —La sinceridad y el cariño con los que Simón me dijo esas palabras hicieron que me emocionara más de lo que ya estaba y acabé soltando alguna lagrimilla en sus brazos cuando me rodeó con ellos, dándome palmaditas en la espalda.

—Hermano, qué ganas tenía de verte en pie. Ya estaba cansado de mirar para abajo siempre para hablarte. He estado a punto de pedirle a tu chica que me diera un masaje en el cuello y todo, pensando que acabaría como Quasimodo. —Lucas, como siempre hacía en todas las situaciones, sobre todo en las que todo se ponía muy intenso, puso su toque de humor, que nos hizo reír a todos. Pero de todo lo que dijo, lo que hizo que me recorriera un escalofrío, pero de los buenos, por todo el cuerpo, fueron las palabras «tu chica».

—Bruno, te presento a Nora, mi hermana de corazón —me dijo Abril, señalando a su amiga, que se la veía encantada al lado de mi hermano, al que miraba de una manera muy especial, igual que él a ella.

—Tú no necesitas presentación. Con las veces que he oído a Simón y a Abril hablar de ti, es como si ya te conociera desde hace años. —Se agachó para darme un abrazo y dos besos, bajo la atenta mirada de Lucas, que no le quitaba ojo. Cuando se retiró, le miré interrogándole con la mirada y simplemente se encogió de hombros y sonrió. Con eso me lo dijo todo: estaba pillado por esa mujer hasta el tuétano.

—Vamos a dejar el equipaje y a ponernos cómodos. Vosotros tenéis que pasar por el gimnasio todavía, ¿no? —nos preguntó mi hermano.

—Sí, después del esfuerzo quiero que haga unos ejercicios, pero será muy breve. Luego le daré un pequeño masaje de quince minutos y a la ducha. Así que calculo que en poco más de una hora habremos terminado con todo y nos uniremos a vosotros.

La explicación de Abril hizo que todos asintieran con la cabeza, sonriendo, y se marcharan con el equipaje a las habitaciones que ya María les había dejado preparadas. Vimos cómo, al llegar al pasillo donde estaban, mi madre y mi padre entraban en la que siempre utilizaban cuando venían. Simón, en la que anteriormente había sido de Abril y que dejó vacía cuando se mudó a la mía. Pero lo que nos dejó con la boca abierta fue que cuando Lucas llegó a la suya, la abrió y, cogiendo a Nora de la mano, la metió dentro con él.

—Tu hermano no pierde el tiempo —me dijo Abril antes de soltar una carcajada.

—Y tu amiga no le ha dejado que lo pierda —le contesté soltando otra carcajada también.

—Venga, vamos a currar, señor estrella de la cancha —me dijo revolviéndome el pelo para hacerme rabiar, porque sabía que era una cosa que no me gustaba nada.

Nos fuimos al gimnasio y, como Abril les había dicho a los demás, apenas estuvimos tiempo allí. Solo hicimos tres ejercicios de pesas en las piernas y otro con los brazos. Mientras los realizábamos, no dejé de mirar de reojo las dos barras que Abril le había pedido a Lucas que instalaran, donde empezaría a dar mis primeros pasos. Tenía tantas ganas que no veía la hora de que llegara el momento de usarlas. Mi chica, al ver que no dejaba de mirarlas, me dijo, para que me quedara tranquilo, que antes del siguiente fin de semana las estrenaríamos. El masaje de ese día fue un poco más intenso que el resto de los días, centrándose más en mis piernas que en el resto del cuerpo.

—Creo que necesito un masaje intenso en otra parte, porque mi músculo está muy tenso —le dije bromeando nada más entrar en la ducha, señalando mi miembro, que estaba durísimo, algo que siempre me pasaba en cuanto la tenía muy cerca y, sobre todo, desnuda.

—¿De verdad? Pues eso, como tu enfermera particular que soy, no lo puedo consentir. Tendré que emplearme a fondo —me dijo arrodillándose entre mis piernas, dejándome totalmente sorprendido, porque era algo que no había hecho nunca.

—¿Qué haces? —la respuesta que obtuve por su parte me hizo agarrarme fuerte a las barras que tenía la silla y soltar un gruñido.

Abril recorrió con su lengua todo mi miembro de arriba abajo mientras, con una mano, empezó a masajearme los testículos con absoluta destreza. Después de varias pasadas con sus labios, empezó a succionarme la punta como si fuera el mejor helado del mundo. Cuando ya me tenía en el punto

máximo de excitación, se la metió entera en la boca y empezó a mover la cabeza adelante y atrás, dándome un placer que no había sentido en la vida. Agarré su pelo, que lo llevaba recogido en una coleta, para ayudarla a marcar el ritmo perfecto.

—Para, por favor —le pedí jadeando, a punto de correrme—. Quiero acabar dentro de ti.

Abril retiró su boca y, mirándome con cara de pilla, se relamió los labios, encendiéndome más de lo que ya estaba. Se levantó del suelo y, en vez de ponerse a horcajadas sobre mí, como todas las veces anteriores que lo habíamos hecho en la ducha, que no habían sido pocas, se dio la vuelta, dándome la espalda, y se sentó encima de mí, pegando su espalda a mi pecho a la vez que guiaba mi miembro dentro de ella. Mis manos se fueron directamente a masajear sus tetas mientras besaba y mordía su cuello. El movimiento de sus caderas, adelante y atrás, lo fue intercalando con otros en los que subía y bajaba, dejándose caer para que mi polla la llenara por completo, llegando bien al fondo. Noté cómo sus jadeos aumentaron, y eso quería decir que su orgasmo estaba tan cerca como el mío. Bajé una de mis manos hasta su vagina y empecé a masajearle el clítoris, haciéndola jadear todavía más fuerte. Volvió la cabeza para atrapar mi boca segundos antes de que los dos tuviéramos un orgasmo de lo más intenso.

—Cada vez se nos da mejor esto. Verás cuando esté recuperado del todo, te voy a follar de todas las maneras posibles —le dije antes de volver a besarla con intensidad.

—Espero que cumplas con esas palabras, porque estoy deseando que lo hagas —me contestó cuando terminamos el beso.

—Ni te imaginas todas las cosas que tengo en mente hacerte, incluida explorar esta parte en la que me muero de ganas de entrar. —Pasé un par de dedos por su puerta trasera. Vi cómo su respiración volvió a acelerarse solo de pensarlo. A mí me pasó igual solo de imaginarlo; volví a ponerme duro de nuevo, así que la hice girarse para que me mirara a la cara mientras teníamos el segundo asalto del día.

# Capítulo 19

**Abril**

El fin de semana todos juntos fue insuperable. Hubo risas, muchas charlas, pero sobre todo una complicidad entre todos que era difícil de encontrar. El tiempo acompañó y acabamos todos varias veces metidos en la piscina. Incluso Nora, Lucas y yo fuimos un rato a la playa mientras Bruno se quedaba con nuestros padres disfrutando en el jardín.

Ver a mi padre fuera de su elemento y de su rutina, disfrutando como un niño pequeño, hablando sobre todo de baloncesto con Bruno, que no es que le siguiera el rollo, es que disfrutó igual o más que él.

Como Bruno y yo supusimos al ver entrar a Nora en la habitación de Lucas, entre los dos había surgido algo muy bonito, que esperaba de todo corazón que siguiera adelante. Por el momento, Lucas ya le había dicho a Bruno que se iría unos días a Barcelona y que seguiría llevando las cosas desde allí. Todos entendimos que lo hacía para estar cerca de Nora y nos pareció fantástico.

Estábamos dando el cierre al fin de semana con una comida en el jardín. Camila había preparado para todos una paella que estaba para chuparse los dedos y mi padre había preparado de postre una tarta de queso que le quedaba de muerte. Estábamos terminando cuando a Lucas le sonó el teléfono y se excusó diciendo que era importante y que tenía que contestar. Se apartó de todos y, por las caras que ponía mientras hablaba, supusimos que no era nada

bueno. Yo recé todo lo que supe para que no fuera que los del equipo de la NBA se hubieran echado atrás. Eso hundiría a Bruno y, ahora que ya estaba fuera del pozo donde había estado metido tantos meses, sería volver al inicio, cuando estaba tan deprimido.

Todos estuvimos expectantes, sin quitar ojo a Lucas, en total silencio, hasta que colgó el teléfono y se acercó otra vez a la mesa, con gesto preocupado.

—Suéltalo ya, porque estoy a punto de que me dé un infarto, joder —le pidió Bruno a su hermano nada más sentarse.

—Eran los directivos de Oklahoma. Quieren que des una rueda de prensa en la que cuentes la verdad de lo que te ha pasado. Dicen que si, una vez jugando, se filtrara por cualquier motivo tu retirada de estos meses y la prensa descubriera que hemos mentido sobre el origen de tus lesiones, sería muy mala prensa.

»Eso te perjudicaría a ti, a tus futuros contratos de publicidad y, por supuesto, también a la imagen del equipo —nos explicó Lucas a todos, sin apartar la mirada de su hermano, que se había quedado completamente blanco por la impresión.

—Es entendible. Si más adelante se supiera todo, ya sabéis cómo son los carroñeros de la prensa. Empezarían a inventar mil historias que perjudicarían tu imagen, dejándote de mentiroso, y eso repercutiría en el equipo por taparte. —El razonamiento de Felipe era totalmente cierto.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Felipe. No sería la primera vez que hunden a un jugador dándole mala prensa —añadió mi padre.

—¿Estás bien? —le pregunté susurrando a Bruno, agarrándole la mano por debajo de la mesa y apretándosela para que supiera que estaba allí con él.

—No… —me contestó susurrando también.

—¿Qué propones, Lucas? —le preguntó su madre al ver que Bruno no decía ni mu.

—Que lo hagamos, pero sin entrar en muchos detalles. Es lo mejor para la imagen de Bruno, que, además, ahora mismo no está del todo bien después de lo que pasó con Paula. Se le ha tachado de dejarla de lado, de no acompañarla a los sitios y de no apoyarla en su carrera.

»No estaría de más que se supiera el motivo real por el que no la ha acompañado. Ninguno de los dos ha hecho ninguna declaración ni ha anunciado oficialmente que ya no están juntos, así que, para todo el mundo, siguen siendo pareja. —Eso último lo dijo frunciendo el ceño y mirándome de reojo.

Todos en la mesa lo entendimos perfectamente. Si no había una declaración en firme de que habían roto hacía ya meses, ahora no podíamos permitir que nadie viera que Bruno y yo estábamos juntos, porque le tacharían de infiel. Eso sería todavía más perjudicial para su imagen y nada conveniente, ya que a su nuevo equipo no le gustaría que sus noticias estuvieran relacionadas con su vida personal y no con su juego y su incorporación por todo lo alto al equipo.

—No quiero tener que esconderte —me dijo Bruno muy serio al entender las palabras de su hermano.

—Lo primero es tu imagen, lo demás vendrá después —le contesté sonriéndole, aunque por dentro estuviera muerta de miedo por lo que pudiera pasar.

—Así es. De momento tendréis que esperar un poco para dejaros ver juntos. Antes hay que hablar con Paula para acordar cómo lo vais a hacer para anunciar la ruptura y también tendréis que poneros de acuerdo en la versión que deis —le dijo Lucas a Bruno, que resopló, dejando claro que no le apetecía nada tener que hacerlo.

—La llamaré para que venga. Es mejor llevarlo todo preparado y no improvisar. Espero que colabore. Fue ella la que quiso dejarlo, así que supongo que no creo que ponga ninguna pega.

—No tengo yo eso tan claro —me dijo Nora al oído para que nadie más la oyera.

Asentí dándole la razón, porque algo dentro de mí me decía que las cosas se iban a torcer y la que saldría perdiendo iba a ser yo. Esperaba equivocarme, pero si Nora pensaba igual, por algo sería.

—Bien, ¿necesitas que esté en la charla para guiaros sobre qué sería lo mejor que pudierais decir? —Estaba claro que por alguna razón Lucas no estaba muy convencido de que lo que acordaran sería lo mejor, de ahí la pregunta a su hermano.

—No, puedo apañarme bien —le contestó.

Con esa contestación se zanjó la conversación y mi padre, que era el de más rango de edad de los que estábamos allí, como decía el refrán, que sabe el diablo más por viejo que por diablo, cambió de tema radicalmente, preguntándole a Felipe algo de una serie que los dos habían visto, para intentar aligerar el mal ambiente que se había creado en la mesa.

Dos horas más tarde, todos, maletas en mano, estaban en la puerta listos para partir al aeropuerto. Menos mal que Lucas había alquilado un coche de siete plazas con buen maletero para meter todo; si no hubiera sido imposible ir todos juntos.

—Llámame cuantas veces necesites, no dudes, solo hazlo, ¿vale? —Esas palabras vinieron por parte de mi padre, que me las susurró al oído e hicieron que se me llenaran los ojos de lágrimas. Siempre sabía cuándo estaba mal, aunque sonriera para disimularlo. Pero nunca me presionaba, me daba mi espacio para que fuera yo la que diera el primer paso y le contara cómo me sentía o qué era lo que me preocupaba.

—Lo haré. Cuídate, papá, te quiero —le dije aguantando las lágrimas con la cabeza en su cuello mientras me abrazaba bien fuerte, para que supiera que siempre sería mi ancla.

—Yo también te quiero más que a nada, ya lo sabes. No seas muy dura con él, se le viene encima un panorama muy feo —me dijo refiriéndose a todo el problema de Bruno.

—Lo sé —le contesté, y asintió con la cabeza antes de darme un último beso en el pelo y montarse en el coche.

Llegó el turno de Nora, que solo con mirarme a los ojos ya me dijo todo lo que necesitaba oír sin palabras. Las dos siempre nos entendimos a la perfección y esa vez no iba a ser menos.

—No le dejes escapar —le dije mientras la abrazaba, refiriéndome a Lucas.

—No lo haré. Es él, Abril. El hombre que llevo toda la vida esperando. Me lo dice mi corazón —me contestó con una sonrisa en la cara que deslumbraba, esa que tienen todas las personas enamoradas cuando hablan de su pareja.

—Tú también eres la mujer a la que él estaba predestinado, solo hay que ver cómo te mira.

—Las cosas se van a poner difíciles, pero tú eres fuerte, así que aguanta. Y si ves que vas a caer, llámame. Mi mano para sostenerte siempre está para ti —me dijo dándome un último abrazo.

—Niña, cuídate y cuídanos a nuestro chico. Ahora te va a necesitar más que nunca. —Esa fue la petición de Camila, que se marchaba con una sonrisa en la cara, pero con la mirada llena de preocupación.

—No te lo quise decir el día que nos vimos por primera vez porque me hubieras tachado de loco, pero ya sabía lo que iba a pasar en cuanto mi hijo y tú os vierais. Estáis hechos el uno para el otro, así que te lo digo ahora: bienvenida a la familia. —Felipe, otro que su edad le hacía sabio como a mi padre. Bueno, más que la edad, eran todas las cosas que habían vivido y visto a lo largo de su vida.

Todos se despidieron también diciéndole palabras de ánimo a Bruno, recordándole que estaban ahí para él. Sobre todo su hermano, que le dejó bien claro que no dudara en llamarle, fuera la hora que fuera, y que le tuviera al tanto de todo el tema de Paula cuando hablara con ella para preparar la rueda de prensa, que sería no antes de dos semanas, porque Bruno quería ir andando, aunque fuera con muletas.

# Capítulo 20

**Bruno**

Una semana había pasado desde que todos se marcharon después de pasar un fin de semana espectacular. Siete días desde que mi hermano soltó la bomba en la comida de lo que el equipo me pedía que hiciera, algo que, después de pensarlo con detenimiento y gracias a los consejos de Abril, que me estaba apoyando en todos los sentidos, me convencí de que era lo mejor para limpiar mi imagen y empezar en mi nuevo equipo con toda la verdad al descubierto.

Al día siguiente de que mi hermano me dijera que tenía que hablar con Paula para ponernos de acuerdo en qué decir en la rueda de prensa, la llamé y le pedí que viniera en cuanto pudiera. Necesitábamos hablar de algo importante, cara a cara, sin intermediarios ni malentendidos. Por sus compromisos laborales no podía venir a Ibiza hasta el fin de semana, pero ese llegó antes de lo que esperaba y, de repente, ya era sábado y ella estaría en mi casa al mediodía.

Si Paula no hubiera sido famosa, todo habría sido mucho más sencillo. Me habría plantado yo solo delante de los periodistas, habría respondido a sus preguntas y me habría preparado el discurso sin depender de nadie más. Pero no era así. De esa manera tendríamos que hacer la rueda de prensa conjunta para explicar nuestra ruptura, y yo tenía claro lo que quería proponerle: decir que había sido una decisión tomada de mutuo acuerdo, una separación tranquila, sin reproches ni guerras públicas.

Y, en el fondo, no era una mentira. No distaba tanto de la realidad. Sí, habíamos discutido por aquellas fotos en las que aparecía con ese chico, pero más allá de eso no hubo grandes enfrentamientos ni escenas dignas de un drama. Paula decidió dejarme porque no pudo con la presión de lo que me había pasado, con todo lo que vino después del accidente. Y yo… yo estaba tan hundido, tan atrapado en mi propia desgracia, que no tuve fuerzas para luchar y pedirle que se quedara a mi lado.

Esa semana había avanzado muchísimo en mi recuperación. Ya era capaz de levantarme solo, sin ayuda, y estar varios minutos de pie sin tambalearme ni cansarme. Con ayuda de Abril, al ver lo bien que iba todo, había usado ya las barras del gimnasio, dando bastantes pasos sin esfuerzo, aunque ella, como la buena profesional que era, no me dejaba forzar, porque notaba en mi mirada que quería más y más cada día. No se puede correr antes de empezar a andar, me repetía una y otra vez cuando me notaba ansioso.

—Bruno, he hablado con Nora y me ha dicho que lleva en casa de tu hermano desde que se fueron de aquí. Estos, en nada, nos dicen que se casan, vaya velocidad que llevan —me dijo saliendo al jardín, donde estaba sentado mirando en el portátil todas las noticias que habían saltado ese día, que no eran pocas, mientras me tomaba el desayuno. Abril se sentó a mi lado para empezar con el suyo también.

No sabíamos cómo o quién lo había filtrado a la prensa, pero el día anterior había saltado la noticia de mi fichaje en la NBA y todos los medios estaban revolucionados, esperando que yo me pronunciara y lo confirmara de alguna manera. Acababa de hablar con Lucas, que me había aconsejado que hiciéramos una sola rueda de prensa en la que confirmara mi fichaje, que sería todo un bombazo, a la vez que también hablaría de mi ruptura con Paula, quedando esa noticia en segundo plano, cosa que nos venía muy bien a todos.

Le pedí a mi hermano que preparara todo para el miércoles o el jueves a más tardar. No podíamos demorarlo más y cuanto antes lo hiciéramos, mejor para todos.

—Lo sé —le contesté riéndome y muy feliz por mi hermano—. Acabo de hablar con él y me lo ha dicho. Y lo de la boda no lo descarto; mi hermano está enamorado hasta la médula de Nora.

—¿Qué dicen? —me preguntó señalando el portátil, preocupada.

—Léelo tú misma. —Giré el portátil para que lo viera. En todas las portadas digitales, tanto deportivas como de otros espacios, salía mi foto en portada, haciendo miles de especulaciones.

—Madre mía, el día de la rueda de prensa va a ser una locura —dijo mirándome con cara de horror.

—Lo sé, menos mal que iremos con el discurso del fichaje preparado, que será de lo que hablemos primero. Lucas me ha dicho que es lo mejor. Al acabar con eso entrará Paula y hablaremos de la ruptura, que según él quedará en segundo plano al haber hablado de lo otro antes —le expliqué lo que me había dicho Lucas y con lo que yo estaba totalmente de acuerdo.

—Es una buena idea, muchos estarán tan emocionados con lo primero que darán menos importancia a lo segundo. —Que ella estuviera de acuerdo me dejaba también más tranquilo.

—Termina de leer si quieres, voy a recoger todo esto —dijo señalando los restos del desayuno que habían quedado en la mesa— y cuando acabe nos ponemos con la rutina.

—No quiero mirar más, todos dicen lo mismo. Hablan y especulan sin tener ni idea —le contesté cerrando el portátil y apartándolo a un lado.

Ayudé a Abril a recoger todo y de allí nos fuimos a la cancha de baloncesto, que como siempre era nuestra primera parada del día. Desde el día que nuestra familia estaba presente, ya todos los ejercicios allí los hacía estando de pie, siempre sin moverme; lo de saltar aún tardaría unos días más en llegar.

Lo siguiente fue nadar. Era uno de los ejercicios que Abril había puesto como imprescindibles; según ella, me ayudaba muchísimo a mover todos los músculos a la vez y a fortalecer aún más, sobre todo, los de mis piernas. Y tenía razón, porque desde que lo había hecho notaba mucha más fuerza en ellas.

El masaje me lo dio allí mismo, en el jardín, tumbado en una hamaca, y después pasamos por la ducha, y no solo para quitarnos el cloro de la piscina, sino para dejar que la pasión nos arrastrara en un encuentro de lo más excitante. Ese día, y por primera vez desde que estábamos juntos, la tomé por detrás, estando yo de pie y ella apoyada en los azulejos con las manos, mientras yo la cogía de las caderas para bombear dentro de ella de una manera frenética, sin darle descanso ni descansarme yo, hasta que los dos llegamos al orgasmo juntos.

—¿Qué hacemos hoy de comida? ¿Tienes pensado algo? —le pregunté una vez que entramos en la cocina, ya duchados y vestidos con ropa fresca y cómoda.

A María le había dado vacaciones todo el mes de agosto para que disfrutara de estar con su hija, que era cuando ella cogía vacaciones. Por eso estábamos haciendo nosotros todas las comidas y encargándonos de la casa; bueno, yo en la medida en que mi condición me dejaba, pero la verdad es que nos estábamos apañando bien. Abril y yo hacíamos buen equipo en todos los sentidos.

—¿Qué te parece ensaladilla? —me preguntó, empezando a sacar los ingredientes del frigorífico.

—Sí, me encanta la ensaladilla. —Y era verdad, era una de mis comidas favoritas; si por mí fuera, la comería todos los días. Pero claro, Abril me dejaba darme algún capricho de vez en cuando, pero con eso de que la dieta tenía que ser variada, no cedía.

—Lo sé, si por ti fuera la comerías todos los días —me contestó poniendo los ojos en blanco.

—Oye, Paula llegará antes de comer, ¿no? ¿A ella le gusta esto o le hacemos otra cosa? —me preguntó con los ingredientes en la mano, indecisa.

—Sí que le gusta, lo que no sé es si lo comerá, porque ella lleva su propia dieta para mantener la línea. Si no lo quiere, pues ahí tiene el frigorífico lleno, que se haga lo que quiera.

No creáis que lo que había dicho lo decía por decir. Lo decía porque el tema de la comida y Paula me tocaba mucho los cojones. Era una pesada de campeonato, siempre protestando por todo. Cuando estábamos juntos e íbamos a casa de mis padres o a la de Lucas a comer, nunca le apetecía lo que había y mi madre tenía que ponerse a hacerle otra cosa. Que eso pase una vez, vale; pero siempre… eso ya no era ni medio normal.

Y en casa de Lucas ya ni os cuento. De las pocas veces que habíamos ido, en dos ocasiones se había levantado de la mesa sin probar bocado porque mi hermano se había negado a ponerse a hacerle algo distinto. Aquello generaba un ambiente incómodo que nadie sabía muy bien cómo manejar. Que no fuéramos muchas veces a casa de mi hermano, o que quedáramos menos con él para tomar algo o salir con nuestro grupo de amigos —que era el mismo—, no era casualidad.

Desde el primer momento en que se conocieron no cuajaron, y así siguieron durante años. No es que discutieran ni que no se soportaran, porque eso no sería cierto, pero tenían maneras muy distintas de ver las cosas y chocaban con facilidad. Mi hermano, que siempre ha sido el más prudente y que no quería crear conflictos en los que yo quedara en medio, era el que acababa poniendo excusas cuando salía algún plan para todos… y así evitaba problemas.

—¿Estás seguro? No me importa hacer otra cosa si esto no lo come. —Sí es que mi chica tenía un corazón de oro, a ver cuántas mujeres había por ahí a las que no les importara cocinar para la ex de su pareja; pocas, ya os lo digo yo.

—Segurísimo, yo quiero ensaladilla —le dije acercándome a la mesa para ayudarla a cortar las patatas en dados, que ya habíamos cocido la noche anterior. Abril asintió y se puso a mi lado a picar en un bol el resto de las cosas.

Pasamos un rato estupendo entre risas y besos mientras hacíamos la comida. Al terminar de picar todo lo de la ensaladilla y como era pronto, decidimos preparar algo rico de postre que no fuera una bomba de calorías, que a ninguno nos venía bien. Nos decidimos por algo sencillo pero delicioso: arroz con leche, que nos quedó de lujo.

# Capítulo 21

**Abril**

Estábamos sentados en la isla de la cocina hablando de los ejercicios que tenía pensados para los siguientes días cuando el timbre de la puerta nos interrumpió. Solo esperábamos a una persona, así que no podía ser otra que Paula. Bruno hizo el amago de girar la silla para abrir él mismo, pero le pedí con la mano que no se moviera y fui yo misma a abrir.

Al abrir la puerta me quedé con la boca abierta. Una cosa era verla en las revistas o en las plataformas digitales y otra muy distinta era verla en vivo y en directo. Cualquiera que tuviera a esa mujer delante no podría describirla de otra manera: era una auténtica diosa. Guapa a rabiar y con un cuerpo para que cualquier hombre o mujer se partiera el cuello al mirarla cuando pasara a su lado. Tenía el pelo largo y rizado, que le llegaba casi a la altura del trasero, pero lo mejor era el color, un rubio con reflejos dorados que parecía un campo de trigo. Sus ojos, rodeados de unas largas pestañas, eran de color negro, y el contraste con su pelo los hacía todavía más especiales por el brillo que tenían. Y del cuerpo ya no os digo nada. Que el mío no es que estuviera mal, porque no lo estaba, pero al lado del suyo no tenía ni punto de comparación.

Le di un repaso de arriba abajo y me fijé con detalle en la ropa que llevaba, incluidos los complementos, además de los zapatos con un tacón que daban miedo de lo altos que eran. Sabía que no era una mujer alta por lo que había visto siempre en las revistas, pero con esos taconazos estaba a la par conmigo en altura, y yo baja no era. Pensé en cómo se vestiría para ir a una gala si a

diario usaba esa ropa, porque madre mía, o venía directamente de un pase de modelos o siempre iba como si andar por la calle para ella también fuera un desfile. El vestido que llevaba no dejaba nada a la imaginación. Estaba hecho para provocar. El escote, hasta casi el ombligo, dejaba ver perfectamente que no llevaba sujetador, y del largo del vestido mejor ni hablar, porque parecía más un cinturón ancho que otra cosa. Tendría que sentarse muy despacio y con maña si no quería que se le vieran las bragas, eso suponiendo que las llevara, cosa de la que tenía serias dudas.

Ver el modo en el que se había presentado, vestida así, me dejó claro que lo que venía buscando no era hablar y dar un cerrojazo a su relación con Bruno. Venía vestida para provocar, para dejarse ver, para tentar. Vamos, lo que viene siendo y que entre amigas se suele decir cuando sales una noche vestida para matar, arrasar y cazar.

La mirada que me dedicó en cuanto me vio al abrir la puerta no me gustó nada. Me miró como si yo fuera un insecto insignificante que, si abría la boca y a la señora no le gustaba lo que dijera, me aplastaría de un solo manotazo. Me retiré a un lado, con la mano aún en la puerta, para dejarla pasar, y ella, como la diva que se creía que era, entró y, con un movimiento de melena, me dio en la cara con su pelo, pasando de largo sin ni siquiera presentarse ni decir hola o buenos días, arrastrando la maleta que llevaba, con la cabeza bien alta y con un movimiento exagerado de caderas que me hizo poner los ojos en blanco.

Seguí el sonido de sus tacones, que resonaban con fuerza a cada paso que daba en dirección a la habitación de Bruno, donde pensaría que estaba acostado.

—Está en la cocina —le dije al ver que iba a entrar en la habitación.

El día antes, Bruno y yo habíamos hablado largo y tendido de nuestra situación, llegando a la conclusión de que lo mejor, de momento, era ocultarle a todo el mundo, incluida Paula, nuestra relación. Por eso esa misma mañana, para que cuando ella llegara no sospechara nada, había sacado de la habitación de Bruno todas mis cosas y las había llevado a la habitación de invitados que Lucas me dio el primer día.

—Ahora iré, primero voy a dejar la maleta en la habitación —me contestó sin mirarme, antes de abrir la puerta de la habitación de Bruno y, arrastrando la maleta, meterse dentro como si fuera la dueña del lugar.

Su actitud me hizo fruncir el ceño y sentir cómo algo malo se me instalaba en la boca del estómago. Que entrara en la habitación de Bruno era toda una declaración de intenciones. Si tenía pensado dormir con él esa noche era porque algo buscaba, ya que era la única que se quedaría. Así lo habían hablado entre ellos, porque no había vuelos libres ese día y tomaría uno de vuelta a Barcelona que salía al día siguiente a media mañana. Una mujer que ha dejado a su pareja y, al parecer, está contenta con su nueva vida no se presenta de esa guisa en su casa ni mucho menos tiene pensado compartir cama con él si no es con unas claras intenciones. Eso hasta un ciego lo podría ver.

Dejé allí a Paula y me di la vuelta para volver a la cocina. Nada más entrar, Bruno me notó en la cara que algo me pasaba.

—Abril, ¿qué ocurre? ¿Dónde está Paula? —me preguntó preocupado, aunque no supe si esa preocupación era por mí o por ella, porque no pude leer bien sus ojos como hacía siempre.

—Está en tu habitación dejando sus cosas de la maleta que traía —le contesté antes de sentarme en la silla que estaba ocupando antes de levantarme a abrir a la señora te miro por encima del hombro porque quiero y puedo.

—¿Cómo? Pero… no entiendo nada —me dijo balbuceando.

—Pues si no lo entiendes tú, que la conoces, no voy a hacerlo yo, que es la primera vez en mi vida que la veo. Y espero que la última —dije en mi cabeza, solo para mí.

Bruno iba a contestarme algo, pero se quedó con las palabras dentro porque en ese momento hizo su entrada triunfal Paula, con su taconeo y sus movimientos de caderas. Se acercó muy sonriente hasta Bruno y él, antes de que llegara a su altura, se puso en pie sin esfuerzo para recibirla con un abrazo que duró más de lo estrictamente necesario por parte de los dos. Aparté la

mirada de ellos porque, como decía el refrán, ojos que no ven, corazón que no siente. Una mierda muy grande de refrán, porque aunque no lo vieras, si sabías que estaba pasando sufrías igual.

—Pero mírate, estás fabuloso. Ya estás otra vez en pie y además más guapo que nunca. —La forma melosa de decirlo mientras le acariciaba la cara y los brazos me dio ganas de vomitar.

—Eso es gracias a ella, que me ha hecho trabajar muy duro para conseguir que me recuperara —le dijo señalándome con la cabeza—. Ella es Abril, mi enfermera. Abril, esta es Paula.

—Encantada —le dije por educación, esa que en ella brillaba por su ausencia, porque ni me contestó; solo hizo un leve gesto con la cabeza.

—¿Comemos mientras hablamos, te parece bien? —le preguntó Bruno volviendo a sentarse al ver que yo empezaba a sacar los platos. Solíamos llevar una rutina y comíamos todos los días más o menos a la misma hora, y ese día ya era más tarde de lo habitual.

—Claro, pero vamos los dos a comer al jardín. Lo que tenemos que tratar es privado y, aunque tengas confianza con tu enfermera, no creo que ella tenga que estar presente en nuestras conversaciones, porque eso es algo que solo nos incumbe a nosotros. —Ese último *nosotros* lo remarcó bien, mirándome.

—Tranquilos, comeré en mi habitación para no molestaros —le dije, cogiendo un plato y llenándomelo de ensaladilla, esa que seguramente se quedaría allí porque se me había cerrado el estómago de la mala hostia que me estaba entrando—. Si necesitáis algo ya sabéis dónde estoy. Que os aproveche.

Me di la vuelta sin decir nada más y me fui a mi habitación echando humo por las orejas.

Como predije, apenas probé el plato de comida. Oírlos hablar y reír desde allí se llevó la poca hambre que tenía. No quería hacerme más mala sangre, así que me tumbé en la cama con mis cascos de música puestos y cerré los ojos.

Llevaba unos días más cansada de lo normal, seguramente por las altas temperaturas de los últimos días, así que me vendría bien descansar.

Al abrir los ojos y fijarme en el reloj, me los tuve que frotar varias veces; no di crédito a lo que veía. Había dormido más de dos horas. Eso sí, mi cuerpo estaba totalmente descansado. Me quité los cascos, en los que seguía sonando música, y me quedé escuchando, pero no se oía absolutamente nada. Pasé por el baño para lavarme la cara y despejarme del todo antes de salir de la habitación para ver si la «parejita» ya había terminado de hablar.

Lo que vi al salir al jardín hizo que casi me sangraran los ojos. Dentro de la piscina estaban Bruno y Paula charlando tan tranquilos y en actitud muy cómplice. Pero lo peor de toda esa escena era ver cómo estaba Paula y cómo la miraba Bruno. Eso hizo que mi corazón se desquebrajara. Ella estaba totalmente desnuda y él solo llevaba puesto un bóxer. El deseo con el que la miraba era difícil de disimular, al igual que la erección que tenía debajo del bóxer, que hasta yo podía verla desde el borde de la piscina, donde había llegado, y ninguno de los dos se había dado cuenta al estar tan entretenidos tonteando.

—¿Lo pasáis bien? —Me atreví a preguntar.

—Abril, no te hemos oído llegar —me contestó Bruno sin mirarme a la cara, visiblemente avergonzado, seguramente porque les hubiera pillado así.

—Hacía tanto calor que el bañito en la piscina nos ha venido de lujo, ¿verdad, Bruno? —añadió Paula, pasándole la mano por el pecho. Él solo asintió y, con sutileza, se la retiró para que no siguiera tocándole delante de mí.

—Si no has traído bañador, podía haberte dejado uno, mujer. Solo tenías que pedírmelo —le dije con ironía, esa que no captaron ninguno de los dos.

—Ah, no, tranquila. Me gusta bañarme desnuda. Todo lo que tengo está para ser admirado, no para taparlo. Además, a Bruno siempre que nos hemos bañado aquí le ha gustado que lo hiciera desnuda para poder recrearse la vista a placer con mi cuerpo.

*De puta madre*, pensé. Se podía decir más alto, pero no más claro. Sus intenciones no eran zanjar su relación, sino recuperarla.

—Voy a preparar la cena, no quiero molestaros. Podéis seguir admirándoos el uno al otro sin interrupciones —les dije antes de darme la vuelta para irme a la cocina con unas ganas horribles de llorar.

Cuando llegué a la cocina pensé en llamar a mi padre o a Nora para desahogarme, pero ¿qué les iba a decir? Que era una idiota que estaba allí como una mera espectadora viendo cómo el hombre del que estaba enamorada estaba metido en la piscina comiéndose a su ex con los ojos y con la polla como un palo por estar admirando las tetas operadas que la otra no dejaba de restregarle por la cara. No quise preocuparles, porque en cuanto me vieran la cara sabrían lo mucho que estaba sufriendo.

Una hora después estaba sentada en la cocina esperando a que la lasaña que había preparado se terminara de hornear cuando entró Bruno y se acercó hasta mí para ponerse a mi lado. Le miré de reojo, pero no dije nada. ¿Qué esperaba que le dijera? ¿Qué quería que le recriminara algo? Se suponía que no estábamos juntos, así que ni siquiera eso podía hacer. Solo podía callar y tragar.

—Abril… —Empezó a decir, pero le noté nervioso y quise ahorrarle el trabajo de decir algo para quedar bien y no realmente lo que quería decir.

—Si lo que vas a decir no es más bonito que el silencio, no lo digas —le dije, levantándome para sacar la lasaña del horno—. Hay veces que las acciones dicen más que las palabras, y tú ya me lo has dicho todo hoy.

Dejé la bandeja encima de la mesa.

—Aquí os dejo la cena. Pasadlo bien —le dije cogiendo mi bolso del respaldo de la silla para marcharme.

—¿Vas a salir? ¿Dónde vas? —me preguntó con preocupación.

—Tranquilo, volveré mañana para cumplir con mi trabajo.

Sin añadir nada más me di media vuelta y me marché hacia la salida, aguantando las lágrimas, esas que me salieron en cascada en cuanto puse un pie en la calle.

# Capítulo 22

**Bruno**

Al ver entrar a Paula en la cocina, donde estaba hablando con Abril —que parecía molesta por algo, aunque no tenía ni idea de qué podía ser, porque hasta hacía unos minutos estaba bien—, me quedé con la boca abierta y sentí cómo un nudo se me instalaba en la garganta. Paula siempre había estado buena, eso era innegable, pero en ese momento estaba de infarto, de esas mujeres que te hacen pensar en meterlas en una cama y no dejarlas salir en una semana.

El vestido que llevaba era pura tentación. El escote le caía tan abajo que, si se inclinaba un poco, se le podría ver casi hasta el ombligo, y era tan estrecho que se le marcaban los pechos, que botaban a cada paso que daba. Para rematarlo, los pezones se le marcaban de tal manera que parecía que te llamaban a gritos, pidiendo atención. Nunca había tenido mucho pecho y eso siempre la había acomplejado, pero estaba claro que en los meses que no nos habíamos visto había decidido ponerle solución. Se había operado, al menos dos tallas más, y el resultado era imposible de ignorar.

Bajé la mirada, recorriéndole las piernas, duras y tonificadas por las machacadas que se pegaba en el gimnasio, hasta llegar al borde del vestido. Y ahí, sin poder evitarlo, se me cruzó por la cabeza el pensamiento de siempre: que bastaría con acercar la mano para deslizarla por su sexo, notar si estaba húmeda, como a mí me gustaba, y comprobar si llevaba o no bragas, igual que

tantas veces había hecho en el pasado cuando quería provocarme… y sabía muy bien cómo hacerlo.

Sacudí la cabeza para rechazar todos esos pensamientos que estaban haciendo que mi polla empezara a endurecerse. Eso me molestó y me gustó a partes iguales. A ver, me explico: me cabreó porque no estaba bien que deseara follarme a mi ex, la que me había dejado tirado en el peor momento de mi vida. Pero también me gustó que me la pusiera dura, porque eso significaba que estaba curado del todo y que no solo era Abril la única que conseguía que eso me pasara. Que, siendo sincero, era la única con la que quería que siguiera pasando, porque aunque había tenido ese momento de debilidad, era con ella con la que quería seguir compartiendo mi vida.

Paula se acercó a mí contoneando las caderas de forma provocadora, quizá demasiado, pensé. Me levanté para saludarla; no tenía intención de hacerlo así, pero cuando me rodeó con los brazos, no fui capaz de apartarla. Su olor me golpeó con una fuerza inesperada y, de inmediato, un aluvión de recuerdos del pasado me atravesó la mente.

Nuestros comienzos. Cuando todavía éramos dos completos anónimos para el mundo. Aquella época había sido la mejor, al menos para mí. Cuando podíamos pasear de la mano, sentarnos en un banco del centro de Barcelona a comernos un helado sin que nadie nos interrumpiera, sin móviles alzados, sin autógrafos, sin fotos robadas que rompieran nuestro pequeño momento de intimidad.

Eso nunca volvería. Y no solo porque nosotros ya no volveríamos a estar juntos, sino porque, pasara lo que pasara, nunca más volveríamos a ser invisibles.

Por encima de su hombro vi cómo Abril desviaba la mirada de nosotros porque le dolía vernos así. Solté a Paula al momento, porque lo que menos quería era que Abril pensara lo que no era.

—Pero mírate, estás fabuloso. Ya estás otra vez en pie y además más guapo que nunca —me dijo Paula cuando la solté, con una voz melosa bastante forzada, mientras me pasaba las manos por el pecho.

—Eso es gracias a ella, que me ha hecho trabajar muy duro para conseguir que me recuperara —le dije señalándola con la cabeza a mi chica, aunque eso ella no lo sabía ni lo sabría por el momento—. Ella es Abril, mi enfermera. Abril, esta es Paula.

—Encantada —le dijo Abril con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Paula la miró de una forma que no me gustó nada, como si fuera una completa molestia, y encima ni le contestó; solo asintió con la cabeza.

—¿Comemos mientras hablamos, te parece bien? —le pregunté a Paula. Quería terminar cuanto antes con el tema que teníamos pendiente de aclarar.

Abril empezó a sacar los platos para servir la comida en ellos y también el resto de las cosas, como los vasos y los cubiertos.

—Claro, pero vamos los dos a comer al jardín. Lo que tenemos que tratar es privado y, aunque tengas confianza con tu enfermera, no creo que ella tenga que estar presente en nuestras conversaciones, porque eso es algo que solo nos incumbe a nosotros.

Quise contestarle que a Abril le incumbía todo lo mío, porque era la mujer con la que tenía pensado compartir mi vida, pero no lo hice. Me tuve que morder la lengua y callar una vez más.

—Tranquilos, comeré en mi habitación para no molestaros —nos dijo, cogiendo un plato y llenándoselo de ensaladilla—. Si necesitáis algo ya sabéis dónde estoy. Que os aproveche.

Se dio la vuelta con el plato en la mano y, sin añadir nada más, se marchó por el pasillo dejándonos solos.

—Bueno, cuéntamelo todo. Vaya bombazo, Bruno, a la NBA. Madre mía, al final vas a cumplir tu sueño. Estoy contentísima por ti. —Las palabras de Paula sonaron sinceras, o eso me pareció, pero me molestaron un poco porque esperaba que antes de preguntarme por mi trabajo, lo hiciera por mi estado de salud, pero no había sido así.

Durante un rato, mientras dábamos buena cuenta de la ensaladilla, le conté cómo se había dado todo: que había sido gracias a mi hermano y a las muchas horas que se había pasado al teléfono, negociando un buen contrato para mí. Al terminar de hablar de trabajo —y no solo del mío, sino también del suyo—, me confesó que últimamente las cosas no iban todo lo bien que le gustaría, que le llamaban de menos sitios desde que no nos dejábamos ver juntos en público.

Después me preguntó por mi salud. Quiso saber cómo había sido toda mi evolución y qué era lo que había hecho esa enfermera que no hubieran hecho las demás para conseguir un cambio tan grande en mí. Quererme, eso fue lo que me vino a la cabeza. Eso era lo distinto, lo que marcaba la diferencia. Pero, una vez más, tuve que callar.

Hablado todo eso, quise sacar por fin el tema que de verdad me interesaba: la rueda de prensa y lo que íbamos a decir. Sin embargo, Paula me pidió que, por favor, lo dejáramos para más tarde, que necesitaba refrescarse porque se estaba achicharrando de calor. Y la verdad es que a mí me pasaba lo mismo, porque aquel día hacía un calor de mil demonios.

—Ve metiéndote, que ahora mismo vuelvo —me pidió entrando en la casa.

Supuse que iría a la habitación a ponerse un bikini, pero me equivoqué por completo.

Solo tuve que quitarme la camiseta y el pantalón. No tenía ganas de ir a buscar un bañador, así que decidí meterme con el bóxer que llevaba puesto en esos momentos. Cuando Paula volvió, yo ya estaba dentro del agua, apoyado con mis antebrazos en el borde de la piscina.

Fruncí el ceño al verla volver, porque no traía puesto ningún bikini. Seguía con el vestido. Lo único distinto eran las dos toallas que había cogido del baño de mi habitación. Las dejó sobre una de las tumbonas más cercanas a la piscina y, sin apartar la mirada de mí en ningún momento, se bajó los tirantes del vestido, dejando sus pechos al descubierto.

—Joder… —Pensé con la cabeza de arriba, porque la de abajo también opinó a su manera, dando el primer cabezazo dentro del bóxer.

Lentamente, con movimientos deliberadamente sensuales, terminó de bajarse el vestido, dejándome ver el resto de su cuerpo. Desnudo. Por completo. Tal y como había supuesto nada más verla, no llevaba bragas.

Después se sentó en la hamaca, de cara a mí, y durante varios minutos se fue extendiendo crema solar por todo el cuerpo con una calma casi obscena, sin prisa, asegurándose de que no me perdiera ni un solo detalle. Me mostró todo: sus curvas, su piel, su sexo depilado y brillante, húmedo, provocador. Cuando por fin se metió en el agua y se colocó a mi lado, yo estaba tan duro que me dolían los huevos de una forma que no os podéis ni imaginar.

Joder… que sí, que yo quería a Abril. Pero no era ciego ni de piedra. Y Paula era, sin discusión, la tentación hecha mujer.

—Anda que no hemos pasado buenos momentos en esta piscina, eh… —me dijo cuando entró en el agua y se puso a mi lado, rozando mi brazo con uno de sus pechos.

—Y no solo aquí, lo hemos pasado muy bien en muchos sitios —le contesté, y no solo refiriéndome al sexo como había hecho ella, porque sí, la pillé a la primera por dónde iba su comentario.

Empezamos a hablar y a recordar las muchas cosas que habíamos hecho juntos, desde viajar, comer en restaurantes, hasta nuestra época de estudiantes, cuando aún éramos dos críos que apenas habían salido del cascarón. La nostalgia se apoderó de mí, pero no porque la echara de menos a ella, sino por todos esos momentos especiales que, para mí, se quedarían en mi memoria porque, aunque no estuviéramos juntos, habíamos tenido una buena relación durante años y eso no tenía por qué olvidarlo, porque era parte de mi vida.

De esa manera cómplice nos encontró Abril, que se había acercado al borde de la piscina, y tan enfrascados estábamos en la conversación que no la oímos ni llegar.

—¿Lo pasáis bien? —nos preguntó muy seria.

Vi que cerraba los ojos un momento y negaba con la cabeza cuando se fijó en el bulto que tenía en mi bóxer. Maldije para mis adentros porque sabía que verme así la estaría haciendo daño.

—Abril, no te hemos oído llegar —le contesté sin mirarla a la cara, muy avergonzado porque tuviera que vernos en esa situación. Si hubiera sido yo el que la hubiera visto desnuda con otro hombre en una situación parecida, creo que no me habría podido contener ni tener la templanza que ella demostraba en esos momentos.

—Hacía tanto calor que el bañito en la piscina nos ha venido de lujo, ¿verdad, Bruno? —añadió Paula pasándome la mano por el pecho.

Solo pude asentir y retirar su mano con sutileza.

—Si no has traído bañador, podía haberte dejado uno, mujer. Solo tenías que pedírmelo —le dijo Abril con ironía, esa que pensó que ninguno de los dos habíamos captado, pero yo sí lo hice.

—Ah, no, tranquila. Me gusta bañarme desnuda. Todo lo que tengo está para ser admirado, no para taparlo. Además, a Bruno siempre que nos hemos bañado aquí le ha gustado que lo hiciera desnuda para poder recrearse la vista a placer con mi cuerpo.

Joder… y más joder. Las palabras de Paula, dichas con mucha intención, acababan de abrir una brecha muy grande en mi relación con Abril. Solo me hizo falta mirarla a la cara y ver el dolor en sus ojos para saberlo.

—Voy a preparar la cena, no quiero molestaros. Podéis seguir admirándoos el uno al otro sin interrupciones —nos dijo antes de darse la vuelta para irse a la cocina, disimulando el disgusto que tenía, pero que yo vi muy bien.

Después de eso se me quitaron las ganas de seguir hablando y, por supuesto, el calentón se me bajó de golpe. Que, por otra parte, era lo mejor, porque me estaba haciendo sentir muy culpable.

—Creo que ya hemos tenido suficiente piscina. Voy a darme una ducha. Deberías hacer lo mismo; luego, cenando, hablaremos de lo de la rueda de prensa. —Empecé a salir de la piscina y Paula se dio prisa para hacer lo mismo.

Cogí una de las toallas que había dejado en la hamaca y me sequé un poco por encima para no entrar chorreando en la casa y manchar todo el suelo de agua. Me senté en la silla de ruedas con ella enroscada en la cintura y entré para ir a mi baño.

—Espera, que te acompaño y te ayudo a ducharte —me dijo Paula poniéndose a mi lado, desnuda por completo; ni la toalla había cogido.

—Puedo ducharme solo, gracias. Y, por favor, no vayas desnuda por la casa, no estamos solos. Y aunque lo estuviéramos, te recuerdo que ya no somos pareja. No vayas por ahí, Paula. Tú lo decidiste así, ¿recuerdas? —La seriedad de mis palabras hizo que frunciera el ceño y sus ojos reflejaran enfado por no salirse con la suya.

Entré en mi habitación y cerré la puerta con pestillo para no llevarme sorpresas. Si algo caracterizaba a Paula era lo insistente que era cuando quería algo; no paraba hasta conseguirlo, valiéndose de todas las armas que poseía. Conmigo, en el pasado, solía ser con su cuerpo y con sus lloros. Con lo primero, porque sabía que no me podía resistir a sus encantos, y con lo segundo porque no soportaba ver llorar a ninguna mujer. Ella lo sabía y se aprovechaba de ello.

# Capítulo 23

**Bruno**

Entré en la cocina ya duchado y vestido. Por el pasillo había venido rezando porque Paula no hubiera llegado antes que yo, porque a saber qué le podría haber dicho a Abril. Solté el aire que estaba conteniendo cuando vi que allí solo estaba mi chica, pero se me encogieron las tripas al ver que estaba con la mirada perdida, mirando al vacío, pensando vete tú a saber el qué. Por su mirada, que reflejaba mucha tristeza, podía imaginarme perfectamente lo que era.

Noté cómo me miró de reojo, pero no me dijo nada, y ese silencio me mató más que si me hubiera pegado cuatro gritos o me hubiera dado un manguerazo como el primer día que nos conocimos. Necesitaba aclararle muchas cosas. No quería que la situación de Paula fuera un escollo en nuestra relación. No quería perderla, y al parecer era precisamente eso lo que estaba pasando.

—Abril… —Empecé a decir, nervioso, pero ella no me dejó continuar, me cortó.

—Si lo que vas a decir no es más bonito que el silencio, no lo digas —me dijo, levantándose de la silla para sacar la lasaña que estaba haciendo para cenar del horno—. Hay veces que las acciones dicen más que las palabras y tú ya me lo has dicho todo hoy —añadió, dejando la bandeja encima de la mesa.

»Aquí os dejo la cena, pasadlo bien —añadió, cogiendo el bolso que tenía colgado en el respaldo de la silla en la que había estado sentada.

—¿Vas a salir? ¿Dónde vas? —le pregunté, preocupado, porque eso sí que no me lo esperaba.

Tan segura estaba de que había pasado algo entre Paula y yo que no quería seguir en la casa para no tener que seguir viendo cosas que le hacían daño.

—Tranquilo, que volveré mañana para cumplir con mi trabajo —añadió sin ni siquiera mirarme, antes de salir de la cocina en dirección a la puerta de la calle.

Esa que cerró despacio, sin hacer ruido, y eso hizo que se me estrujara el corazón, porque con ese gesto me dijo todo: se rendía o se retiraba del juego. Hubiera preferido mil veces un portazo. Eso sería más como ella: fuerte, con garra, sin rendirse. Pero la que había salido por la puerta no era mi chica, la que había peleado por mí hasta el agotamiento para que saliera del pozo donde estaba metido. Esa era solo una sombra de ella.

Y el único culpable de que estuviera así era yo.

No tenía ni idea de dónde podría haber ido. La llamé unas cuantas veces, pero no me contestó. Incluso le mandé un par de mensajes que sí aparecían como leídos, pero no me respondió. Pensé en llamar a mi hermano o a Nora para saber si les había llamado para contarles lo que había pasado, pero, pensándolo mejor, no lo hice. Estaba seguro de que se lo había tragado sola, sin llamar a nadie para no preocuparles.

—Qué bien huele, ¿cenamos? —me preguntó Paula, que había llegado a mi lado y ni cuenta me había dado de lo preocupado que estaba pensando en dónde estaría Abril.

—Sí, vamos a cenar. Mientras tanto, decidiremos lo que vamos a decir en la rueda de prensa.

Parece que mi hermano me había oído, porque justo fue decir eso y sonar mi móvil con un mensaje suyo.

**Lucas:** *Bruno, ya tengo preparada la rueda de prensa. Será el martes por la tarde. Los de los dos equipos me han estado friendo el móvil a llamadas y presionándome para que hables cuanto antes. Si no quieres hacerlo tan pronto, intentaré arreglarlo, pero me va a costar un huevo que cedan.*

**Bruno:** *El martes es perfecto. Tengo que acabar con esto ya.*

**Lucas:** *Os cojo billetes de barco hasta Valencia para el lunes por la mañana, ya sabes que son cinco horas de travesía. Al puerto voy yo a recogeros para traeros hasta Barcelona. Cuando tenga los billetes, te los mando por mail para que vayáis con tiempo al puerto.*

**Bruno:** *Perfecto. Te dejo, que estoy a punto de sentarme a cenar y de hablar con Paula para ver qué decimos en la rueda de prensa.*

**Lucas:** *¿Qué tal ahí con las dos? ¿Raro?*

**Bruno:** *Una puta mierda. Ya te lo contaré, pero creo que he perdido a Abril o estoy a punto de hacerlo.*

**Lucas:** *No me jodas, Bruno. ¿Qué ha pasado?*

**Bruno:** *En un rato te llamo y te lo cuento, cuando esté solo. No le digas nada a Nora, no quiero que llame a Abril y sepa que te lo he contado. Quiero intentar arreglar las cosas con ella primero.*

**Lucas:** *Tranquilo, no le diré nada. Llámame en cuanto puedas, me has dejado preocupado.*

**Bruno:** *Gracias. Te llamo en cuanto pueda.*

—Era mi hermano. La rueda de prensa será el martes por la tarde. Cuando sepamos el sitio y la hora, te lo diré.

—Bien, ese día no tengo nada programado. ¿Qué quieres que digamos? —me preguntó mientras se servía la lasaña.

Mientras cenábamos, le dije que tanto mi hermano como yo habíamos pensado que lo mejor era hablar primero de mi fichaje para que después el tema de la ruptura tuviera menos bombo. Le propuse que dijéramos que habíamos decidido dejarlo de mutuo acuerdo un par de meses después de mi accidente, porque la relación se había enfriado y ya no sentíamos lo mismo, pero que habíamos quedado en buenos términos, incluso siendo amigos.

Estuvo totalmente de acuerdo en todo, y eso me mosqueó un poco, la verdad. No pensé que me lo pondría tan fácil ni que accedería a decir todo lo que yo había pensado. Le expliqué que ella esperaría a que yo terminara de hablar del fichaje y después se uniría a mí, y juntos contaríamos la misma versión.

—¿Cuándo te vas a los Estados Unidos? Porque, aunque ahora mismo no puedas jugar todavía, querrán que estés allí para la pretemporada, ¿no? —le agradecí el cambio de tema porque ya estaba un poco rayado con la rueda de prensa.

—El mes que viene tengo que estar allí. En la videollamada que tuve ayer con los técnicos y los médicos del equipo, me dijeron que lo que me quedaba por recuperarme era mejor hacerlo allí, para que ellos pudieran ver la evolución y detectar enseguida si pudiera haber algún problema de movilidad.

Cuando el día anterior me dijeron todo eso, Abril estuvo presente conmigo. Los médicos del equipo incluso hablaron con ella. Querían saber todo lo que había hecho durante el tiempo que llevaba conmigo ayudándome a recuperarme. Se quedaron sorprendidos por sus métodos y por la disciplina que había usado. Le dieron la enhorabuena por su buen hacer.

Cuando al final de la videollamada me dijeron que me esperaban allí a finales de septiembre, para lo que quedaba poco más de un mes, Abril y yo nos miramos, pero ninguno dijo nada. Era un tema espinoso que ninguno quería tocar hasta que no se resolviera primero el tema de Paula y pudiéramos gritar al mundo que estábamos juntos.

Yo tenía muy claro lo que quería. Estaba deseando pedirle que se viniera conmigo. Sé que puede sonar egoísta que ella tuviera que dejar su vida para

seguirme, pero yo sabía que ella entendía perfectamente que no había otro modo de estar juntos.

—Me alegro tanto por ti. Jugar en la NBA siempre fue tu sueño y estás solo a un pasito de conseguirlo. —Su felicitación vino acompañada de un abrazo, sentándose en mi regazo, y cuando se separó, sin que lo viera venir, se lanzó a mis labios para besarme.

—Lo siento, pero no —le dije, separándola de mí sin ser brusco.

—Pensé que por la manera que llevas mirándome todo el día, querrías que nos acostáramos. Si no lo has olvidado, eso se nos daba muy bien juntos. Y no me digas que no me deseas, porque he visto lo duro que estabas en la piscina. Es más, si hago esto no tardarás ni dos segundos en volver a estarlo.

Al terminar la frase, se quitó la camiseta de un tirón y se quedó con las tetas al aire. Con otro movimiento rápido me cogió las manos para ponérselas encima.

—Venga, tócame. Sé que lo estás deseando —me dijo, restregándose contra mí con su culo en mi miembro.

Os parecerá raro, pero en ese momento no sentí deseo ninguno. Sí, por la tarde me había puesto muy cachondo, pero fue cosa del momento. Además, en esos momentos no podía pensar en otra mujer que no fuera la mía, porque así consideraba a Abril en mi corazón. La amaba más que incluso al baloncesto, aunque aún no se lo hubiera dicho.

Pero iba a cambiar pronto. En cuanto en dos días todo estuviera resuelto, se lo diría. No podía ni quería que pasara ni un día más sin que supiera todo lo que sentía por ella.

—Levántate —le dije, cogiéndola por los brazos para retirarla de encima de mí—. No quiero esto, Paula. Como puedes ver, que estés así no tiene ningún efecto en mí —añadí, señalando mi miembro.

»Lo de esta tarde ha sido algo momentáneo que no volverá a pasar, al menos no contigo. Más que ponerme así por ti, ha sido por los recuerdos que

tenía en mi cabeza de nuestro pasado. Yo te quería, pero tú sola te encargaste de matar ese amor cuando me dejaste.

La furia que recorrió su mirada era una que conocía demasiado bien. Esa era su actitud cuando no conseguía lo que quería. Ya me sabía lo que vendría a continuación: primero los reproches, luego el engatusamiento y después los lloros. Pero esta vez no le iban a funcionar, porque yo ya no era ese pelele que siempre cedía ante ella porque estaba enamorado.

De malas maneras se levantó de encima de mí y se puso la camiseta del revés. De la mala hostia que tenía, ni se dio cuenta de ese detalle, y yo tuve que contener la risa para no calentarla más, y no en el sentido que ella quería.

No le di opción a que empezara a montar el numerito. Agarré las ruedas de la silla y las rodé con rapidez hacia mi habitación.

—¡Bruno, no me dejes con la palabra en la boca! ¡Aún no hemos terminado de hablar! —Me giré para mirarla por encima del hombro y vi cómo echaba chispas por los ojos y apretaba los puños con fuerza por mi rechazo.

—Sí que hemos terminado de hablar. Has venido a mi casa para tratar el tema de la rueda de prensa y eso ya lo hemos hablado hace rato. Del resto no quiero saber nada, ya te lo he dicho.

—Hay alguien, ¿verdad? —me preguntó, más furiosa todavía.

—Como tú me dijiste el día que te llamé para preguntarte por tu compañero de trabajo con el que salías en esas fotos, eso pertenece a mi vida privada y no tengo por qué darte explicaciones ni a ti ni a nadie.

Esas fueron mis últimas palabras antes de entrar en mi habitación y cerrar la puerta. Estuve varios minutos oyéndola protestar e incluso chillar, pero me dio exactamente igual.

Como le había prometido a mi hermano, lo primero que hice cuando me tumbé en la cama fue llamarle y contarle todo al detalle de lo que había pasado

a lo largo del día. Con el poco cariño que le tenía a Paula, la puso de vuelta y media. Seguía pensando —y ahora yo también compartía su opinión— que lo único por lo que quería volver conmigo era porque ser la novia de un jugador de la NBA le daría fama mundial y el estatus que siempre había querido.

Pero como le dije a Lucas, lo sentía por ella, porque tendría que buscarse a otro con el que pudiera conseguirlo. Conmigo eso no iba a pasar de ninguna de las maneras.

# Capítulo 24

**Abril**

Sin lugar a duda, esa noche fue la peor de mi vida. Cuando salí de casa de Bruno, no tenía idea de qué hacer ni de dónde ir. Solo sabía que tenía que huir, sí, huir de allí para calmar mi alma y llorar en soledad.

Empecé a caminar sin rumbo mientras los minutos pasaban y el sol se iba poniendo. Terminé sentada en la arena de una playa que estaba desierta. El silencio, la oscuridad y mis pensamientos fueron mi única compañía durante todas las horas que pasé allí, repasando todos los momentos que había vivido junto a Bruno desde que nos conocimos.

Todas las risas, las confidencias, los malos momentos en los que él estuvo a punto de caer y yo le ofrecí mi mano, que siempre cogió, aferrándose a ella como si fuera un salvavidas. También pasaron inevitablemente todos los momentos de sexo que habíamos tenido, que habían sido muchos, pero en los que no solo había habido pasión, sino también sentimientos. De esos que no hace falta decirlos en voz alta, sino que te los susurran las miradas que ambos nos dedicábamos.

El sol empezó a despuntar, dando paso a un nuevo día. Un día al que no quería enfrentarme, uno que hubiera preferido que se borrara del calendario, porque en cuanto volviera a esa casa estaba segura de que sería el final. Ese día se avecinaba gris, y no en el cielo, que estaba totalmente despejado, sino en mi corazón, que era el que lloraba por la tormenta que tenía en la cabeza.

Con los mismos pasos lentos deshice el largo camino que el día anterior me había llevado a esa playa, que durante la noche fue mi paño de lágrimas y mi única compañía.

Al llegar a la propiedad de Bruno reinaba el silencio. Ojalá mi cabeza tuviera la misma paz que se respiraba en todos los alrededores, pensé. Donde ni siquiera el canto de un pájaro lo rompía. Pero no, mi cabeza gritaba una y otra vez sin darme descanso.

Ante todo, era una profesional, y pasase lo que pasase y si Bruno quería, seguiría ayudándole en su recuperación hasta que tuviera que marcharse a los Estados Unidos. Y para eso apenas faltaban ni tres semanas.

Al llegar a la puerta, cogí aire para llenar mis pulmones y, después de expulsarlo lentamente, metí la llave en la cerradura. Entré sin apenas hacer ruido. Mi primera parada fue la cocina; mi cuerpo en esos momentos no me dejaba elegir otra opción. Necesitaba un café más que respirar.

Podría haberme esperado casi cualquier cosa o haberme imaginado cualquier escenario posible, pero desde luego no el que me encontré en la cocina cuando entré. Bruno estaba en los fogones, de pie, preparando huevos revueltos para añadirlos al abundante desayuno que tenía preparado y colocado encima de la mesa. Fruta cortada, fiambre, tostadas, zumo de naranja recién exprimido, una jarra con café que se notaba que estaba recién hecho por el vapor que aún desprendía.

Era un desayuno para campeones, necesario para gente que ha pasado una noche de pasión o de mierda y necesita reponer fuerzas.

—Siéntate, llegas justo a tiempo —me pidió sin ni siquiera girarse.

—Soy yo —le susurré con miedo, porque seguramente esperaba que fuera Paula la que entrara en la cocina y para la que habría preparado todo ese desayuno.

—Lo sé. No esperaba a otra persona. Este desayuno es para nosotros —me dijo antes de girarse y servir los huevos en los dos platos que ya tenía

preparados para ello.

—Y… ¿Dónde…? —No me dejó acabar la frase. Rápidamente me sacó de dudas, sabiendo cuál iba a ser mi pregunta.

—Se marchó antes del amanecer.

Asentí con la cabeza, pero no quise preguntar nada más.

Volvió a pedirme, esta vez con la mano, que me sentara. Lo hice y agarré la taza que me ofreció llena de café, preparada como a mí me gustaba, con dos de azúcar y un chorrito de leche.

—Abril, tenemos que hablar. Necesito explicarte ciertas cosas.

Dios… esas tres palabras nunca traían nada bueno, y dichas con la seriedad con la que me las había dicho, mucho menos.

El nudo que se me puso en la garganta hizo que me costara mucho tragar el trozo de tostada que estaba masticando y tuve que beberme el vaso de zumo casi entero.

—Si quieres pedirme que me vaya, no te andes con rodeos. Lo entiendo perfectamente. Cuando acabe de desayunar recogeré mis cosas —le dije, conteniendo las lágrimas.

Dejó el café que estaba bebiendo encima de la mesa y, con un movimiento rápido, rodó la silla para ponerse a mi lado.

—Levántate.

Su palabra no sonó a orden, sino más bien a ruego, y eso me descolocó por completo. Aunque estaba muerta de miedo por no saber qué vendría a continuación, lo hice.

Me agarró de la mano y tiró de mí para sentarme en su regazo. Una vez que me tuvo en esa posición, lo primero que hizo fue acariciarme la cara y el pelo con un cariño que me desarmó por completo, haciéndome temblar. Pasó sus dedos por mis labios y los acarició muy despacio.

—Estos son los únicos labios que quiero besar —me dijo antes de acercar su cara a la mía y dejarme un suave beso en los labios—. Este es el único cuerpo que quiero tocar y el único que me gusta —añadió, pasando sus manos por mis brazos, mi pecho y mis piernas—. Y en este y en esta solo estás tú. —Se llevó una de sus manos a la cabeza y la otra se la puso en el pecho, a la altura del corazón.

Cuando terminó de decirme todas esas cosas, mis ojos eran dos fuentes. Fui incapaz de contener las lágrimas, y no solo fue por sus palabras, sino por la mirada que me dedicó mientras me las decía, una mirada llena de tanto amor que hizo que mi corazón se desbocara de tal manera que mi respiración empezó a agitarse también.

—Bruno… —Solo fui capaz de decir su nombre. Ni las palabras me salieron.

Me abrazó fuerte contra su pecho mientras me acariciaba la cabeza y la espalda. Yo le agarraba la camiseta con fuerza con una mano y con la otra le acariciaba la cara.

—Tú también estás aquí desde el primer día —le dije, cogiendo su mano y colocándola en mi pecho después de varios minutos, cuando conseguí calmarme un poco.

—Necesito besarte, Abril.

Mi respuesta no fue con palabras, sino lanzándome a sus labios y demostrándole con ese beso todo lo que sentía por él.

Enseguida, como nos pasaba siempre, el beso subió de intensidad y nuestras manos no pudieron quedarse quietas. Me sacó la camiseta por la

cabeza y tiró de mi sujetador, tirándolos al suelo. Su boca se separó de mis labios para ir directamente hasta mis pezones, que succionó y lamió sin parar.

Bajé mi mano y, retirándome un poco, conseguí meterla dentro de sus pantalones. Su miembro ya estaba totalmente duro y caliente. Empecé a masajear todo su tronco con movimientos firmes, pero lentos, como sabía que le gustaba.

Un par de minutos después me agarró por la cintura para que me levantara de sus piernas, haciendo que tuviera que dejar de tocarle, lo que me hizo mirarle con una ceja alzada, preguntándole qué pasaba. Su respuesta fue bajarme los pantalones, llevándose mis braguitas con ellos, y agarrándome por las caderas, me sentó encima de la mesa.

—Acércate bien al borde y abre las piernas. Quiero verte totalmente antes de devorarte.

Joder, si desde el beso ya estaba mojada, esas palabras, que acompañó sacando la lengua y relamiéndose los labios, me hicieron chorrear.

Una vez sentada, como me había pedido, se acercó más a mí y empezó a acariciar mi centro de arriba abajo tan despacio que fue una verdadera tortura, deteniéndose cada pocos segundos en mi clítoris para darle pequeños toques que me excitaron más de lo que ya estaba.

Cuando le pareció que ya había aguantado bastante tortura esperando que me diera lo que necesitaba, metió en mi interior tres dedos a la vez y empezó a moverlos con rapidez hasta que consiguió que me corriera en ellos. Me miró y me guiñó un ojo cuando los sacó y los chupó uno a uno.

—Deliciosa, pero necesito más —me dijo antes de agachar la cabeza para lamerme sin descanso hasta que llegué al segundo orgasmo.

Al acabar, se levantó de la silla para bajarse los pantalones y, sin dejar de mirarme, empezó a masturbarse él mismo para que le viera. Eso era una cosa que me ponía a cien y, por instinto, mi mano se fue sola hasta mi vagina para hacer lo mismo.

Poco después pegó su pecho al mío y empezó a besarme. Con su mano libre me agarró la muñeca para quitarme la mano de mis partes. Acercó su miembro y empezó a acariciarme con él sin llegar a penetrarme, volviéndome loca de placer.

—Bruno, te quiero dentro. Te necesito dentro —le pedí, jadeando.

—¿Me quieres? Pues aquí me tienes —me contestó, entrando en mí de un solo empellón.

No hubo calma ni contención. Me dio duro, muy duro y rápido, tanto que me tuvo que agarrar por las caderas y yo me tuve que agarrar al borde de la mesa con fuerza para que pudiera seguir bombeando de esa manera. Mi tercer orgasmo estaba tan cerca que, cuando notó que le apretaba desde dentro, dejó salir un fuerte gruñido, dejándose ir y arrastrándome a mí con él.

—¿Estás bien? —le pregunté preocupada, porque, aunque ya estaba bastante recuperado de su lesión, el esfuerzo que acababa de hacer a mi parecer había sido excesivo.

—En la vida he estado mejor —me contestó, sonriendo—. Vamos a la ducha —me pidió, agarrándome para que me bajara de la mesa antes de sentarse en la silla.

Pasamos por la ducha, sí, pero esa se alargó bastante porque al final terminé de nuevo sentada a horcajadas sobre él, teniendo el segundo asalto del día. Fue igual de bueno que el anterior, pero no con tanta intensidad. Ese fue despacio, disfrutando lentamente de nuestros cuerpos, mientras nos besábamos como si no hubiera un mañana.

Duchados y vestidos, volvimos a la cocina para terminar el desayuno que habíamos dejado a medias. Allí estuvimos más de una hora sentados hablando. Bruno me contó todo, y cuando digo todo es todo lo que había pasado el día anterior. Cómo se había sentido respecto a Paula, el motivo por el que la había deseado en un momento puntual, que fue más por los recuerdos que tenía de su vida pasada que por tenerla delante desnuda y dispuesta.

Pero que de ninguna manera ese deseo hubiera llegado a nada, porque para él solo existía yo y nunca podría engañarme de esa manera.

Me pidió perdón por haberme hecho pensar otra cosa y por su falta de tacto al llevar la situación. Me contó también lo que había pasado durante la cena, cómo Paula había querido acostarse con él y que la había rechazado, haciendo que ella no se lo tomara muy bien. Ese era el motivo por el que, cuando yo llegué, ella ya no estaba. Había esperado hasta que empezó a amanecer para pedir un taxi y largarse de allí, enfadada y dolida por su rechazo.

¿Que si le creí? Pues sí, por supuesto que le creí todo lo que dijo. Con las palabras era fácil mentir, pero los ojos nunca mentían. Y en los de Bruno, cuando me contó todo, solo había sinceridad.

# Capítulo 25

**Bruno**

No pegué ojo en toda la noche. No pude. Mi cabeza no me dio ni un minuto de descanso; solo pensaba en ella, en su mirada, esa que me atrapó desde el mismo momento que nos conocimos. Esa mirada que primero me observó con admiración por ser quien era, después con diversión cuando la confundí con una de las chicas de la agencia y, más tarde, con furia cuando, al calarme con el agua, la insulté.

Solo quería que llegara la luz del día para poder volver a verla y arreglar lo que había estropeado con mi actitud. Solo esperaba que sus sentimientos fueran tan fuertes como los míos y me perdonara.

Harto de dar vueltas en la cama, me levanté siendo aún de noche. Necesitaba hacer algo para distraerme y que los minutos pasaran más rápido. Entré en el gimnasio y me fui directamente a las barras para caminar. Ni recuerdo cuántas pasadas di de principio a fin andando, pero cuando en uno de los descansos me fijé en el ventanal, vi que el sol estaba a punto de salir.

Decidí dejarlo ya e irme a la cocina a tomarme un café mientras la esperaba.

Antes de entrar en la cocina, oí unos pasos rápidos de tacones que venían del pasillo, acercándose y haciendo más ruido del necesario. Paula lo estaba

haciendo adrede, pensando que estaba en mi habitación y que con eso saldría para ver qué hacía.

—¿Vas a dejar las pasarelas para dedicarte al baile flamenco? —le dije desde la puerta de la cocina, donde estaba parado y que, con la penumbra que había, ella no me había visto.

—¿Qué? —me preguntó haciéndose la tonta.

—Que digas lo que tengas que decir, pero hazlo rápido, que me voy a tomar un café y quiero hacerlo en calma.

Entré en la cocina y volví a oír su taconeo a mi espalda porque vino con rapidez detrás de mí.

—¿Te has pensado bien lo de anoche? Antes funcionábamos de maravilla juntos, esto no tiene por qué terminar. Podemos volver a ser lo que éramos. Yo te quiero, Bruno —me dijo, acariciándome el brazo en plan meloso.

—Primero: no tengo nada que pensar, lo tengo todo clarísimo. Segundo: tú lo has dicho, «funcionábamos»; ya no lo hacemos —le dije haciendo el gesto con los dedos del entrecomillado para que se enterara mejor—. Tercero: nunca vamos a volver a ser lo que éramos. Y cuarto: yo ya no te quiero —dije tajante.

—Creo que estás confundido por todo lo que te ha pasado, pero no te preocupes. Cuando abras los ojos y te des cuenta de que sí que me sigues amando, yo te estaré esperando.

Tanta insistencia por su parte me estaba tocando los cojones de una manera que ni os lo imagináis.

—Ya casi puedo andar con normalidad. Si quieres, te puedes llevar mi silla y estar sentada de por vida, porque de pie te vas a cansar de esperarme —le dije encogiéndome de hombros para que se diera cuenta de que me importaba una mierda su opinión.

—El tiempo me dará la razón y seremos muy felices en Estados Unidos formando una familia.

Joder, sí que se le estaba yendo la olla. Ni me molesté en contestarle. Yo seguí bebiéndome el café como si la cosa no fuera conmigo.

—He llamado un taxi. Tengo que estar en Barcelona esta tarde para una sesión de fotos que me ha salido. Cuando sepas la hora y el sitio de la rueda de prensa, mándame un mensaje.

Se acercó a mí para despedirse, pero como ya me lo esperaba, cuando se agachó para darme un beso en los labios, giré rápido la cabeza y no tuvo más remedio que dármelo en la mejilla.

—Buen viaje —le dije como despedida antes de girarme para ir al frigorífico.

—Hasta el martes, amor.

Su despedida me hizo poner los ojos en blanco y ni me giré para mirarla.

Oí cómo se alejaba hasta la puerta con ese puto taconeo que me ponía de los nervios y, cuando por fin oí cómo cerraba la puerta, pude respirar tranquilo.

Empecé a sacar cosas de la nevera para preparar un buen desayuno para Abril. Seguramente no habría probado bocado desde que se marchó. Bueno, a lo mejor ni eso, porque la lasaña no la comió y dudaba mucho que hubiera comido otra cosa antes de irse.

Media hora más tarde estaba terminando de hacer unos huevos revueltos en la sartén cuando oí cómo se abría la puerta con mucha cautela. A diferencia de la escandalosa de Paula, Abril apenas rozaba el suelo al andar para no hacer ruido. Entró sigilosa en la cocina y debió de pararse en seco al verme cocinando, pero no dijo nada; fui yo el que rompió el silencio.

—Siéntate, llegas justo a tiempo —le pedí sin girarme.

—Soy yo —me dijo, susurrando con miedo. Seguramente pensó que ese despliegue culinario era para Paula y para mí.

—Lo sé, no esperaba a otra persona. Este desayuno es para nosotros —le aclaré antes de girarme y servir los huevos en los dos platos que ya tenía preparados para ello.

—Y… ¿Dónde…? —No le dejé acabar la frase; rápidamente la saqué de dudas, sabiendo cuál iba a ser su pregunta.

—Se marchó antes del amanecer.

Asintió con la cabeza sin decir nada más.

Le pedí que se sentara y dudó durante unos segundos, pero finalmente lo hizo. Cogí una taza y le preparé el café como a ella le gustaba y, cuando se lo ofrecí, le dije que teníamos que hablar. Vi el miedo en su mirada al oírme decir esas palabras tan típicas que nunca auguraban nada bueno, pero en esta ocasión eran todo lo contrario.

En vez de hablarle desde la distancia, dejé mi café en la mesa y me acerqué a ella, pidiéndole que se levantara. Para lo que quería decirle, necesitaba tenerla cerca, todo lo cerca posible, que me mirara a los ojos y viera la verdad en ellos. La senté en mi regazo y, allí, abrazándola, le abrí mi corazón.

—Estos son los únicos labios que quiero besar —le dije antes de acercar mi cara a la suya y dejarle un suave beso en los labios.

—Este es el único cuerpo que quiero tocar y el único que me gusta —añadí, pasando mis manos por sus brazos, su pecho y sus piernas.

—Y en este y en esta solo estás tú. —Me llevé una mano a la cabeza y la otra la puse en mi pecho, a la altura del corazón.

Al terminar mi declaración, no pudo retener más las lágrimas que estaba conteniendo desde que había entrado en la cocina y se echó a llorar

desconsoladamente en mis brazos. Yo la abracé con fuerza para que supiera que estaba ahí, con ella y para ella.

Le costó calmarse, pero cuando lo consiguió me dijo unas palabras que me calaron muy hondo y me hicieron sonreír de felicidad.

—Tú también estás aquí desde el primer día.

Me cogió la mano y la colocó en su pecho para que supiera que era en su corazón, ese que latía a toda velocidad, donde yo estaba.

Necesitaba besarla con urgencia y así se lo hice saber. El beso subió rápidamente la temperatura de nuestros cuerpos y la cosa se descontroló, acabando minutos después amándonos con pasión encima de la mesa de la cocina. Pero nuestras ganas de unirnos no quedaron ahí, porque al terminar pasamos por la ducha y volvimos a demostrarnos cuánto nos necesitábamos y cuánto nos queríamos el uno al otro.

La charla vino después. Fue larga, con muchas explicaciones por mi parte y mucha comprensión por la suya. Le conté todo: cómo me sentía, lo que había pasado con Paula y le pedí perdón por mi estúpido comportamiento. Dicen que quien ama perdona, y ella debía amarme mucho o vio la sinceridad en mis ojos, porque me perdonó sin dudar.

—Mañana nos vamos. Aún no sé a qué hora, pero seguramente será pronto —le dije cuando acabamos de aclarar toda nuestra situación.

—¿A dónde? —me preguntó extrañada.

—A Valencia en ferry. Allí Lucas nos irá a recoger para ir a Barcelona. El martes es la rueda de prensa y prefiero ir con tiempo. No quiero alargar esto más; necesito aclarar lo del fichaje, pero sobre todo lo de Paula, cuanto antes y vivir la vida que quiero a tu lado con tranquilidad.

—Entonces, mientras tú descansas después de comer, prepararé las maletas —me dijo sonriente.

Yo sabía que, además de por mis palabras de querer vivir mi vida junto a ella, también le hacía feliz volver a su tierra y ver a su padre y a Nora.

—De eso nada. Ahora mismo nos vamos a ir a la cama. Allí voy a volver a hacerte el amor y después dormiremos un rato. Los dos lo necesitamos. Yo no he pegado ojo en toda la noche pensando en ti y sé que tú tampoco lo has hecho. Cuando nos levantemos, te ayudaré con el equipaje. Yo no tengo nada que preparar; en Barcelona tengo de todo, solo debo llevar la silla, las muletas y el portátil. ¿Te parece bien el plan? —le pregunté con una sonrisa pícara.

—Me parece un plan estupendo —me contestó, levantándose de la silla en la que estaba sentada en la cocina.

Lo que hizo a continuación hizo que me pusiera duro al momento. Empezó a caminar en dirección a la habitación, pero se paró un segundo a mitad de camino y se quitó la camiseta. Como no llevaba nada debajo, se giró un poco y ella misma se acarició las tetas, deteniéndose en sus pezones para tirar de ellos.

Dos pasos más y se bajó los pantalones, dejándome ver que tampoco llevaba nada debajo. Abrió las piernas y, después de chuparse dos dedos con lascivia, se los pasó por su centro, deteniéndose en su clítoris, que acarició en círculos mientras jadeaba.

—¿Vienes o tengo que acabar yo sola? —me preguntó antes de morderse el labio.

Mi reacción la hizo soltar una carcajada. En todo el tiempo que llevaba usando la silla de ruedas, nunca había girado las ruedas a la velocidad que lo hice para llegar a ella.

—Entra y túmbate en la cama. Vas a saber lo que es bueno por provocarme así. Voy a atarte al cabecero y no voy a parar hasta que me supliques que lo haga —le dije, dándole un azote en el culo que la hizo jadear más fuerte.

Entró delante de mí y obedeció. Vaya si obedeció. Y yo cumplí lo que le había dicho, vaya que si lo hice. No paramos de darnos placer hasta que, tres

horas después, los dos caímos rendidos en la cama, dejándonos llevar por el sueño.

Cuatro horas dormimos, pero fueron más que suficientes para recuperarnos del sueño y de la maratón de sexo que tuvimos por la mañana. Cuando nos levantamos, nos dimos una ducha rápida y nos fuimos a la cocina para hacernos algo rápido pero consistente, porque estábamos famélicos después del desgaste.

Como le comenté al proponerle el plan, después de comer la ayudé a preparar el equipaje. Solo dejó fuera lo imprescindible para vestirse al día siguiente y el neceser. La verdad es que no había traído mucho equipaje y terminamos enseguida.

La noche la terminamos de una manera especial: los dos tumbados en el sofá, abrazados, viendo una película. Momentos como esos eran los que yo quería para el resto de mi vida junto a ella, y así se lo hice saber antes de irnos a la cama.

# Capítulo 26

**Abril**

—¿Vas a llevar la silla a la rueda de prensa o las muletas? —le pregunté a Bruno mientras descendíamos la escalerilla del ferry, ya en Valencia.

—Las muletas, sabes que puedo hacerlo —me respondió, seguro de sí mismo.

El viaje, aun siendo de cinco horas en el ferry, no se nos hizo largo para nada. Era nuestro último momento a solas, antes de que todo explotara, de que todo cambiara. Y lo aprovechamos para hablar; eso fue lo que más hicimos. Pero también hubo besos, miradas que lo decían todo. También hubo silencios, pero no de esos incómodos, sino de los que acompañan y te hacen sentir que estás junto a la persona indicada porque, aunque no digáis nada, lo decís todo.

Empujé la silla de Bruno hasta el aparcamiento donde Lucas nos estaría esperando dentro del coche. Todo lo habían planeado en el más absoluto secretismo; no querían que nadie le reconociera y empezaran con las especulaciones antes de tiempo. Bruno llevaba una gorra bajada casi hasta la nariz, ocultando su rostro al mundo. De esa manera solo éramos una chica que llevaba a un chico sin nombre, sin rostro, sin identidad de cara a todos los pasajeros y familiares que estaban allí.

Llegamos al coche y fue Nora la que se bajó, dejando a Lucas dentro, oculto también por si alguna persona le reconocía como el hermano de y

pudiera atar cabos.

—Chicos, me alegro de veros —dijo.

El primer abrazo fue para mí, como no podía ser de otra manera. Era mi hermana, la que solo con una mirada y un asentimiento me dijo: estoy aquí, tranquila, todo irá bien. Luego llegó el abrazo para Bruno, acompañado de un:

—Bienvenido, cuñado.

Eso le hizo sonreír.

Bruno no necesitaba ayuda para montarse en el coche. Lo hizo despacio, con movimientos medidos, calculados y lentos, pero seguros. Y yo sonreí porque me sentía muy orgullosa de él: por lo duro que había trabajado, por todas las protestas, las lágrimas y los chillidos que se había tragado.

Ese día que nos conocimos me prometió colaborar, y lo hizo. Más de lo esperado. Agarrando mi mano, dejándome tomar el mando, dejándome ser dura por su bien. Pero lo más importante fue que me dejó quedarme, no en su casa, sino en su vida, en su cabeza y en su corazón.

—¿Preparados? —nos preguntó Lucas una vez que estuvimos todos montados y con los cinturones puestos.

—Sí —contestamos los tres a la vez.

Prácticamente todo el camino el tema de conversación fue el mismo: Paula y lo que había pasado con ella durante su visita. Nora se había enterado por boca de Lucas, en el camino de Barcelona a Valencia cuando vinieron a recogernos. Pero claro, mi amiga no iba a conformarse solo con lo que Lucas le había contado; ella quiso saber todo directamente de la fuente, o sea, nosotros.

Entre los dos le contamos todo con detalle: la actitud de Paula, el error de Bruno —eso fue él mismo quien lo contó y lo llamó de esa manera—, mi reacción ante el dolor que sentí al verlos en la piscina, mi huida nocturna sin

rumbo. Ahí mi amiga me echó una buena bronca por no haberla llamado. «Nadando a Ibiza hubiera ido», me dijo.

Y no eran palabras dichas para quedar bien; eran rotundas, sinceras, de esas que te llenan porque sabes que pase lo que pase, ella siempre estaba ahí. Claro que hubiera venido. Por eso precisamente no la llamé. Porque primero me habría acompañado sentada a mi lado en esa playa desierta, sin decir nada, solo compartiendo el silencio, pero estando ahí para mí, agarrando mi mano para no dejarme caer.

Pero después también habría ido a casa de Bruno y le habría arrancado su preciosa cabellera rubia a Paula y se habría quedado tan pancha. Y a Bruno… a él le habría pegado un manguerazo de una hora con agua helada para que se le aclararan las ideas.

—No hay nada peor que una mujer despechada. No lo va a dejar estar —dijo Nora en alto, pero sin dirigirse a ninguno de nosotros, como si fuera una reflexión o una premonición.

—Pienso lo mismo —añadió Lucas.

—Pues no le va a quedar más remedio que dejarlo estar, porque mañana saldrá todo a la luz y todo el mundo sabrá que hace meses que no estamos juntos. —La rotundidad en las palabras de Bruno hizo el efecto que pretendía: relajar el ambiente y dejarnos más tranquilos a los tres.

Yo no me pronuncié en voz alta, pero pensaba igual. Paula no era una mujer a la que le gustara perder y pelearía hasta el final para ganar el juego.

—Espero que tengas razón y no haya sorpresas. Un escándalo en estos momentos sería un suicidio público. Los Oklahoma no son cualquier equipo y no permitirán que su nombre se mezcle con prensa rosa de mierda. Si eso pasara, podrían deshacer el contrato y no ficharte —dijo Lucas, zanjando el tema, pero dejándonos a todos preocupados.

Con las últimas palabras de Lucas llegó el silencio al coche. Pero no incómodo, sino necesario. Ese silencio nos permitió a todos sumergirnos cada

uno en sus propios pensamientos.

A mitad de camino paramos a comer en una de esas áreas de descanso en las que no hay mucho donde elegir, pero que te llena el estómago para poder seguir. Sándwiches y refrescos para todos y un trocito de tarta que estaba bastante buena.

Acordamos que, hasta que todo estuviera resuelto, yo me quedaría al margen. Sería una sombra. Esa idea, o más bien consejo, vino por parte de Lucas, pero a Bruno le costó mucho aceptar que hiciéramos las cosas así. Como me había dicho siempre, no quería tener que esconderme ni que pareciera que la mujer que quería era un sucio secreto que había que tener oculto.

La primera parada al llegar a Barcelona fue en mi casa. De allí dejarían a Bruno en casa de sus padres y, por último, Lucas y Nora se irían a la de él, donde Nora estaba ya prácticamente viviendo.

Al bajarme del coche, mis ojos, mi corazón y mi boca sonrieron a la vez. Allí, con los brazos abiertos, estaba mi ancla en este mundo: mi padre. Me lancé a sus brazos y me cogió al vuelo, riéndose.

—Te he echado de menos, mi niña —me dijo, besándome en la frente.

—Yo también a ti, papá —le contesté emocionada, besándole en la cara.

Mi padre se acercó al coche y desde las ventanillas saludó a todos y charló un ratito con ellos mientras yo sacaba mi equipaje del maletero.

—Tranquilo, mañana, ¿vale? Todo irá bien —le dije a Bruno, dándole un beso por la ventanilla del coche para evitar que se bajara y alguien le reconociera.

—Te quiero —me susurró en los labios antes de darme un segundo beso.

—Te quiero —le contesté de vuelta antes de retirarme del coche para que se fueran.

Mi padre y yo los vimos marchar y, agarrada a su brazo con mi maleta en la otra mano, subimos a casa. Cuando nos sentamos, le puse al día de todo lo que había pasado, para que supiera lo que se nos venía encima.

# Capítulo 27

**Bruno**

—Vas a desgastar el suelo, Bruno. Siéntate un poco y descansa las piernas, no te conviene forzar tanto. Si te viera Abril, te llevarías una buena bronca y lo sabes —me pidió mi hermano, señalando la silla que estaba a su lado.

Tenía que darle la razón. Si Abril estuviera ahí conmigo, ya me habría dado un buen tirón de orejas, así que accedí a la petición de mi hermano y me dejé caer en la silla que me había señalado.

Llevábamos más de una hora en esa antesala esperando para entrar en la que tendría lugar la rueda de prensa. Habíamos llegado con tiempo, sí, pero con la cantidad de periodistas que habían acudido estaba siendo una locura acomodarlos a todos, o eso nos dijo la chica media hora antes. Por eso se estaba retrasando el poder empezar. Por eso y porque la señorita Paula todavía no se había presentado.

Todo ese conjunto de cosas me tenía de los nervios y mi mala hostia estaba aumentando por momentos.

—¿Estás bien? —me preguntó mi hermano, poniéndome la mano en el hombro.

—No. Necesito que esto acabe de una vez —le contesté, pasándome la mano por la cara con gesto de cansancio, pero no físico; ese hacía muchos días

que había desaparecido. Era mental.

Desde que llegamos el día anterior a Barcelona, tenía un mal presentimiento que me tenía el estómago encogido. No les había querido decir nada ni a mi hermano ni a Abril para no preocuparles, pero esa sensación de que algo malo iba a pasar estaba ahí y no se iba en ningún momento.

El recibimiento de mis padres en su casa fue muy emotivo. Mi madre lloró como una niña pequeña cuando me vio entrar andando, ayudado por las muletas, por la puerta. Mi padre no se quedó atrás y, aunque no tan exagerado, también soltó alguna que otra lagrimilla.

Mientras cenábamos, les conté todo lo que había pasado el fin de semana con Paula y con Abril, y tuvieron reacciones diferentes. Mi madre lucía un visible disgusto a medida que mi relato avanzaba, sin dejar de repetir las palabras «pobre Abril» una y otra vez. En cambio, mi padre soltó varios insultos contra Paula. Pocas veces en mi vida le había visto tan enfadado como ese día, repitiendo una y otra vez que Lucas siempre había tenido razón: Paula era una interesada que solo estaba conmigo por mi fama para conseguir la suya propia.

Ellos no me habían acompañado a la rueda de prensa. Solo lo había hecho mi hermano. Era lo mejor: así les ahorrábamos el rato de preguntas incómodas que los periodistas les harían, porque cuando se enteraran de toda la verdad de lo que me había pasado las habría, por supuesto que las habría. No había cosa que les gustara más que el morbo de preguntar cómo se sentían las personas cuando han pasado por una situación difícil.

Esa mañana mi madre había llamado a Abril y le había propuesto que ella y su padre fueran a su casa y desde allí todos juntos vieran la rueda de prensa, que se iba a retransmitir en directo en varias cadenas de televisión y plataformas digitales. Por supuesto, aceptó encantada. Adoraba a mis padres, eso ya me lo había dicho en varias ocasiones.

Además, desde el fin de semana que todos estuvieron en mi casa de Ibiza, Simón tenía una relación muy estrecha con mis padres, con los que hablaba a menudo. Incluso había estado comiendo en su casa algunas veces y ellos en la

de él, así que cuando supo el plan propuesto, también estuvo encantado de ir con su hija.

Por supuesto, esa tarde en la reunión familiar también estaría Nora, a la que mis padres ya consideraban, igual que a Abril, su otra nuera y con la que se llevaban fenomenal.

—Ya estoy aquí —dijo Paula nada más entrar en la sala, como si de la reina de Inglaterra se tratara, con esos aires de superioridad que siempre se gastaba y que me hacían hervir la sangre.

—Ya era hora. Tenías que estar aquí hace una hora, joder —le recriminó mi hermano con tono de enfado.

—Tranquilito, Lucas, ya sabes que lo bueno se hace esperar —le respondió con chulería.

—¿Pero tú quién te has creído que eres? Te recuerdo que hoy el protagonista es Bruno, así que más te vale que dejes esos aires de grandeza aquí dentro y fuera te comportes en condiciones.

»Tu función es quedarte en segundo plano y solo contestar las preguntas que habéis preparado. Nada de empezar a darte bombo ni a contar nada que no debes. Si quieres protagonismo, gánatelo trabajando.

La furia en los ojos de Paula por las palabras de mi hermano —que, por cierto, no podían ser más ciertas y con las que yo estaba totalmente de acuerdo — hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo.

—Chicos, no podemos demorar esto más. Tenéis que salir ya. La gente está impaciente y los de las cadenas de televisión se suben por las paredes del cabreo que tienen —dijo la chica que nos había ido informando de todo mientras estuvimos allí.

Con sus palabras cortó la discusión con Paula y se lo agradecí mentalmente, porque a saber cómo habríamos acabado ahí dentro los tres. Discusión estaba claro, pero además los gritos por parte de Paula —de los que estaba seguro— los habría oído hasta mi madre desde su casa.

—Señorita, usted espere aquí hasta que le demos paso. Primero hablan solo con el señor León y después ya con los dos —le pidió la chica con mucha educación.

Paula no contestó. Solo asintió apretando los dientes, dando a entender que no estaba de acuerdo con su petición, pero que no le quedaba más remedio que aceptar.

—Vamos, Bruno, acabemos con esto. —Mi hermano me puso la mano en la espalda para que saliera ya por la puerta.

La sala estaba a reventar, no cabía ni un alma. El barullo de voces que había era ensordecedor, pero en el momento en el que me vieron aparecer sí se hizo el silencio. Todos me miraban alucinados: unos con la boca abierta, otros llevándose las manos a la cabeza, otros entrecerrando los ojos, haciéndose mil preguntas.

—Buenas tardes a todos —dijo el jefe de prensa que iba a guiar la entrevista, dando paso y eligiendo qué periodistas preguntarían y el orden que llevarían.

—Sé que todos en estos momentos os estáis haciendo mil preguntas y estáis ansiosos por saber qué es lo que le ha pasado a Bruno León, pero os pediría que primero le dejarais hablar, que él mismo os explicara el motivo de su estado. Cuando acabe, haremos una rueda de preguntas.

»Al terminar entrará en la sala Paula, a la que todos ya conocéis, y juntos también aclararán su situación. Cuando quieras, Bruno —añadió, explicando el orden y dándome paso al final.

Cogí aire y, soltándolo unos segundos después, empecé a hablar sin parar. No llevaba un discurso preparado en papel porque me parecía muy frío, pero sí lo llevaba en la cabeza. Los días anteriores lo había preparado mentalmente, repasándolo una y otra vez para no dejarme nada sin contar.

Les relaté cómo había tenido el accidente de tráfico por mi imprudencia de no haber descansado ni dormido en muchas horas; cómo fue el despertar en el hospital al enterarme de que no podía caminar; el retiro de la vida pública que

yo mismo me autoimpuse porque no era capaz de aceptar mi estado y el pozo en el que me había hundido al ver que la rehabilitación no funcionaba.

Les hablé de cómo una enfermera —sin dar el nombre de Abril, eso ya llegaría— no me había dejado rendirme y de que gracias a su constancia había conseguido en poco tiempo que empezara a recuperarme. Que, aunque todavía no estaba al cien por cien, apenas me faltaba nada para estarlo y que volvería a jugar con más fuerza y ganas que antes.

Por último, les hablé de mi fichaje en el equipo de Estados Unidos, donde me iría a vivir en menos de tres semanas. De lo contento y agradecido que estaba porque, aun sabiendo lo que me había pasado y el estado en el que me encontraba, habían depositado su confianza en mí y en mi juego para unirme a ellos como su nuevo escolta.

Al terminar, lo primero que hicieron todos los presentes fue aplaudirme con ganas y lanzar felicitaciones al aire y palabras de ánimo, que me hicieron emocionarme por el apoyo que todos me mostraron.

La rueda de preguntas empezó y todas fueron muy respetuosas, centradas en mi nueva etapa o en cómo me había sentido esos meses. Una vez acabada esa parte, el jefe de prensa le pidió a la chica encargada de la sala que fuera a buscar a Paula y la hiciera pasar para tratar lo último que nos quedaba.

Paula entró con ese aire que la caracterizaba de diva protagonista y, antes de sentarse en la silla que estaba a mi lado, hizo algo que me enfureció como no os podéis ni imaginar. Me agarró la cara con las dos manos y me besó en la boca allí, delante de todos.

Mi hermano vio cómo me tensaba y con su mano me apretó la pierna por debajo de la mesa, pidiéndome calma.

Sin dejar hablar al jefe de prensa ni a mí, Paula se adelantó y, sentada en la silla, cogió mi mano y soltó la gran mentira por la boca.

—Buenas tardes a todos. Como me imagino que ya estaréis cansados por todo el rato que lleváis aquí, seré breve y os resumiré en qué punto está

nuestra relación —les dijo a todos, señalándome a mí y después a ella.

—Bruno y yo estamos juntos y mejor que nunca. Todas las noticias que habéis visto estos meses eran puras especulaciones sin sentido. Estos meses en los que ha estado tan mal he estado para él más que nunca, acompañándole en su proceso de recuperación, siendo su mejor aliciente para querer curarse.

»Nuestros planes de futuro son formar una familia en Estados Unidos, donde, por supuesto, yo le acompañaré cuando se vaya en tres semanas.

Mi hermano y yo nos miramos a los ojos, reflejando en ellos la incredulidad que sentíamos por las palabras de Paula, pero también el evidente enfado. No hizo falta que dijéramos en voz alta lo que se nos pasó por la cabeza en esos momentos, porque los dos coincidíamos. La muy hija de puta me la había jugado para salirse con la suya, haciéndolo ahí delante de toda la prensa porque sabía de sobra que yo no haría nada en su contra ni la contradiría para no armar un escándalo.

—¿Qué cojones estás haciendo? —le dije entre dientes, acercándome a su oído para que no me oyera nadie.

—Ya te avisé de lo que pasaría. Volveremos a ser lo que éramos y seremos muy felices juntos, así que hazme el favor de sonreír, amor, y que toda España vea lo contento que estás porque tu mujer va a dejar su vida aquí para seguirte —me susurró del mismo modo que yo había hecho, añadiendo además una caricia en mi pelo y otro beso para hacer más creíble el paripé delante de todos.

Ante sus declaraciones y el gesto de cariño que me dedicó —al que yo no respondí, pero eso los demás no lo vieron porque ella ya se encargó de ponerse de tal manera que mi cara no se viera—, las preguntas empezaron una tras otra sin parar.

El agobio que me entró al darme cuenta de la magnitud del lío en el que me acababa de meter Paula hizo que mi respiración se acelerara y empezara a marearme.

—Lucas… para esto o me levanto y tiro mi vida por la borda, por favor —le rogué a mi hermano, que estaba echando chispas por los ojos.

Pero al ver el estado en el que me encontraba, a punto de darme un ataque de ansiedad, reaccionó rápido.

—Señoras y señores, les agradecemos su presencia hoy aquí y todo el apoyo mostrado. Pero mi hermano ha tenido un día muy largo y, como habéis escuchado, hoy es el primer día que no usa la silla de ruedas. Así que, sintiéndolo mucho, lo vamos a tener que dejar aquí. Necesita descansar.

Mi hermano se había puesto en pie para hablar, alzando un poco la voz para que todos le oyeran bien. Al terminar, me agarró del brazo y me ayudó a levantarme. Salimos de la sala para entrar en la que habíamos estado anteriormente, seguidos de una Paula que venía con una sonrisa de oreja a oreja, sintiéndose vencedora.

Al cerrar la puerta, los gritos y los insultos volaron entre esas cuatro paredes de una manera impresionante. Pero de nada sirvió, porque como todos sabíamos, me tocaría tragar con todo eso hasta que estuviera asentado en mi nuevo equipo y pudiera mandarla a tomar por culo sin montar un escándalo.

# Capítulo 28

**Abril**

—Cariño, ¿estás lista? —me preguntó mi padre, dando dos toques en la puerta de mi habitación.

Me separé del espejo donde me estaba mirando mientras me peinaba y abrí la puerta para dejarle pasar.

—No tengas tanta prisa, aún falta una hora para que empiece la rueda de prensa y en llegar a casa de Camila y Felipe solo tardamos veinte minutos —le dije sonriendo al ver lo nervioso que estaba, pues no parecía que fuera él el que iba a hablar con la prensa y no Bruno.

Esa misma mañana Camila me había llamado por teléfono para proponerme que mi padre y yo fuéramos a su casa para ver la rueda de prensa, que retransmitirían en la televisión en directo, todos juntos. Por supuesto, Nora también estaría allí. Mi padre, cuando se lo comenté, se puso tan contento como un niño en la mañana de Navidad. Se llevaba fenomenal con mis suegros, sí, mis suegros, porque yo ya les consideraba así, al igual que para ellos, igual que Nora, era su nuera, aunque ninguna de las dos lo fuéramos legalmente al no estar casadas con sus hijos.

Un rato antes había hablado con Bruno por teléfono. Me llamó nada más llegar al edificio donde tendría lugar la rueda de prensa para que supiera que ya estaban allí esperando a que llegara el momento de empezar. Como no

podía ser de otra manera, Lucas le había acompañado, y no solo como su agente, que lo era, sino como su hermano y mejor amigo para apoyarle en esos momentos que se preveía iban a ser difíciles para él por tener que dar muchas explicaciones, sobre todo de su vida privada.

Ojalá yo hubiera podido acompañarle, pero de momento tenía que quedarme en las sombras hasta que toda la situación de Paula se resolviera, algo que los dos esperábamos que fuera pronto.

Nuestros planes, los que habíamos hablado el día de nuestra reconciliación y también en el largo viaje en ferry, eran que, pasados unos meses, más o menos después de Navidad, yo viajaría a Estados Unidos para por fin empezar nuestra vida juntos. Por supuesto, estaba muy emocionada y ansiosa de que llegara ese momento para poder estar juntos sin tener que esconder nuestra relación.

Pero… siempre tiene que haber un pero, claro. Por otra parte, me daba mucha tristeza tener que abandonar España y dejar a mi padre aquí solo. Cuando la noche anterior le conté lo de Paula y el largo y odioso fin de semana, también le hice partícipe de mis intenciones de seguir a Bruno. Al ver en mi mirada ese rastro de tristeza por tener que separarme de él, como siempre hacía, encontró la mejor solución para que su niña, o sea yo, tuviera la felicidad completa.

Sin ninguna duda y con todo el convencimiento del mundo, me dijo que una vez instalada en Oklahoma, que era donde íbamos a vivir, con calma le buscara un sitio pequeñito y cerca de nosotros para poder vivir allí también. Añadió además que, aparte de estar conmigo, también podría ver en directo todos los partidos de su yerno, y eso era un punto muy fuerte a su favor para dejar su vida de jubilado atrás y seguirnos a nosotros.

Le comenté a Bruno esa misma mañana, cuando hablamos a la hora del desayuno, lo que me había dicho mi padre, y le pareció una idea fabulosa. Me dijo que en cuanto estuviera allí instalado, él mismo buscaría algo para mi padre lo más cerca posible de la casa en la que nosotros íbamos a vivir, esa que todavía no sabía dónde sería porque al llegar, el equipo le había ofrecido un apartamento para él y para Lucas en el que podían quedarse todo el tiempo necesario hasta que eligieran sus propias viviendas.

Los planes de Nora, de los que me había puesto al día el día anterior en el coche durante el viaje a Barcelona, eran exactamente iguales que los míos, cosa que yo ya había dado por hecha sin que ella me lo dijera. Porque tanto ella como Lucas estaban locos el uno por el otro y no querían estar separados más de lo estrictamente necesario. Ella también viajaría después de Navidad para empezar su vida allí con Lucas, dándole tiempo a encontrar una casa para los dos, donde en un futuro pudieran formar una familia.

Así que, al parecer, ella, mi padre y yo viajaríamos todos a la vez para empezar una vida nueva a miles de kilómetros de casa. Lo que tiene el amor y cómo te cambia la vida, ¿verdad?

—Ya estoy, podemos irnos cuando quieras —le dije a mi padre, que seguía rezongando y paseándose por mi habitación.

—Gracias a Dios, veía que al final nos tocaba hacer el camino corriendo porque se nos echaba la hora encima —me dijo mientras iba en dirección a la puerta de la calle con pasos rápidos.

—Parece que tienes sangre andaluza en las venas igual que Nora, porque más exagerado no puedes ser —respondí mientras le seguía a la salida, riéndome.

El camino de veinte minutos hasta la casa de los padres de Bruno, que habíamos decidido hacer andando, dando un paseo, lo hicimos en catorce. Al llegar y llamar a la puerta, cuando Camila nos abrió, nos miró riéndose y negando con la cabeza.

—¿Dónde está el fuego, que parece que venís corriendo? —nos preguntó a la vez que nos dejaba pasar.

—Este hombre, que me trae a matacaballo todo el camino porque dice que se nos echaba la hora encima para ver empezar la rueda de prensa. Joder, vengo seca —le contesté a mi suegra, que se estaba partiendo de la risa al vernos a los dos sin aliento.

—Anda, pasad a la cocina. Felipe y Nora están allí tomando café, pero creo que a vosotros os sacaré agua o limonada, que he hecho esta mañana.

Entramos en la cocina y, efectivamente, allí estaban Felipe y Nora hablando animadamente, con una taza de café cada uno en la mano. En cuanto me llegó el olor de ese líquido que solía encantarme, igual que me había pasado esa misma mañana, se me revolvió el estómago y unas arcadas empezaron a subirme por la garganta.

—Abril, hija, ¿estás bien? Te has puesto blanca de repente —me preguntó Camila preocupada al ver mi cara.

—Sí, me he mareado un poco. Será por haber venido andando tan deprisa con el calor que hace —le contesté apoyándome en la encimera de la cocina.

—Ven conmigo, vamos al baño y te lavas un poco la cara —me dijo Nora, levantándose rápido para agarrarme del brazo y guiarme por el pasillo hasta el baño más cercano.

Entramos en el baño y Nora cerró la puerta a nuestra espalda. Se quedó apoyada, de brazos cruzados, sin decir ni una palabra, esperando a que me lavara la cara y me echara también un poco de agua en la nuca.

—Sabes tan bien como yo que eso no ha sido un golpe de calor, Abril. Hoy ha sido al oler el café que te encanta, pero ayer también noté cómo arrugabas el morro cuando paramos a comer y te llegó el olor de las anchoas del sándwich de Lucas, y eso que no estaba muy cerca de ti.

Joder, con Nora no se le escapaba ni una.

—¿Te has hecho una prueba ya? —me preguntó poniéndose a mi lado y acariciándome la espalda.

—No… —susurré, a la vez que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Eh… tranquila, estoy aquí, ¿vale? —Me envolvió en sus brazos con firmeza, dándome el apoyo y el cariño que necesitaba en esos momentos.

Llevaba días sospechando lo que me pasaba, más concretamente desde la noche que había pasado yo sola en la playa, donde, entre las tantas cosas en las que pensé, una de ellas fue que el último mes no me había bajado el periodo. Pero tenía tanto miedo a que mis sospechas dejaran de ser solo eso y se convirtieran en una realidad, que no le había querido decir nada a nadie.

La situación que teníamos Bruno y yo no era para nada normal, y un bebé en estos momentos podría ser para él un problema más que una alegría.

—Tengo una falta y estoy muerta de miedo, Nora. Mira la situación que tenemos… No sé cómo se lo tomará Bruno si es verdad que estoy embarazada. Llevamos muy poco tiempo juntos y… —Dejé salir mis miedos, sabiendo que Nora me entendería y me apoyaría como siempre habíamos hecho la una con la otra.

—Mañana iré a tu casa y lo haremos juntas. Si da positivo, que estoy segura de que así será, ya veremos qué hacemos. Pero ya verás cómo todo irá bien. —Con sus manos me secó las lágrimas de las mejillas y después volvió a abrazarme.

—No quiero que nadie sepa nada de momento —le dije, porque quería esperar, sobre todo, para decírselo a Bruno cuando las cosas se pusieran en su sitio.

—Soy una tumba, ya lo sabes. Ahora vamos a salir ahí fuera como si nada pasara. Los tres se han quedado preocupados y es mejor no darles más motivos para que empiecen a preguntar qué ocurre —me dijo antes de abrir la puerta para volver las dos a la cocina.

Entramos y tanto mi padre como mis suegros se levantaron de la silla para mirarme bien y cerciorarse de que estaba bien. Haciendo un gran esfuerzo, sonreí para tranquilizarlos y los vi soltar el aire que estaban conteniendo.

—Ya tienes mejor cara. ¿Quieres limonada, agua o te apetece otra cosa? —me preguntó Camila antes de sentarse, como habíamos hecho todos los demás.

—¿Puede ser una infusión, por favor? —le pedí.

—Claro, cariño, ahora mismo te la hago —me contestó mirándome con cariño.

En nada de tiempo tuve la infusión en mis manos y, sorbo a sorbo, mientras charlábamos, mi estómago se asentó, calmándome las náuseas que sentía.

Diez minutos antes de la hora prevista para la rueda de prensa, todos fuimos al salón para sentarnos en los sofás y ver a los chicos en la tele, allí mucho más cómodos. El tiempo fue pasando a la vez que los nervios en todos aumentaban.

Nora escribió un mensaje a Lucas para preguntarle por qué llevaban tanto retraso, y le dijo que, aparte de que la gilipollas de Paula aún no había llegado, también era porque había tal cantidad de periodistas allí que estaban tardando en acomodarlos a todos.

Con más de una hora de retraso, por fin empezó. A Bruno se le veía nervioso, pero intentaba que no se le notara, poniendo su sonrisa estudiada, esa que siempre ponía cuando lo que pasaba a su alrededor no le gustaba una mierda. Habló y explicó todo con mucha calma, sin dar demasiados detalles. La ronda de preguntas también fue muy bien, siendo los periodistas de lo más respetuosos.

Al acabar, le tocó el turno a Paula, que entró en la sala como si fuera la dueña y señora del lugar, pero eso no fue lo peor. Cuando se acercó a Bruno y le besó allí delante de todo el mundo, todos nos miramos con la boca abierta. Nuestra reacción fue ponernos a la vez en pie y acercarnos a la tele para ver mejor lo que pasaría a continuación.

—Bruno y yo estamos juntos y mejor que nunca. Todas las noticias que habéis visto estos meses eran puras especulaciones sin sentido. Durante todo el tiempo en que ha estado tan mal, he estado para él más que nunca, acompañándole en su proceso de recuperación, siendo su mejor aliciente para querer curarse.

»Nuestros planes de futuro son formar una familia en los Estados Unidos, donde, por supuesto, yo le acompañaré cuando se vaya en tres semanas.

Me tuve que sentar de la impresión al oír las declaraciones que Paula dijo alto y claro.

Los insultos volaron por el salón. Incluso gritos llegué a oír, pero no supe de parte de quién venían. El estado de *shock* en el que me encontraba hizo que las náuseas volvieran, los oídos me zumbaran y un sudor frío me recorriera toda la espalda.

Las últimas imágenes que vimos fueron de Lucas y Bruno saliendo apresuradamente de la sala, casi sin despedirse.

# Capítulo 29

**Abril**

Los minutos pasaron lentos. Todos en el salón no dejaban de protestar y soltar cientos de barbaridades por la boca, todos menos yo, que parecía que me había quedado en un estado catatónico. Por mi cabeza solo pasaba una pregunta una y otra vez: ¿y ahora qué?

—Abril, ¿estás bien? Tú tranquila, que en cuanto entren por la puerta Bruno y Lucas nos pondrán al tanto de todo y seguro que ya tienen pensado algo para arreglar el lío que ha formado la estúpida esa. —Las palabras de mi suegra no lograron calmar mis nervios, porque todos en ese salón sabíamos de antemano que la solución no sería sencilla ni tampoco en un espacio corto de tiempo.

Seguimos hablando durante media hora de la rueda de prensa, comentando lo bien que se había explicado Bruno y lo tranquilo que pareció cuando contó con mucha calma lo que le había pasado. Lo mejor de toda la retransmisión fue, sin duda, la preciosa sonrisa que tenía cuando habló del fichaje en su nuevo equipo y de las ganas que tenía de volver a pisar una cancha para dar lo mejor de sí.

Como dijo al final de la explicación, era un sueño cumplido que pensó que nunca llegaría, pero que gracias a su esfuerzo y al apoyo de todas las personas que le querían y que habían estado siempre animándole y apoyándole incondicionalmente, por fin lo había conseguido.

La puerta de la calle se abrió y todos menos yo se pusieron en pie para recibir a los hermanos, que entraron con caras de funeral, dejándonos ver que las noticias que traían no eran buenas.

Bruno recorrió el salón con la mirada hasta que dio conmigo, que seguía sentada en el sofá frotándome las manos sin parar, intentando controlar los nervios que me recorrían el cuerpo entero. Levantó la mano para que los demás, que habían empezado a soltar preguntas como si de balas en una guerra se tratara, le dieran un momento.

Se acercó hasta donde estaba y se sentó a mi lado en el sofá. Me miró reflejando en sus ojos la impotencia y la tristeza que sentía en esos momentos y, después de unos segundos que se me hicieron eternos, me abrazó como si no hubiera un mañana.

Envuelta entre sus brazos, mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón se partió por la mitad. No era un abrazo de amor, de no te preocupes, era un abrazo de despedida. Los dos lo sabíamos, porque no podía ser de otra manera. Si en esos momentos desmentía las palabras de Paula, se formaría un escándalo de tal magnitud que su fichaje peligraría y su sueño se iría a la mierda.

—Abril… —Solo fue capaz de decir mi nombre, del nudo que tenía en la garganta. Sus ojos también estaban llenos de lágrimas por la pena que sentía, sabiendo que ese era nuestro final.

—No hace falta que me digas nada, lo entiendo. Puede que esto no sea un adiós, sino un hasta pronto. Puede que nuestro destino no fuera estar juntos. Ha sido bonito mientras duró, pero ahora cada uno tiene que seguir su camino, tú allí y yo aquí.

»Y si la vida vuelve a juntarnos cuando las cosas cambien, quiero que sepas que mi corazón seguirá siendo tuyo, eso no cambiará —le dije poniéndole un dedo encima de la boca.

—Puedo… —Volví a taparle la boca, porque no le dejaría ni siquiera pensarlo. Por nada del mundo le permitiría que renunciara a su sueño.

—Ni siquiera lo pienses. Es tu sueño y no voy a permitir que renuncies a él. Ve allí y demuéstrales a todos de la pasta que estás hecho. Y si quieres volver con ella, pues también lo entenderé. Ahora tendréis que estar allí juntos y… —En ese momento fue él quien tapó mis labios, sin dejarme terminar la frase.

—No volvería con ella jamás. Te amo y eso no va a cambiar, por muchas cosas que pasen o por mucho tiempo que tengamos que estar separados. No sé cómo lo voy a hacer, pero lo arreglaré y volveré a por ti. ¿Me esperarás? —me preguntó con miedo a que mi respuesta fuera una negativa.

—Toda la vida, si hace falta —le contesté, acariciándole la cara antes de darle un suave beso en los labios.

No hubo más palabras entre nosotros. Ya estaba todo dicho. Solo el tiempo diría si nuestro futuro sería estar juntos o no.

Cuando nos separamos y miramos a los demás, que se habían quedado mudos mirándonos, vimos las caras de desolación que tenían al haber oído nuestra conversación. Pero la peor cara de todas era la de Nora, sabiendo el secreto que guardaba en mi interior y que ahora más que nunca tendría que seguir siendo eso: un secreto. Porque si se lo revelaba a Bruno, aun sin estar segura del todo, estaba convencida de que sí renunciaría a su sueño para quedarse junto a mí y a nuestro hijo.

Después de ese momento tan emotivo, Bruno y Lucas nos explicaron con detalle todo lo que había pasado dentro de la antesala en la que entraron con Paula al acabar la rueda de prensa, donde tuvieron una bronca de campeonato con ella, exigiéndole que les dijera por qué había jodido a Bruno de esa manera. Les costó, pero al final confesó la verdad.

Lo que más me dolió de todo fue enterarme de que su jugada para irse con Bruno a Estados Unidos no había sido porque le amara. Que, si hubiera sido eso, aunque no lo hubiera hecho de la mejor manera, podría llegar a entenderlo: que hubiera luchado con cualquier arma disponible para volver con él e intentar reconquistarle. Pero esos no eran sus motivos.

Simplemente, su carrera estaba totalmente estancada y apenas le salían trabajos. Por eso quería ir con él a Estados Unidos para conseguir triunfar allí.

La indignación de todos al enterarnos de esos motivos fue la misma que la mía. Ninguno podíamos entender hasta dónde llegaba la ambición y el egoísmo de esa mujer, que sin importarle una mierda cómo pudiera afectarle a Bruno, le había dado igual todo con tal de salirse con la suya.

—Lo arreglaremos, hermano, eso te lo juro por lo más sagrado. No voy a dejar que esa mujer joda tu vida más de lo que ya lo ha hecho. Tú déjalo en mis manos, que yo me encargaré de todo. La voy a hundir. Cuando termine con ella, se va a acordar de mí para toda su puta vida.

»Tú céntrate en jugar y terminar de recuperarte, que con eso tienes bastante. —Las palabras de Lucas, tan seguras y contundentes, sonaron como si en su cabeza ya estuviera trazando un plan o como si tuviera un as guardado en la manga del que los demás no teníamos ni idea.

—Tu madre y yo nos vamos con vosotros a Estados Unidos. Allí podremos ayudar en lo que haga falta —les dijo Felipe, y Bruno le dio las gracias asintiendo con la cabeza, igual que hizo Lucas.

Esa noche Bruno me pidió que me quedara con él. No pude negarme. Sería la última que pasaríamos juntos en mucho tiempo, o eso esperaba. Hicimos el amor durante horas, demostrándonos cuánto nos queríamos.

Al amanecer, y cuando la casa estaba en total silencio, salí de allí como si fuera una ladrona. Dejé a Bruno durmiendo en la cama sin que se diera cuenta de mi huida. No quería tener que despedirme de él; hubiera sido durísimo hacerlo.

Porque, como quedamos la noche anterior, a partir de ese día no podríamos vernos más hasta que las cosas se solucionaran, ya que la prensa ahora más que nunca estaría pendiente de todos sus movimientos hasta que se marchara a final de mes.

Cuando entré en casa apenas había amanecido, pero allí estaba mi ancla esperándome, sentado en la mesa de la cocina tomándose un café.

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó acercándose a mí para darme un abrazo, y ya no pude soportarlo más. Allí, en sus brazos, me rompí. Todo lo que había estado guardándome desde la tarde anterior salió en forma de un llanto desgarrador.

Mi padre no dijo nada. Solo estuvo allí, sosteniéndome, calmándome, dándome ese apoyo silencioso que era mejor que mil palabras. Los minutos pasaron lentos, demasiado, pero no me soltó hasta que vio que mi llanto había cesado.

—Yo confío en Lucas. Sé que lo va a arreglar —me dijo muy seguro mientras me limpiaba las lágrimas de la cara con un pañuelo que había sacado del pantalón.

—Papá, tengo que contarte algo. De momento no es seguro, pero…

—Estás embarazada.

Le miré con la boca abierta. *¿Cómo era posible que hubiera llegado a esa conclusión?*, me pregunté. Encima no me lo preguntó, lo dijo afirmando, como si para él ya fuera un hecho contrastado, cuando ni siquiera yo estaba segura del todo.

—No lo sé seguro. Más tarde vendrá Nora y me traerá una prueba para salir de dudas. Ella también lo sospechó ayer.

—Te conozco mejor que nadie y esa prueba va a decir que voy a ser abuelo, y no podría estar más contento por ello. Pase lo que pase, yo estaré aquí para los dos, Abril.

—Gracias, papá, por estar siempre a mi lado, por ser el mejor y por no dejarme caer.

—Gracias a ti por ser la mejor hija. Estoy muy orgulloso de ti.

Dos horas después, Nora se presentó en casa con dos pruebas de embarazo. Salí del baño con ellas en la mano y las dejé encima de la mesa. Mi padre me

agarró una mano y Nora la otra. Los tres esperamos juntos a que esos palitos nos dijeran si mi vida cambiaría en los próximos meses.

Cinco minutos. Eso fue todo lo que tuvimos que esperar para que las dos rayitas nos dijeran que allí, juntos, estábamos: un abuelo emocionado, una amiga de corazón que lloraba de alegría y yo, futura mamá de un hijo de Bruno.

# Capítulo 30

**Bruno**

Lucas y yo salimos del edificio donde había sido la rueda de prensa echando humo por las orejas del enfado que teníamos. Valiente hija de puta cómo me la había jugado. El día que fue a Ibiza solo fue un tanteo para saber si yo caería otra vez a sus pies sin necesidad de usar otras artimañas; al ver que no cedería, lo había preparado todo al milímetro para soltar toda esa sarta de mentiras sobre nosotros en el momento justo, sabiendo que no podría desmentirlo sin joder mi futuro.

Cuando pasamos a la sala de espera en la que habíamos estado antes de que todo empezara, al principio, al oír nuestros gritos y los insultos de Lucas, empezó a llorar haciéndose la víctima, intentando hacerme ver que lo había hecho porque me amaba. Pero Lucas, que siempre había sabido mejor que yo la clase de víbora ambiciosa y egoísta que era, le apretó las tuercas hasta que consiguió que confesara la verdad.

Su única razón para joderme la vida era porque en España apenas le salían trabajos y quería ir a triunfar a Estados Unidos, donde, si no estaba conmigo, que sería muy famoso en poco tiempo, por su propia cuenta no lo conseguiría.

La dejamos allí sin despedirnos siquiera, pero ella, antes de que saliéramos por la puerta, nos lanzó su última amenaza, diciéndonos que la tuviéramos informada de cuándo nos iríamos y que ni se me ocurriera dejarla aquí, porque me hundiría.

En el camino hasta casa de mis padres, mi hermano y yo no cruzamos más de dos palabras. Cada uno fue en el coche sumido en sus pensamientos. En la casa todos nos estarían esperando, seguramente nerviosos y desconcertados porque habían visto por televisión las declaraciones de Paula.

La que más me preocupaba era Abril. Estaría destrozada sabiendo que nos tendríamos que separar, y ese era el estado en el que yo también me encontraba. Iba a perder a la mujer de mi vida por una hija de puta ambiciosa. Aunque esperaba que las cosas se pudieran arreglar, porque no quería renunciar a ella.

Al entrar en el salón de la casa de mis padres, todos se pusieron en pie y empezaron a soltar preguntas sin parar, pero antes de contestar nada necesitaba hablar con mi chica. Miré a mi alrededor y la vi, sola y hundida, sentada en uno de los sofás. Me acerqué a ella deprisa, me senté a su lado y la envolví en mis brazos. Necesitaba sentirla, necesitaba decirle con ese abrazo que la amaba, aunque los dos sabíamos que más que eso, era una despedida.

—Abril… —Cuando la separé un poco de mí para mirarla a la cara, sus ojos estaban cuajados de lágrimas, al igual que los míos, y solo pude decir su nombre.

—No hace falta que me digas nada, lo entiendo. Puede que esto no sea un adiós, sino un hasta pronto. Puede que nuestro destino no fuera estar juntos. Ha sido bonito mientras duró, pero ahora cada uno tiene que seguir su camino, tú allí y yo aquí.

»Y si la vida vuelve a juntarnos cuando las cosas cambien, quiero que sepas que mi corazón seguirá siendo tuyo, eso no cambiará —me dijo poniéndome un dedo encima de la boca.

—Puedo… —Volvió a taparme la boca, sabiendo lo que quería decirle: que renunciaría a todo por ella.

—Ni siquiera lo pienses. Es tu sueño y no voy a permitir que renuncies a él. Ve allí y demuéstrales a todos de la pasta que estás hecho. Y si quieres volver con ella, pues también lo entenderé.

»Ahora tendréis que estar allí juntos y… —En ese momento fui yo quien tapó sus labios, sin dejarla terminar la frase.

—No volvería con ella jamás. Te amo y eso no va a cambiar por muchas cosas que pasen o por mucho tiempo que tengamos que estar separados. No sé cómo lo voy a hacer, pero lo arreglaré y volveré a por ti. ¿Me esperarás? —le pregunté con miedo a que su respuesta fuera una negativa.

—Toda la vida, si hace falta —me contestó, acariciándome la cara antes de darme un suave beso en los labios.

Después de esa declaración, los dos miramos a los demás, que estaban emocionados viendo la escena que tenían delante. Un poco más calmado, entre Lucas y yo les contamos todo lo que él había conseguido que Paula confesara: sus verdaderos motivos. Todos se indignaron de la misma manera que mi hermano y yo al saberlo.

Lucas me pidió que lo dejara todo en sus manos, que él lo arreglaría hundiendo a Paula por el camino, haciéndome prometerle que yo me dedicaría a recuperarme y a jugar mejor que nunca cuando llegáramos a Oklahoma.

Le pedí a Abril que esa noche se quedara conmigo. Si iba a ser la última que pasáramos juntos en mucho tiempo, o eso esperaba, quería hacerle el amor hasta el agotamiento para que supiera cuánto la amaba.

Cuando me desperté por la mañana, el lado de la cama donde Abril se había quedado dormida estaba frío. Se había marchado sin despedirse y, aunque me dolió, también reconocí que fue lo mejor, porque eso nos evitó un sufrimiento inevitable a los dos al no saber cuándo sería la próxima vez que nos veríamos, si es que eso llegaba a pasar en un futuro.

Los días empezaron a pasar a una velocidad pasmosa. Yo seguía todos los días haciendo los ejercicios que durante los meses anteriores había hecho con Abril, para seguir cogiendo fuerza y fortaleciendo mis músculos.

Mi hermano y mis padres se encargaron de todo lo relacionado con el viaje: buscar los vuelos. Sí, iríamos en avión, muy a mi pesar. Yo lo haría

dormido, como todas las veces que no me quedaba más remedio que volar para llegar a sitios que estaban demasiado lejos y no existía la posibilidad de usar otro medio de transporte.

Mi casa, en la que había vivido desde que me independicé, decidí venderla. Era un ático precioso, pero que no sentía como un hogar, por eso no me costó nada tomar esa decisión. En apenas una semana, un amigo de mi padre me hizo una oferta muy buena por él y, sin pensármelo más, acepté. Si en un futuro y por circunstancias de la vida volviera a España, ya buscaría otro lugar donde vivir.

Mi hermano tomó mi ejemplo e hizo lo mismo con su apartamento. En Estados Unidos tenía pensado, de momento, buscar con calma algo que les gustara a los dos; me refiero a Nora, que por supuesto volaría con nosotros para empezar una nueva vida junto a Lucas.

Me alegraba mucho por ellos, pero también me despertaban cierta envidia, porque yo había estado a punto de dar ese paso con la mujer de mi vida y empezar algo nuevo al otro lado del charco, y todo se me había ido de las manos por culpa de la mujer más egoísta que había conocido jamás.

¿Cómo había podido estar tan ciego con ella y no haberme dado cuenta de cómo era en realidad? Esas preguntas y muchas más me las hacía constantemente cuando pensaba en todo lo que había vivido con Paula durante años.

El resto de los días que estuve en España hasta el día de nuestra partida no había sabido nada de Abril, y dolía. Dolía muchísimo. No saber si estaba bien, qué estaría pensando, si me echaba de menos tanto como yo a ella, y miles de preguntas más que me hacía con respecto a nosotros.

La última noche que pasamos juntos, antes de caer rendidos por el sueño, esa fue su petición, o más bien un ruego. Me pidió entre lágrimas que no tuviéramos contacto de ningún tipo, ni siquiera una simple llamada, para evitar un sufrimiento mayor del que ya teníamos por tener que separarnos.

En el fondo tuve que darle la razón, porque hablar a diario sin poder vernos, tocarnos o simplemente mirarnos no nos iba a hacer ningún bien a ninguno de los dos, sino todo lo contrario.

—Toma —me dijo mi hermano, ofreciéndome dos pastillas, esas que me harían dormir, en la mano, mientras tomábamos un café en la cafetería del aeropuerto donde estábamos esperando para coger los seis el avión.

Paula estaba sentada con nosotros, pero como si no lo estuviera. Ella estaba a su rollo, mirando su teléfono y haciéndose selfies para subirlos a sus redes. Nadie de mi familia, en la que incluyo a Nora, le dirigía la palabra, y yo lo justo para informarle de algo que fuera imprescindible que supiera.

—Venga, Bruno, ponte conmigo para la última foto que voy a subir a mis redes estando en España —me pidió acercándose a mí e intentando agarrarme por el brazo.

—Ni de puta coña me voy a hacer ninguna foto contigo, ni aquí ni en ningún sitio. Y haz el favor de no tocarme. Tu sola presencia me produce asco, así que hazte una idea de lo que me puede hacer tu simple roce —le contesté, separándome y mirándola con inquina.

—Cómo se nota que vas a volar, por eso estás así de irascible, pero tranquilo, que no te lo tengo en cuenta. Sé que acabarás otra vez rendido a mis pies. Tengo todo el tiempo del mundo para que eso pase. Ya sabes que necesito que me conozcan allí cuanto antes y para eso tenemos que dejarnos ver mucho juntos.

»Además, cuando estemos con los de tu nuevo equipo, me tienes que tratar con cariño y demostrar tu amor por mí para que vean lo bien que nos va y se crean que no les vas a dar problemas montando ningún escándalo. Y eso se extiende también a todos vosotros —dijo señalándonos a todos con el dedo antes de echarse a reír como una loca, al ver que nos tenía, como se suele decir, cogidos por los huevos.

—Ríete ahora todo lo que quieras, ya verás que más pronto que tarde esas risas se van a convertir en llanto —le dijo Lucas muy serio.

No hubo más conversación ni más gilipolleces por parte de Paula, porque cinco minutos después nos llamaron para embarcar y todos subimos con sensaciones distintas en ese avión.

La mía: que me llevaba conmigo todo menos lo más importante, y eso pesaba y dolía como el peor de los golpes.

# Capítulo 31

**Abril**

Habían pasado casi tres meses desde que Bruno, toda su familia y Nora se habían ido a Oklahoma, y cada día vivir su ausencia pesaba más que el anterior. Durante ese tiempo, como acordamos el último día que nos vimos en casa de sus padres, Bruno y yo no habíamos tenido contacto ninguno. Él no sabía absolutamente nada de mi vida y era mejor así, pero mi padre y yo estábamos al tanto gracias a las constantes llamadas de Nora, que nos contaba cómo les iba allí a todos.

Desde que habían llegado allí, Bruno se dedicó por completo a terminar de recuperarse con la ayuda del gran equipo de profesionales que tenía su nuevo equipo. La temporada empezó a finales de octubre y, como no podía ser de otra manera, en el primer partido Bruno debutó acompañando al resto de sus compañeros. En ese y en los partidos siguientes no jugó el partido entero, como era de esperar, pero los minutos que estuvo en la cancha demostró más que de sobra por qué uno de los mejores equipos del mundo le había fichado, brillando con luz propia y haciendo unas asistencias y anotando unas canastas impresionantes.

Poco a poco, su entrenador fue dándole más y más minutos en la cancha hasta que, a finales de noviembre, ya jugó su primer partido completo, y así había seguido siendo desde entonces; dejando a todos con la boca abierta cada vez que pisaba la cancha. Mi padre y yo no nos habíamos perdido ni un solo partido.

Verle jugar era un espectáculo para la vista. Los días de partido siempre tenía sentimientos encontrados. Por una parte, sentía una felicidad enorme viendo cumplir su sueño al hombre que amaba, pero por otra, me dolía muchísimo no poder estar allí con él compartiendo esa felicidad. En los últimos partidos que habíamos visto, mi padre incluso llegó a reñirme, diciéndome que, si me iba a pasar medio partido llorando, no me dejaría ver ni uno más.

Nora nos contó que, cuando llegaron allí, el equipo les había cedido a Bruno y a Lucas un apartamento en el mismo edificio hasta que buscaran sin prisa, una vivienda propia. Ella, como aún no había empezado a trabajar allí, fue a lo que se dedicó desde el primer momento junto a Camila y Felipe, que las primeras semanas se quedaron en un hotel.

Ni un mes habían tardado en encontrar las casas perfectas. Tres unifamiliares que estaban unas seguidas de las otras en una urbanización bastante cerca del pabellón donde Bruno jugaba y entrenaba a diario. Nora y Lucas se habían mudado enseguida, al igual que lo hicieron Felipe y Camila, pero Bruno no.

Había querido seguir viviendo en el apartamento en compañía de Paula. Los motivos que les había dado a todos para no querer mudarse habían sido que allí no iría con esa mujer. Les dijo que en esa casa solo viviría con la que él consideraba que era su mujer, o sea, yo.

La convivencia entre Bruno y Paula, por lo que nos contaba Nora, estaba siendo totalmente como estar en el infierno para él, llegando a un punto en el que solo aparecía por el apartamento para dormir algunas noches y coger ropa. El resto del tiempo que no estaba entrenando o jugando se lo pasaba en casa de su hermano o de sus padres.

Paula cada vez estaba más desesperada por triunfar, cosa que no había salido tal y como ella pensó. Ella daba por hecho, cuando ideó su plan de ir allí con Bruno, que le lloverían los trabajos por ser la novia de. Pero no había sido así. En todos los sitios a los que había ido para darse a conocer le habían dicho lo mismo: que les importaba una mierda quién fuera su pareja, que ellos querían talento y esfuerzo, no altanería y soberbia, que eran los dos rasgos que más la definían.

Estaba tumbada en la cama en esos momentos pensando en todas esas cosas cuando mi teléfono sonó y, al mirar la pantalla y ver que era una videollamada de Lucas, me senté y, con las manos temblorosas, descolgué. Durante esos meses habíamos hablado alguna vez, pero nunca de esa manera, y eso me escamó, porque si llamaba así era porque algo importante había pasado. Recé para que no fuera nada malo.

—Hola, Abril. ¿Cómo estás? —me dijo Lucas muy sonriente cuando descolgué.

—Hola, Lucas, estoy bien. ¿Tú estás bien? ¿Y los demás? —le pregunté preocupada, porque era raro que me llamara.

—Todos están bien, tranquila. ¿Está tu padre por ahí? Me gustaría hablar con los dos de algo importante.

—Sí, está en la cocina. Espera, que voy allí —le contesté, saliendo rápida de la habitación, cada vez más intrigada.

—Papá, es Lucas, que quiere hablar con nosotros —le dije mostrándole el móvil nada más entrar en la cocina.

—Hola, muchacho. ¿Qué ocurre? Espero que sean buenas noticias lo que tienes que contarnos.

—Las mejores, Simón, son las mejores noticias —le contestó con una sonrisilla.

—Habla de una vez, me tienes en ascuas y de lo más nerviosa —le rogué.

—Bien, ahí va… En menos de una semana Paula será historia. Ya tengo todo preparado para mandarla de una patada en el culo al agujero del que nunca tendría que haber salido.

Mi padre y yo nos miramos entre nosotros, luego volvimos a mirarle a él, alucinados por esas buenas noticias. Mi padre me agarró del brazo para que me sentara en una silla de la cocina al verme tambalearme de la emoción.

—¿Eso significa…? —le pregunté con la voz tomada y los ojos llenos de lágrimas.

—Eso significa que no tienes que seguir más en la sombra, que Bruno y tú en una semana podréis estar juntos sin que nadie cuestione nada. Que todo va a salir a la luz, que el mundo entero se va a enterar de cómo esa zorra ha chantajeado a mi hermano, lo ha amenazado y lo ha obligado a aguantarla.

—¿No tendrá problemas con el equipo? Esto va a ser un escándalo, Lucas —le preguntó mi padre preocupado, adelantándose a mí, que le iba a preguntar lo mismo.

—Hace dos días me reuní con los directivos, el equipo médico y el dueño del equipo, y les puse en conocimiento de todo lo que estaba pasando. Les hablé de Paula y sus tejemanejes, de ti y de cómo mi hermano había tenido que dejar atrás al amor de su vida para no perjudicar con escándalos ni al club ni a su carrera.

»Los médicos dieron su opinión y dijeron que, aunque Bruno estaba físicamente al cien por cien, mentalmente cada día le veían peor, más abatido y deprimido, y que eso, a largo plazo, acabaría pasándole factura y afectando a su juego.

»El dueño del equipo, que por cierto adora a Bruno, me dijo, palabras textuales: «Quiero a esa zorra fuera de su vida en menos de una semana y que su mujer venga con él cuanto antes».

—¿Lo dices en serio? ¿Pero… y qué vais a hacer? —le preguntó mi padre, porque yo fui incapaz de articular palabra.

—Totalmente en serio. En una semana será Navidad. El día veinticuatro, el dueño y yo daremos juntos una rueda de prensa por la mañana contando todo con detalles —nos explicó.

—Madre mía… Bruno estará como loco al ver que por fin se va a librar de esa loca —respondió mi padre, aplaudiendo por las buenas noticias.

—Ni mi hermano ni nadie más sabe nada de esto. El dueño quiere darle una sorpresa ese mismo día, al acabar la rueda de prensa, en la que mi

hermano estará presente, pero sin saber de lo que vamos a hablar.

»A él le diremos que es porque el dueño quiere felicitarle en directo y delante de todo el mundo por su trabajo —nos explicó.

Ahí entendí por qué Nora no me había llamado corriendo para contarme las últimas novedades: era porque no sabía nada ni ella ni nadie, ya que Lucas lo estaba llevando junto con el dueño del equipo en el más absoluto secreto.

—¿Qué sorpresa? —le pregunté, limpiándome las lágrimas de las mejillas.

—Tú. Esa quiere que sea la sorpresa. Quiere que vengas, que vengáis —dijo señalando a mi padre— y que, al acabar la rueda de prensa, entres por la puerta para reencontrarte con él.

—Lucas… nada me gustaría más, pero no sé si podré viajar. Tendría que consultarlo con mi médica.

—¿Tu médica? ¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —me preguntó muy preocupado.

—No estoy enferma, es por otra cosa. No te enfades, ¿vale? —Me levanté de la silla y me retiré hacia atrás para que pudiera verme entera. Me subí la camiseta que llevaba puesta y le mostré mi vientre, que, al estar ya de cinco meses, se me notaba bastante.

—¡La hostia! —Su chillido, al que le siguieron grandes carcajadas, podríamos haberlo oído desde casa sin necesidad de usar el teléfono. Dios, que voy a ser tío.

»Joder, Abril, estoy contentísimo. La cabrona de Nora lo sabrá, supongo, y no me ha contado nada. Verás cuando la pille luego —añadió muy emocionado.

—No te enfades tampoco con ella, por favor. Yo le pedí que me guardara el secreto. Con todo lo que estaba pasando, si tu hermano se hubiera enterado, habría mandado todo a la mierda y…

—Tranquila, que no me enfado. Lo entiendo perfectamente. Mi mujer es la mejor y la amiga más leal, y eso me hace quererla más si cabe. Y lo de que no se lo dijeras a mi hermano te lo tengo que agradecer, porque tienes toda la razón. Si hubiera sabido que iba a ser padre, habría mandado todo a la mierda y no habría venido aquí de ninguna de las maneras.

—Esta tarde tengo consulta con la ginecóloga, me toca revisión y seguramente me diga, si se deja ver, lo que es. Le preguntaré si puedo hacer un viaje tan largo y, en cuanto salga, te mandaré un mensaje con lo que me diga.

»El embarazo va estupendamente y no creo que haya ningún problema, pero prefiero saber su opinión. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto que lo entiendo. Lo primero sois vosotros y vuestra seguridad. Si hay el más mínimo riesgo de que algo malo pueda pasar porque hagas el viaje, soy yo el primero que no quiere que vengas.

»Si es así, se lo contaré al dueño y ya veremos qué hacer, pero eso solo será si no vienes. Así que esperaremos a ver qué te dice la médica y luego ya decidimos, ¿te parece bien? —me preguntó sonriendo.

Desde que le había mostrado la barriga, no se le había quitado la sonrisa de la cara en ningún momento.

—Me parece perfecto. Ojalá no haya ningún problema y pueda ir. Le echo mucho de menos, Lucas… bueno, a todos en realidad, pero a él… —le dije con la voz entrecortada, a punto de echarme a llorar otra vez.

—Y él a ti. Le conozco mejor que nadie, Abril, y cada día lleva peor tu ausencia. Si esto no se hubiera solucionado pronto, mi hermano habría dejado todo y habría vuelto a España contigo, estoy seguro.

»Está casi al límite. Está cumpliendo su sueño, sí, pero le falta lo más importante en su vida, que eres tú.

Al decirme eso ya no aguanté más y las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas.

—No llores, ya verás cómo todo irá bien —me dijo mi padre, abrazándome por los hombros, y Lucas asintió dándole la razón.

—Tengo que dejaros ya, me están esperando para una reunión. Quedo pendiente de tu mensaje, ansioso. Cuidaos mucho los dos —nos dijo despidiéndose, lanzándonos un beso, y nosotros se lo devolvimos de la misma manera.

# Capítulo 32

**Abril**

A las cinco en punto mi padre y yo salimos de casa para ir a la consulta de la ginecóloga que me estaba llevando el embarazo desde el principio. Para estar en pleno diciembre, no hacía un frío excesivo, así que decidimos ir caminando; a él le gustaba hacerlo y a mí me venía muy bien para mi estado, así que solíamos hacerlo a diario.

Tenía hora a las seis menos cuarto, pero llegamos diez minutos antes y nos sentamos en la sala de espera, esa que ya era conocida para mí porque había ido ya unas cuantas veces, siempre acompañada de mi padre, que no había querido dejarme sola ni tampoco perderse ni una sola de las ecografías que me habían hecho para poder ver a su nieto. Porque sí, mi padre estaba convencido de que sería un niño. Hoy esperaba que se dejara ver y saliéramos de dudas, porque hasta el momento el bebé nos había salido tímido y solo nos había enseñado su parte trasera.

—Abril, ya podéis pasar —me dijo la chica que daba paso a las pacientes.

Mi padre y yo entramos en la consulta y, como siempre, la ginecóloga nos saludó con una sonrisa, dándonos un apretón de manos a cada uno.

Primero, como las veces anteriores, me preguntó si había tenido molestias, si había notado algo fuera de lo normal. También me pesó, me tomó la tensión y apuntó todo en mi historial. Al acabar con eso, me pidió que subiera a la

camilla para hacerme una ecografía. Ya estaba bastante pesada, porque tenía una barriga bastante abultada para el tiempo que estaba. Según la ginecóloga, el bebé venía bastante grande; en eso, al parecer, se iba a parecer a su padre.

—Bien, voy a mirar las medidas, el peso y si hay algo inusual y, de paso, a ver si hoy este bebé nos deja ver sus vergüenzas y podemos saber por fin lo que es —nos dijo mientras me echaba el gel ese que siempre estaba helado y me hacía estremecerme.

Empezó a pasar el ecógrafo por todo mi vientre y paraba de vez en cuando para apuntar algo en el portátil que tenía al lado, hasta que en uno de esos movimientos se paró en seco y la vimos sonreír.

—Por fin se deja ver bien. Sé que estáis deseando saberlo, así que mirad —nos dijo señalando la pantalla—. Es un niño, se ve clarísimo.

—Un niño… Yo tenía razón, Abril. Dios, un nieto —me dijo mi padre con lágrimas en los ojos, emocionado—. ¿Está todo bien, doctora? —añadió mi padre, adelantándose a mí, que era lo que le iba a preguntar, pero los nervios que tenía me hacían ir muy lenta.

—Todo perfecto —le contestó mientras, con un papel, me limpiaba el vientre.

Cuando me bajé de la camilla y nos volvimos a sentar en las sillas, le pregunté por el viaje, diciéndole dónde sería y las muchas horas que tendría que estar dentro del avión. Le hice un pequeño resumen de la situación, informándola de que seguramente, si todo iba como esperaba y podía viajar, no volvería a España y me quedaría en Estados Unidos a vivir.

Me dijo que, como el embarazo había ido muy bien desde el principio, no había ningún problema en viajar en la etapa en la que estaba. Si hubiera estado en la recta final, hubiera sido distinto, porque con los cambios de presión podría ponerme de parto, pero como no era el caso, me dio luz verde para viajar. Eso sí, me recomendó que cada hora dentro del avión, pidiendo permiso, paseara por el pasillo al menos diez minutos cada vez. Nos dio toda la documentación necesaria para que se la entregara al ginecólogo que me

llevaría el embarazo en Oklahoma y, al despedirse de nosotros, me deseó todo lo mejor dándome un abrazo.

No quise esperar a llegar a casa para escribir a Lucas para darle las buenas noticias, así que nos metimos en una cafetería cercana y, mientras mi padre pedía dos infusiones en la barra, saqué el teléfono y le escribí.

**Abril:** *Lucas, todo está perfecto. Puedo viajar sin ningún problema.*

**Lucas:** *De puta madre. Yo lo preparo todo para que lleguéis con tiempo. ¿El bebé tímido os ha dejado ver sus partes nobles? ¿Ya sabéis si trae calabacín o sandía?*

Su pregunta me hizo soltar una carcajada y mi padre, que acababa de sentarse a mi lado, me miró con una ceja alzada, preguntándome con la mirada qué pasaba. Le enseñé el mensaje de Lucas y se echó a reír, negando con la cabeza.

**Abril:** *Hemos visto claramente que tiene calabacín.*

**Lucas:** *¡¡¡Un niño!!! Dios… cuando mi hermano se entere, le da un chungo de la emoción y la sorpresa que se va a llevar. Eso sí, después va a llorar como lo hará su niño por las noches dentro de unos meses.*

**Abril:** *Eso espero, que le haga ilusión, digo…*

**Lucas:** *Eso no lo dudes. En unos días será el hombre más feliz del mundo, y no solo por volver a tenerte a su lado, sino porque además vienes rellena como un pavo.*

*»A mi hermano siempre le han gustado los niños; siempre ha dicho que le gustaría tener hijos pronto, porque no se conformaría solo con uno, quiere una familia grande.*

**Abril:** *Bueno, de momento que se conforme con este, que la que los tiene que parir soy yo. Aunque yo también quiero más de uno; en eso coincidimos. Y también quiero sobrinos, así que ponte las pilas, cuñado.*

**Lucas:** *Estamos en ello. Espero que Nora y yo podamos daros la noticia pronto de que su primo tendrá un amigo de juegos.*

**Abril:** *Ojalá sea así. Verás que cuando menos lo esperéis, zas… otro meón o meona en camino.*

**Abril:** *Lucas, te dejo, ya que nos vamos para casa. Cuando tengas todo lo del viaje preparado, avísame; nosotros iremos preparando las maletas.*

**Lucas:** *Ahora mismo me pongo a mirar los vuelos. En cuanto lo tenga todo te lo mando al correo. Abril, estoy deseando que estéis aquí; mi hermano no es el único que os echa de menos, todos lo hacemos.*

**Abril:** *Nosotros también estamos deseando estar ahí con vosotros, te lo aseguro. Ya no falta nada, vamos hablando, ¿sí? Un abrazo fuerte para todos.*

**Lucas:** *Sí, vamos hablando. Cuidaos y un abrazo igual de fuerte para vosotros.*

Los siguientes días después de esa conversación fueron de locura. Esa misma noche Lucas nos mandó los billetes de avión, que eran para cuatro días después. El vuelo lo cogeríamos el día veintitrés por la mañana y, como duraba poco más de trece horas, llegaríamos allí casi al anochecer.

Esa noche nos quedaríamos en su casa, a la que, inventándose cualquier excusa, no dejarían que Bruno entrara para que no nos descubriera. A sus padres y a Nora me dijo que les contaría la verdad para que fueran nuestros cómplices. Bueno, todo no, porque a sus padres no les diría que iban a ser abuelos; eso prefería que lo descubrieran cuando me vieran la barriga y poder ver la cara que pondrían.

Nuestra casa, por el momento, la dejaríamos cerrada y ya decidiríamos más adelante qué hacer con ella. Aunque, si todo iba bien, no teníamos pensamientos de volver a España, al menos a vivir.

El vuelo se me hizo menos pesado de lo que esperaba. Entre los ratos que dormí, las charlas con mi padre, el libro que me llevé —que me tenía

enganchadísima— y los paseos, el tiempo se me pasó volando y, cuando me quise dar cuenta, estábamos recogiendo las maletas en la cinta de equipaje.

Al salir, la primera en vernos fue Nora, que corrió hasta nosotros como si le hubieran puesto un cohete en el culo, abrazándonos por turnos y comiéndonos a besos. El siguiente fue Lucas, que no corrió tanto como ella, pero casi.

Cuando Lucas se apartó y mis suegros vieron mi barriga, los dos a la vez y como si estuvieran sincronizados se llevaron las manos a la boca antes de echarse a llorar y abrazarme al mismo tiempo.

Acabadas las felicitaciones, todos nos fuimos a la casa de Lucas y Nora, donde ya habíamos acordado que nos quedaríamos mi padre y yo. A Bruno le habían dicho que no iban a estar en casa porque iban a salir a cenar fuera, evitando así que fuera a su casa.

Pero, cuando estábamos charlando en el salón al rato de llegar, llamó a su madre y le dijo que llegaría cenado, pero que pasaría la noche en su casa. Según le contó, había tenido otra de las muchas peleas que ya se habían vuelto una rutina con Paula, que no dejaba de insistirle para que hiciera algo a su favor y lanzar su carrera.

El largo viaje pesaba y el cansancio se hizo presente pronto, así que mi padre y yo nos fuimos a dormir bastante temprano. Queríamos estar frescos para lo que nos esperaba a la mañana siguiente: volver a ver a Bruno.

Esa mañana fue abrir los ojos y lo primero que pensé fue: hoy es el día. Me levanté con los nervios crispados, pero también con una sensación de plenitud que no tenía desde hacía mucho tiempo.

Lucas me llevó en su propio coche hasta la rueda de prensa una hora antes de la hora acordada. Allí, en una sala donde nadie tenía acceso, el dueño del equipo vino a conocerme y charlamos bastante rato de todo lo que nos había pasado a Bruno y a mí. Ese hombre me cayó fenomenal; se le veía muy buena persona y muy humano. Me pidió que estuviera tranquila cuando llegó la hora en la que él se marchó para empezar la rueda de prensa.

Solo tuve que esperar media hora más para que una chica muy amable viniera a buscarme para hacer mi entrada y reencontrarme con el amor de mi vida.

# Capítulo 33

**Bruno**

En pocos días haría cuatro meses desde la última vez que vi a Abril, pero a mí se me había hecho como cuatro años; cada día la echaba más de menos. En mi memoria seguían como una constante su risa, su olor, su mirada y la sensación que le producía a mi cuerpo con un solo roce suyo.

Los entrenamientos y los partidos iban fenomenal y estaba muy contento con eso. Ya me había recuperado por completo gracias a la ayuda final de los médicos del equipo, y el entrenador me fue dando minutos en la cancha poco a poco, hasta que hacía ya unos cuantos partidos que era capaz de jugar un partido entero sin notar nada extraño. Como siempre había hecho desde que jugaba al baloncesto, cuando salía a la cancha daba lo mejor de mí y estaba triunfando como nunca, porque mi juego era excelente. Había cumplido mi sueño, sí, pero no lo estaba disfrutando como debería porque me faltaba lo más importante a mi lado: mi mujer.

A las pocas semanas de llegar, mis padres, Lucas y Nora se habían mudado a las casas que habían encontrado para todos, incluida una para mí en la misma urbanización. Pero yo no quise ni oír hablar del tema. No pisaría esa casa con Paula ni de coña; si me mudaba allí sería con Abril o no lo haría, y así se lo hice saber a todos. Por lo que seguía viviendo en el apartamento que me había dejado el club desde que llegué, con Paula.

La relación con ella, o más bien la no relación que teníamos, cada vez iba a peor. Lo que ella pensó que sería fácil conseguir nada más llegar y estar en la cumbre no se había cumplido ni se cumpliría. La altanería con la que se presentó a los castings o a las pocas entrevistas que la habían llamado en esos meses jugó en su contra y no había conseguido ni un solo trabajo. Eso hacía que cada día estuviera más insoportable, calentándome la cabeza a diario y exigiéndome, con amenazas e insultos, que tenía que ayudarla. La manera en la que quería que hiciera eso era ir a todos lados juntos y de fiesta en fiesta, cosa a la que yo no había cedido. Para no soportarla, la mayoría de los días, por no decir todos, solía quedarme a dormir en casa de mis padres o en la de mi hermano.

Ese día había salido tarde del entrenamiento y, nada más llegar a casa, la primera en la frente, como se suele decir. Allí, preparada para salir, estaba Paula esperándome con un vestido que rozaba lo indecente. Lo que en otra época podría haberme puesto cachondo en segundos al verla, ahora lo único que me producía era asco y un profundo rechazo. Cuando le dije que de ninguna de las maneras iba a salir de fiesta porque venía cansado y, además, al día siguiente tenía que madrugar para acudir a una rueda de prensa que había preparado el dueño del equipo, su respuesta fue empezar a chillar como una loca, tirándome a la cabeza cualquier cosa que iba cogiendo a su paso.

Así que, como tantas noches, cogí mi mochila, la que ni siquiera había deshecho, y me marché dando un portazo sin decirle ni adiós.

Antes de montarme en el coche, llamé a mis padres para hacerles saber lo que había pasado y decirles que otra noche más dormiría en su casa. *¿Hasta cuándo duraría este calvario?*, me preguntaba todos los días varias veces. Sabía que Lucas estaba intentando ayudarme y arreglar esa situación, como me había prometido, pero días atrás, cuando le pregunté, me contestó que estaba en ello, que tuviera paciencia, y de esa ya me quedaba poca. Los últimos días me había planteado que, si las cosas seguían así después de Navidad, presentaría mi dimisión en el equipo y me volvería a España con Abril, abandonando mi carrera.

—Hermano, es la hora. El dueño nos espera ya sentado en la mesa para empezar —me dijo Lucas cuando vino a buscarme a la sala donde estaba esperando para que empezara la rueda de prensa.

—Pase lo que pase y diga lo que diga, no abras la boca hasta el final, ¿vale? —me pidió Lucas con una mirada que me descolocó. En ella pude ver felicidad, pero también que me estaba ocultando algo. Le conocía demasiado bien para saberlo.

—¿Qué me estáis ocultando? —le pregunté sin andarme con rodeos.

—En unos minutos lo verás. Tú solo estate tranquilo, es algo bueno. Confía en mí. —Si él me pedía que confiara en él, yo lo hacía con los ojos cerrados. Eso siempre había sido así y no cambiaría nunca.

—Sabes que eres la persona en la que más confío —le respondí, y él solo asintió antes de empezar a caminar hacia la sala, que estaba a reventar de periodistas.

Me senté entre mi hermano y el dueño del club, que me dio un abrazo con mucho afecto cuando llegué. Habíamos congeniado muy bien desde el minuto cero y solíamos charlar a menudo; incluso habíamos cenado o comido juntos alguna vez. Antes de empezar a hablar me pidió calma y que le dejara a él llevar la conversación.

Me quedé con la boca abierta cuando empezó a contar a los periodistas mi historia con Paula, en todo momento apoyado por mi hermano, que daba detalles que él desconocía. Les contó todo: cómo me había chantajeado, engañado y cómo me había obligado a traerla conmigo a Estados Unidos. También les contó que en España se había quedado la mujer de mi vida, explicándoles quién era ella y cómo me había ayudado en mi recuperación, siendo esa la manera en la que nos habíamos conocido y enamorado el uno del otro.

Cuando terminó de contarlo todo se giró hacia mí y, después de ponerme una mano en el hombro, me dijo sonriente:

—Muchacho, tengo una sorpresa para ti. Espero que te guste mi regalo de Navidad.

Le miré confundido y él, al ver mi desconcierto, levantó la mano y me indicó que mirara al fondo de la sala.

Cuando giré la cabeza hacia donde me acababa de señalar, al que ya consideraba un gran amigo, no me podía creer lo que veían mis ojos. Allí, al fondo de la sala, en un pasillo que habían hecho los periodistas para que pudiera andar, estaba ella. Abril.

Dos segundos fueron los que tardé en reaccionar. Me levanté con rapidez, tirando la silla hacia atrás, y de un salto pasé por encima de la mesa para correr por el pasillo y llegar lo más rápido posible hasta ella.

Al llegar a su altura y verla bien, si no hubiera sido por la adrenalina que me recorría todo el cuerpo, me habría desmayado allí mismo. Abril lucía una barriga de embarazada bastante abultada y estaba más bonita que nunca. Mi cerebro solo tardó un segundo en entender lo que ocurría: mi mujer no había venido sola, traía en su interior a nuestro hijo.

La rodeé con mis brazos con cuidado y ese fue el detonante para que los dos nos echáramos a llorar como dos niños, pero eso no impidió que también nos besáramos con pasión.

—Te amo, amor —le dije limpiándole las lágrimas de la cara cuando terminamos de besarnos—. Os amo —añadí a continuación, acariciándole la barriga con mimo.

—Nosotros también te amamos —me contestó, acariciándome la cara.

Ese día, allí, en aquella sala, hubo más aplausos que en cualquier partido que hubiera jugado, porque sí, había triunfado el amor.

# Epílogo

*Diez años más tarde*

**Abril**

—¡¡¡Mamá!!! Dile a Hugo que pase el balón, es un chupón que parece que tiene pegamento en la mano y no suelta el balón ni a tiros —me pidió enfadada mi hija Celia.

—Hugo, ¿qué te dice papá siempre? —le recordé, cruzándome de brazos desde fuera de la pista, donde estaba preparando la mesa para la cena a la que vendría toda nuestra familia.

—Que el baloncesto es un juego de equipo y que no puedo ir por libre —me contestó avergonzado, sabiendo que había hecho mal.

—Pues eso, a jugar todos, sin discutir y haciendo piña, ¿sí? —les pedí a todos los críos que había allí, que no eran pocos.

—Sí, mamá. Sí, tía —me contestaron todos.

Antes de terminar con la mesa y empezar a poner las cosas que he preparado para la cena, os contaré quiénes son todos esos niños a los que me acabo de referir y también os pondré al día de cómo nos han ido las cosas estos últimos diez años, ¿os parece?

Desde aquel día antes de Navidad en el que Bruno y yo nos reencontramos en aquella sala, en la rueda de prensa que dio el que hoy en día es un gran amigo de todos, contando toda la verdad de lo que estaba pasando, ya no nos volvimos a separar. Ese mismo día, al salir de allí, con la ayuda de su hermano, sus padres y mi padre, recogió todas las cosas del apartamento en el que había estado viviendo y las llevaron a la que hoy en día es nuestra casa y en la que vivimos desde entonces.

Como os podéis imaginar, enterarse de que había estado sola en España durante la primera etapa de mi embarazo fue un duro golpe para él, pero a base de cariño y muchas charlas le hice comprender que no había sido culpa suya, sino de las circunstancias que hicieron que esos meses estuviéramos separados.

Nuestro primer hijo llegó al mundo en el mes de abril. Sí, fue gracioso que lo hiciera en el mes que llevaba mi nombre; mi suegra decía que era cosa del destino, pero Lucas siempre le rebatía y, poniendo su parte de humor, le decía que era por la buena puntería que tenía su hermano dentro y fuera de la pista, haciéndonos reír a todos menos a ella, que ponía los ojos en blanco y negaba con la cabeza como si su hijo mayor no tuviera remedio.

Como ya me avisó mi cuñado en aquel mensaje cuando preparamos mi viaje, mi marido quería una gran familia, algo que yo también deseaba, por supuesto, y vaya si la habíamos conseguido.

Después de Víctor, que fue nuestro primer hijo y que ya tenía diez años, le seguían Hugo, de ocho, y las mellizas Celia y Leticia, de seis. No creáis que no hubiéramos tenido más, pero en el último parto tuve algunas complicaciones y mi marido, después del miedo que pasó porque casi nos pierde a las tres, dijo que se cerraba la fábrica para siempre.

Lucas y Nora nos seguían a la zaga y estaban a punto de empatarnos en el número de hijos. Ellos habían tardado un poco más que nosotros en ser padres, no por nada, sino porque no quisieron venir antes. Laura fue la primogénita, que ahora mismo tenía ocho años; le seguía Cristina, de cinco, y por último estaba Mario, con tres años, que era el pequeño de la familia, al menos por dos meses más, que sería cuando nacería el hijo que estaban esperando mis cuñados.

Mis suegros y mi padre habían sido nuestra salvación en muchos momentos, ayudándonos con toda la prole que teníamos entre los cuatro.

Mi padre jamás ha hecho distinciones con mis hijos y los de Nora; para él todos eran nietos por igual. Al principio, mi padre estuvo viviendo solo en un apartamento en el centro de la ciudad. Le habíamos pedido que se mudara con nosotros mil veces, pero siempre decía que no quería invadir nuestra intimidad. Solo cedió cuando Bruno y yo tuvimos con él una seria conversación y se lo pedimos por favor cuando nacieron las mellizas. Entonces fue cuando, al final, conseguimos que se viniera a vivir con nosotros. Él estaba encantado de haber tomado esa decisión, al igual que nosotros, pero los niños aún más, porque hacían con él lo que les daba la gana; los tenía a todos comiendo de su mano.

Os contaré de pasada qué fue de Paula, a la que no habíamos vuelto a ver nunca más. Al día siguiente de la rueda de prensa, cuando se dio cuenta de la repercusión que tendría en su carrera y en su vida que todo hubiera salido a la luz, recogió sus cosas y, sin decir ni adiós, puso pies en polvorosa, marchándose a España.

Y os estaréis preguntando: ¿y estos muchachos no se han casado? Porque esta mujer nos está contando muchas cosas, pero de eso ni pío ha dicho.

Sí, nos hemos casado, pero para mí fue tan bonito y especial que lo he querido dejar para el final de la historia.

Al primer partido al que asistí para ver a Bruno en directo jugando con los Oklahoma City Thunder, mi chico me sorprendió en el descanso. En todas las pantallas que rodeaban la cancha, toda la gente que estaba presente, incluida yo y toda nuestra familia, pudo ver en letras bien grandes las palabras que allí ponían: «Abril, ¿quieres seguir metiendo triples a mi lado?» Y en medio de la cancha estaba él, arrodillado, con una caja con un anillo en una mano y apoyado con la otra en su inseparable balón. Bajé a la cancha acompañada de Lucas, que me fue abriendo paso entre la gente, para tirarme a sus brazos y decirle que sí, por supuesto.

La mayoría de la gente no entendió esa manera tan rara de pedirme matrimonio, porque esas palabras no parecían tener sentido, pero para nosotros lo tenían todo. Nos hacían recordar los tres primeros triples que Bruno marcó aquel día, poniéndose de pie por primera vez en la cancha después de su accidente. Él siempre me decía que no los marcó solo, porque yo no le solté en ningún momento mientras lo hacía, así que los nueve puntos eran de los dos.

Tres meses después de nacer Víctor, nos casamos, haciendo una boda muy íntima a la que acudió muy poca gente, como fue nuestro deseo. Pero lo mejor de aquel día, ¿sabéis qué fue? Pues que no nos casamos solos. Lucas y Nora nos acompañaron, haciendo una boda doble que fue muy especial y, a la vez, divertida.

—Abril, hija, podías haber esperado a que llegáramos, ya casi tienes todo puesto —me dijo mi suegra, que entró en el jardín acompañada de Felipe y de mi padre, con los que venía de dar su paseo diario.

—Ya estamos aquí —dijeron Nora y Lucas a la vez.

Todos les preguntamos qué tal había ido la consulta del ginecólogo, que era de donde venían, a lo que nos contestaron que todo estaba perfecto, aunque ese niño que venía en camino, al igual que su primo Víctor, venía bastante grande.

—Estás más bonita cada día —me susurró mi marido al oído, agarrándome por detrás, asustándome porque no le había oído llegar.

—Y tú cada día más zalamero —le contesté, dándome la vuelta para besarle.

—Este zalamero tiene muchas ganas de que acabe la cena y las fieras y tu padre se vayan a hacer la pijamada que tienen planeada a casa de mis padres, para tenerte solo para mí esta noche. —Bajó su mano hasta mi trasero y, colándola por debajo de mi vestido, me lo apretó, pegándome más a él.

—¿Tienes pensado meter muchas canastas esta noche? —le pregunté, coqueta.

—Hoy voy a batir mi propio récord —me contestó antes de lanzarse a mis labios para besarme con la misma pasión de siempre.

*Mis redes sociales:*

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora

---